



# Proceso de urbanización y agentes urbanos en Pereira, Colombia

## Desigualdad social, fragmentación espacial y conflicto ambiental, 1990-2012

Jorge Andrés Rivera Pabón

**ADVERTIMENT.** La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX ([www.tdx.cat](http://www.tdx.cat)) i a través del Dipòsit Digital de la UB ([diposit.ub.edu](http://diposit.ub.edu)) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

**ADVERTENCIA.** La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR ([www.tdx.cat](http://www.tdx.cat)) y a través del Repositorio Digital de la UB ([diposit.ub.edu](http://diposit.ub.edu)) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

**WARNING.** On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX ([www.tdx.cat](http://www.tdx.cat)) service and by the UB Digital Repository ([diposit.ub.edu](http://diposit.ub.edu)) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

# PROCESO DE URBANIZACIÓN Y AGENTES URBANOS EN PEREIRA, COLOMBIA

Desigualdad social, fragmentación espacial y conflicto ambiental,  
1990-2012.

---

Tesis Doctoral presentada por:  
JORGE ANDRÉS RIVERA PABÓN

Doctorado en Geografía, Planificación Territorial y Gestión Ambiental

Directores: Dr. Horacio Capel Sáez

Dr. Isabel Pujadas Rúbies

Universidad de Barcelona

30 Septiembre de 2013

Segunda parte

**El proceso de urbanización en América Latina y  
Colombia**

---

### Capítulo 3.

## EL FENÓMENO URBANO EN AMÉRICA LATINA

---

Considerando la amplitud de tendencias, enfoques y contenidos existentes en la literatura académica especializada en torno al estudio del proceso de urbanización latinoamericano, la presente investigación centra su atención, fundamentalmente, en los aportes realizados por las corrientes de pensamiento de la geografía cultural y radical, pero también complementadas por el acervo teórico proveniente de otras ciencias humanas y sociales, la arquitectura, el urbanismo, y en general, de disciplinas científicas orientadas por un énfasis analítico de carácter histórico, endógeno y estructural a la hora de encarar la difícil empresa de desvelar la complejidad del territorio y la ciudad.

Para ello, se inicia este capítulo con un recorrido contextual por la evolución del fenómeno urbano en América Latina, Colombia y su región centro-occidental, área geográfica donde se encuentra ubicada la ciudad de Pereira. Esta aproximación temporal y multi-escalar posibilita identificar los factores estructurales que dan singularidad y atributos comunes a este proceso de urbanización desde sus albores en la época precolombina, pasando por su reconfiguración y consolidación en el marco de la dominación colonial ibérica, y ulteriormente por las diversas fases de la dominación capitalista, hasta su último acápite de globalización neoliberal. A renglón seguido se expone, con base en el contexto anterior, las diferentes teorías que interpretan y explican la urbanización latinoamericana, entre ellas cabe resaltar, la teoría de la modernización; sesgo urbano; marginalidad y economía dual; la producción espontánea de vivienda; la urbanización dependiente; la globalización y nuevos enfoques sobre la ciudad.

Ciertamente, a partir de la indagación realizada sobre algunos trabajos destacados en la revisión bibliográfica del estudio de la ciudad<sup>1</sup>, el proceso de urbanización en América Latina<sup>2</sup> y el desarrollo de la geografía urbana en la evolución del pensamiento geográfico contemporáneo<sup>3</sup>, se reconoce la vinculación de las teorías mencionadas a tres tendencias epistemológicas predominantes desde la segunda mitad del siglo XX. En primer lugar, sobresalen los discursos neopositivistas que han tenido por objeto responder con criterios de “eficiencia y racionalidad” a la toma de decisiones públicas frente a los problemas de orden territorial.

Es así como se destaca la acogida e importación acrítica de los postulados de la economía urbana neoclásica, el urbanismo racionalista, la geografía cuantitativa y la ecología humana, siendo un ejemplo característico de esta situación las diversas adaptaciones que se han hecho de los modelos urbanos de la Escuela de Chicago (concéntrico, sectorial, núcleos múltiples) las cuales han soslayado las particularidades históricas y expresiones espaciales divergentes de la ciudad latinoamericana.

En segundo término, se observa el aporte procedido desde la tradición marxista a la comprensión de los problemas sociales urbanos y el acercamiento a la población que padece sus efectos más dramáticos. En este orden de ideas, el economista argentino José Luis Coraggio señala en la obra titulada *La investigación urbana en América Latina*<sup>4</sup> como se presentó una tendencia denominada “bajar a la sociedad” por parte de algunos intelectuales que sentían cierta frustración y escepticismo por los resultados de las políticas públicas implementadas desde el período de la modernización, al igual que por la actitud neutral en el ejercicio técnico de la planificación urbana. Esta postura se ve resumida en las siguientes palabras:

“...no era suficiente juzgar a la realidad desde la perspectiva de una racionalidad pública abstracta. Era el juego de fuerzas e intereses organizados y no ciertos mecanismos objetivos lo que iba determinando el sentido del desarrollo urbano. La preocupación por ilustrar a los gobernantes fue dando paso a la de asumirse como intelectuales de las fuerzas potencialmente portadoras de una cierta racionalidad social (clase obrera, capital industrial) o bien la de tomar partido por el interés de los menos favorecidos (los marginales, el capital nacional dirigido al mercado interno).

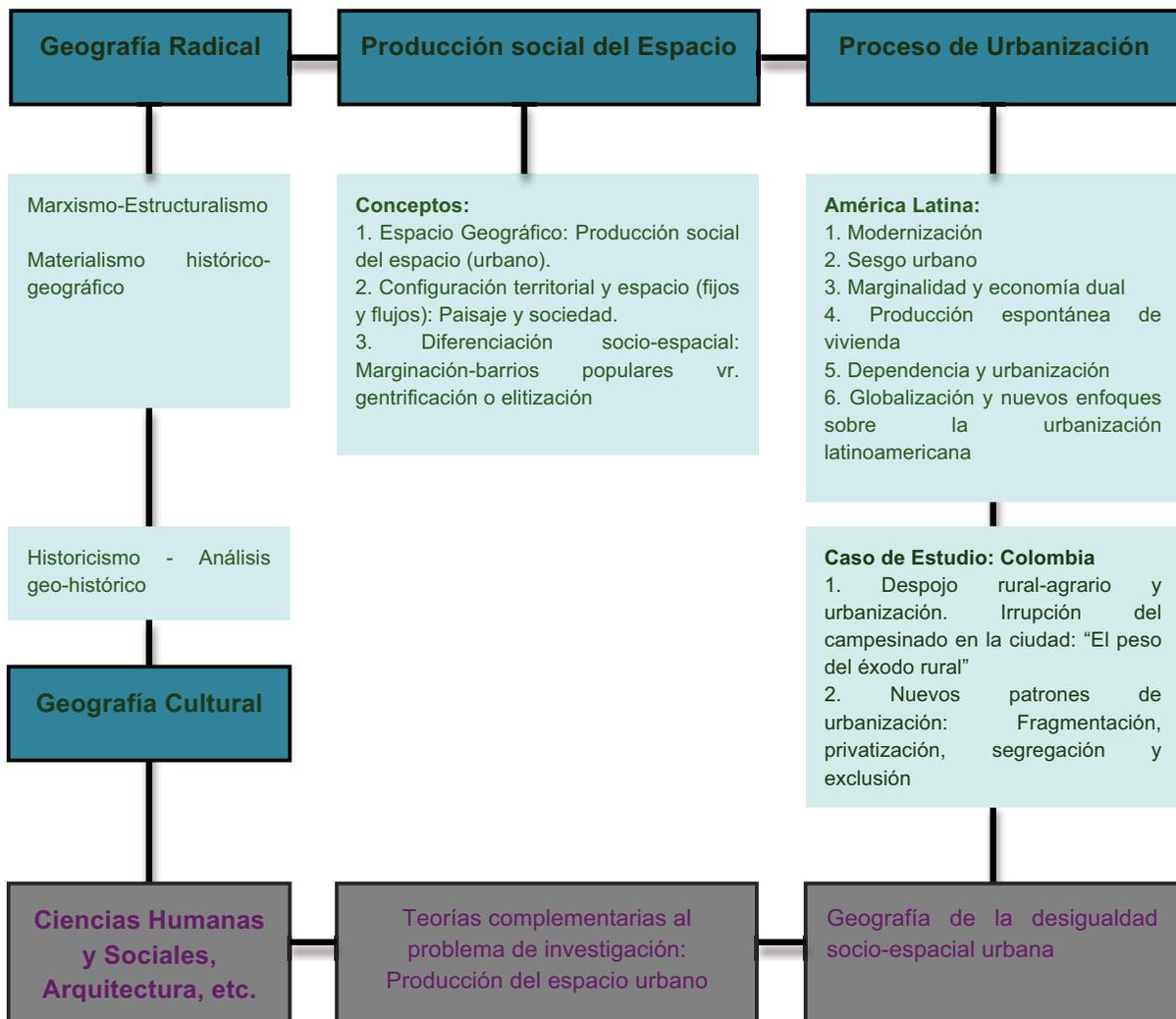
En esta tesitura, el aporte mínimo que la aproximación científica podía aspirar a brindar consistía en descifrar los mecanismos del poder político, si es que no ponerse al servicio de la acción racional de aquellas fuerzas capaces de propiciar otros desarrollos de la sociedad. No se trataba ya de convencer a los que detentaban el poder de que cierta propuesta era la óptima para lograr determinados objetivos sociales, sino de incidir en la lucha por el poder, poniendo el conocimiento objetivo al servicio de la construcción de fuerzas políticas. Esto pudo comenzar produciendo análisis para que fueran “consumidos” o asumidos por los agentes del cambio social, o bien pasando directamente a la investigación participativa...”<sup>5</sup>.

Por último, en la tercera fase o momento actual de la investigación urbana en América Latina se identifican algunos paradigmas posmodernos y neo-marxistas que estudian las implicaciones que está teniendo en la ciudad la reestructuración del capitalismo durante la implementación del modelo económico neoliberal. En particular, se ha centrado la atención en el análisis de aspectos tales como, los efectos de la cambiante división internacional de la producción y el trabajo en los mercados laborales nacionales y locales; la desigualdad de ingresos y su relación con la intensificación de la segregación socio-espacial; los movimientos sociales urbanos, los mecanismos contemporáneos de movilización y organización popular; las nuevas formas de la ciudad latinoamericana (fragmentación, privatización, exclusión y marginalidad); el *crecimiento de las ciudades intermedias*, la concentración de paisajes metropolitanos y las megalópolis en gestación; la revolución técnica y el cambio espacial; el desarrollo de nuevas ciudades globales, entre otros temas.

En conclusión, el presente capítulo se inscribe y gravita en la línea argumentativa representada entre otros, por el geógrafo francés Olivier Dollfus, en el sentido de ahondar en los estudios territoriales desde una perspectiva histórica, analizando la influencia o determinación de las formas espaciales “heredadas” en las nuevas producciones del espacio, en este caso, el urbano latinoamericano. De esta forma se reconoce como premisa, tal y como está enunciado en su obra titulada *Territorios Andinos, reto y memoria* (1991, 136), que:

“El pasado condiciona el porvenir y del pasado no se puede hacer tabla rasa, pues vivimos de herencias. El crecimiento urbano de la América andina contemporánea, en lo esencial, se hace en un semillero de pueblos, fundados durante el siglo XVI por un reducido número de españoles que realizan la conquista de un continente. Las razones de la elección de los emplazamientos eran diferentes a las que justifican el funcionamiento de la ciudad contemporánea y, sin embargo, la ciudad se mantiene ahí. *El análisis de los espacios actuales no puede hacerse sin el conocimiento de la historia, sea breve o larga*”.

**Figura 3.1.** Marco de referencia teórico-conceptual sobre el proceso de urbanización.



**Fuente:** Elaboración propia.

## 1. EL PROCESO DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA

La existencia del fenómeno urbano en América Latina, contrario a lo que se piensa usualmente, es un proceso de larga duración, que encuentra sus raíces más profundas y antecedentes iniciales en las ciudades construidas en América hace 2000 años, en una serie de regiones densamente pobladas y con una tradición agrícola propia de los pueblos testimonio<sup>6</sup> de las sociedades imperiales americanas (Aztecas, Mayas, Incas).

En efecto, como lo expresa en las siguientes citas el arquitecto argentino y especialista en las ciudades precolombinas, Jorge Enrique Hardoy (1996, 45; 2009, 35):

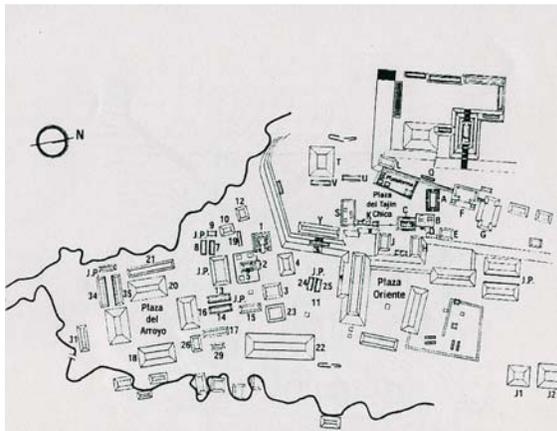
“La aparición de verdaderas ciudades estuvo ligada al auge de las culturas clásicas (Teotihuacan, Monte Albán, Tikal, Dzibilchaltum, Tajín) que fueron respectivamente los ejemplos urbanos más representativos en el centro de México, las tierras altas de Oaxaca, el Petén en Guatemala, la península de Yucatán y el Golfo de México. Entre otros aspectos, se establece como factor interpretativo de la enorme actividad constructiva que se produjo en toda esta región, la centralización político-administrativa y religiosa de estas formaciones sociales que permitió una mayor concentración de poder, recursos y prestigio, lo cual fue utilizado para reunir y organizar estacionalmente a contingentes de mano de obra en número no conocido hasta entonces”.

Por lo tanto se puede afirmar que “el proceso urbanístico en América no nació con la conquista. Es un proceso que se desarrolla desde hace más de veinte siglos y en el que actualmente participan los descendientes de los constructores de las pirámides y de los centros ceremoniales”.

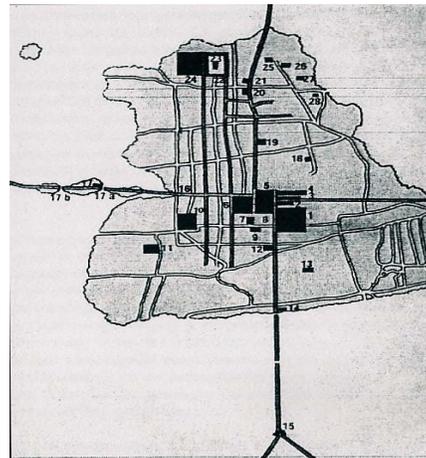
Del mismo modo, como resultado del proceso civilizatorio autónomo de los grupos indígenas en América, se desarrollaron unas formas de organización social y territorial que tuvieron como corolario espacial una morfología urbana y patrones de asentamientos humanos singulares (Anexo 1).

En cuanto al primer aspecto, se destacó el carácter espontáneo inicial de la urbanización<sup>7</sup>, incorporándose luego conceptos ordenadores coincidentes con el período de mando de los líderes más significativos, tal como fue el caso de Tenochitlán y Cusco<sup>8</sup>. En relación con el segundo factor, alusivo a las características de los modos de ocupación territorial precolombino, se reconoce la preponderancia del poblamiento interno en mesoamérica y sudamérica, fundamentado en el hecho de tener sus centros de irradiación y de gobierno en zonas del interior del continente<sup>9</sup>, aunque también se constituyeron asentamientos costeros de máxima importancia, por ejemplo Chan Chan en el Perú y el Tajín en México (Figura 3.2).

Figura 3.2. Morfología urbana de la ciudad americana precolombina y colonial.

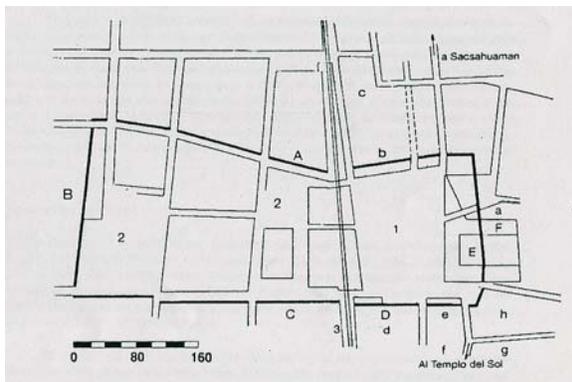


Planta de El Tajín, el principal centro clásico y postclásico de la Costa de México. (Guía Oficial de "El Tajín": I.N.A.H)<sup>10</sup>.



Reconstrucción de Tenochtitlán por Orozco y Berra. El mercado (24) y el templo (23) de Tlatelolco estaban originalmente separados por un canal natural del Gran Teocalli o templo mayor (5) de Tenochtitlán. El plano muestra como habría sido Tenochtitlán a pocos años de la llegada de Cortés (Orozco y Berra, colección Biblioteca del Congreso, Washington DC)<sup>11</sup>.

Las sucesivas etapas de evolución de Tenochtitlán generaron la gradual adopción de un esquema rectilíneo determinado por dos ejes, que correspondían a las calzadas de acceso, y en cuyo cruce estaba el centro cívico-religioso de la ciudad. Aparentemente fue éste un principio de organización urbana utilizado por los aztecas con frecuencia.



Plano de la Plaza de Cusco incaico. Las líneas finas señalan el trazado del centro de la actual ciudad, originado en los primeros años de la colonia.

**Construcciones Incaicas:** a- Palacio de Viracocha Inca, b- Palacio de Pachacuti, c- Escuela de los nobles, d- Palacio de Amarucancho, e- Palacio de Huascar, h- Hatum Cancha, 1- Aucaipata (Plaza de Armas), 2- Cusipata, 3- El cauce del Huatanay

**Construcciones coloniales:** A- El Cabildo, B- San Francisco, C- La Merced, D- La Universidad y la Campaña, E- La Catedral, F- La Sagrada Familia. Reconstrucción de Harth Terré E.



45- Plano de Cusco en la segunda mitad del siglo XIX. La ubicación de los barrios, formando un círculo alrededor de la Huacaypata, responde a la descripción del Inca Garcilazo.

**Iglesias:** 1. San Cristobal; 2. Santa Ana; 3. Los Nazarenos; 4. San Antonio; 5. San Blas; 6. Beaterio Arcopata; 7. Jesús María; 8. La Catedral; 9. Capilla de Santiago; 10. San Francisco; 11. La Merced; 12. La Compañía; 13. San Agustín; 14. Hospital de Hombres; 15. Santa Clara; 16. Santa Catalina; 17. Beaterio de San Andrés; 18. Beaterio Santa Rosa; 19. Santo Domingo; 20. Beaterio Ahuacpinta; 21. Santiago; 22. Bellen; 23. Iglesia del Panteón; 24. Universidad; 25. Prefectura; 26. Municipio; 27. Prisión. **Ruinas Incas:** A. Templo del Sol, B. Palacio de la Virgen del Sol; C. Palacio del Inca Tupac Yupanqui; D. Palacio del Inca Yupanqui; E. Palacio del Inca Rosa; F. Palacio del Inca Viracocha; G. Palacio de Yachahuasi, o Escuelas; H. Palacio del Inca Pachacuti.; I. Palacio de Huayna Capac; J. Palacio de Manco Capac; K. Casa de Garcilazo de la Vega; L. Intahnautau, o Gnomon del Sol; M. Ruinas de construcciones incas; N. Chingana cámaras en la roca; O. Cámaras rocosas talladas; P. Camino del Inca, nivelado conduciendo a las canteras; Q. Pila, o Baño de los Incas. Líneas negras muestran muros del antiguo Inca.

Fuente: Hardoy, J. E. 2009, p. 122, 167, 385, 390.

Por consiguiente, derivado de una larga tradición de manejo, uso y apropiación del territorio por parte de las comunidades indígenas, se configura una distribución espacial del poblamiento que es la estructura originaria y columna vertebral del sistema actual de ciudades en América, toda vez que, como lo enuncia Hardoy (2009, 14) “*los españoles emplazaron muchas de sus primeras fundaciones sobre las ciudades indígenas y los territorios más densamente poblados que acababan de conquistar*”<sup>12</sup>.

De este modo, entendiendo la procedencia y el momento histórico académico e intelectual en los cuales han emergido los principales planteamientos del proceso de urbanización en América Latina, se percibe, no obstante, la reproducción, permanencia y arraigo de discursos eurocentricos y con alto nivel de relativismo histórico, que sitúan como epicentro y coordenadas genéticas de la estructura o sistema urbano en el continente a la ciudad colonial<sup>13</sup>.

Por tal razón, se reivindica como foco cardinal y uno de los pocos testimonios vivientes de la cultura indígena en la configuración contemporánea del territorio americano, a la red constituida por los diversos lugares donde se emplazaron los poblados y ciudades de su herencia milenaria. De hecho, un aspecto preeminente de las ciudades americanas al que hace referencia Hardoy (2009, 28) es el siguiente:

“muchas de las áreas primitivamente ocupadas por los primeros grupos sedentarios continuaron siendo los principales centros de vida y de evolución tecnológica durante las subsiguientes etapas de desarrollo de las culturas indígenas. Y es interesante verificar que durante la época de la colonia española, y aún en nuestros días, el valle central de México, las tierras altas de Guatemala y la costa del Perú, continúan concentrando la mayor ocupación humana de esos tres países”.

Por añadidura, uno de los más importantes geógrafos latinoamericanos contemporáneos, como es el Chileno-Venezolano Pedro Cunill Grau, plantea en su texto *La América Andina* (1981, 92) un elemento categórico y de enorme capacidad aclaratoria, tanto sobre la transposición e imbricación urbana colonial-precolombina<sup>14</sup>, como de los patrones de ocupación espacial ibérica, al sostener que:

“La época de conquista y colonización española, dejó un esquema de distribución geográfica de la población de estas naciones, bastante parecido al poblamiento indígena a finales del siglo XV. Por ello, las mayores concentraciones de población se encuentran superpuestas a las antiguas concentraciones de población indígena: cordillera del litoral venezolano, Andes colombo-ecuatorianos, Sierra y Altiplano peruano-boliviano, Depresión Central chilena. A la vez los españoles fomentaron el poblamiento vertical y periférico en el litoral buscando una mejor localización de sus puertos para asegurar el vínculo con la metrópoli”.

Ahora bien, este hecho pone de manifiesto que a pesar del nivel de desarrollo urbano alcanzado por algunas culturas precolombianas, en especial, la azteca e inca, las formas de organización territorial y uso vernáculo del espacio por ellas constituidas, cambiaron después del momento de contacto o “impacto” de la expansión europea desde finales del siglo XV, tras la imposición del paradigma civilizatorio de los países conquistadores<sup>15</sup>, que generó, en primer

lugar, la destrucción de los espacios urbanos indígenas precedentes<sup>16</sup>, sobre los cuales se erigió la nueva ciudad colonial de altura, y seguidamente, se instauró un modelo de ocupación predominantemente costero, manifestado en la fundación de numerosos poblados contiguos al perímetro litoral, que tenían como finalidad la conformación de una serie de ciudades portuarias o paraportuarias, para extraer a través de ellas la riqueza de los territorios dominados (Anexo 2).

Ciertamente, como se puede colegir de la explicación efectuada por el geógrafo inglés Alan Gilbert en su obra *La ciudad Latinoamericana* (1997, 40) la conquista como sistema de dominación ejerció su poder a través de la fundación de nuevos poblados, la superposición de ciudades coloniales sobre los vestigios y ruinas del espacio urbano precolombino, y con ello estructuró nuevos sistemas urbanos<sup>17</sup>.

Así pues, el imperio ibérico diseñó y configuró un complicado sistema territorial-administrativo basado en una red de pueblos y ciudades, característica que desde una perspectiva de la "arqueología del paisaje"<sup>18</sup> denota y asume a la producción del espacio como un proceso de decantación y concurrencia desigual de temporalidades; en este caso, la sumatoria dialéctica y contradictoria de los tiempos precolombinos y coloniales, situación que queda ejemplificada en las siguientes palabras de Hardoy (2009, 14-16; 1975, 25):

"Ninguna de las ciudades indígenas fue respetada por la conquista o por la colonia y casi nada hicieron los gobiernos de las repúblicas latinoamericanas durante el primer siglo de administración independiente por defender los monumentos de las antiguas civilizaciones. Nada puede verse ya de Tenochtitlán, de Texcoco o de Azcapotzalco; el Cusco incaico sólo se admira en los muros de piedras que bordean algunas calles y hasta su gran plaza ceremonial fue cercenada. El impresionante volumen de la pirámide de Cholula es todo lo que puede apreciarse de la ciudad de los templos que desató la ira de Cortés. Cempoala, Machu Pichu, Chan Chan, Mitla y Tulum, habitadas cuando se produjo la conquista, están abandonadas desde hace siglos"...así, "la evolución de las ciudades indígenas de América Latina fue interrumpida bruscamente en la primera mitad del siglo XVI. A partir de esos años las principales ciudades perdieron población o fueron abandonadas". Por lo que sigue, "esta estructura espacial -colonial- forma la base del esquema actual de urbanización en el continente", ya que la mayoría de las ciudades actuales fue fundada por los españoles o portugueses durante los siglos XVI y XVII"<sup>19</sup>.

De igual manera, las ciudades de herencia colonial españolas y portuguesas en América tienen como denominador común el haber sido áreas de avanzada de nuevos espacios por conquistar<sup>20</sup>, al igual que fungir como lugares de gobierno, administración del uso del espacio y control territorial. Sobre esta característica Gilbert (1997,40) citando a Fernando Henrique Cardoso (1975, 169) enuncia que:

"La ciudad del imperio ibérico en América, tanto español como lusitano, era más una ciudad de soldados que de burgueses. Ni el mercado ni los consejos locales tenían el poder de oponerse a las cortes del rey, a las leyes coloniales y a los intereses de la Corona, o de enfrentar la explotación colonial que forjó a la realeza y la burguesía ibéricas en el molde rígido del capitalismo mercantil. En el polo opuesto se encontraba el propietario de la tierra, indio o esclavo. El soldado y el señor eran el tipo social que daba vida a las ciudades".

Dicho de otro modo, la ciudad latinoamericana del período colonial y mercantil impuso por conveniencia administrativa y razones económicas una organización del territorio que posibilitara, desde el centro urbano de altura<sup>21</sup> o costero<sup>22</sup>, el manejo de la explotación y exportación de la producción agropecuaria y minera de las zonas circundantes. Lo anterior, se logró a partir de la adopción del modelo hacendatario o del establecimiento de los pueblos reales de minas, los cuales permitieron monopolizar la tierra y dominar la fuerza de trabajo, con base en el reclutamiento y esclavitud de la mano de obra indígena y africana, siendo éstas desintegradas y diezmadas durante todo este período<sup>23</sup>.

En este orden de ideas, se puede señalar que de la época colonial queda como prueba testimonial un patrón de asentamientos humanos manifestado en la configuración de un sistema de ciudades con su respectiva jerarquía político-administrativa y económica. Sobre todo, se reconoce un conjunto de centros urbanos especializados en diversas funciones, como las ya mencionadas de avanzada o defensa de territorios conquistados; ciudades portuarias, comerciales y financieras; ciudades residencia de los grandes propietarios agrarios y de los enclaves mineros; y otros como los poblados surgidos entre las encrucijadas y centros de tránsito, los pueblos de indios<sup>24</sup>, etc. (Anexo 3).

En consecuencia, entre las principales características de las ciudades coloniales se reconoce el nivel de significación y funcionalidad comercial que jugaban aquellas en las que se adelantaban actividades de acopio de productos para exportar, combinado con el de la importación de géneros españoles o del contrabando y su variada distribución a través de largas rutas<sup>25</sup>. Además, algunas ciudades de menor jerarquía al cumplir la función de puntos de enlace, distribución y tránsito en el ejercicio comercial colonial hicieron crecer su importancia relativa a nivel regional.

Igualmente, otro de los aspectos relevantes en las particularidades funcionales del período colonial (definitivo para las fases posteriores) ha sido el hecho que en algunos de estos núcleos urbanos epicentro de áreas de influencia agrícola, residían de manera permanente las clases dirigentes del sector rural. Así lo formula Pedro Cunill (1981, 220) al explicar que los grandes terratenientes, “reyes” del azúcar, del cacao, del café o del trigo, vivían en los centros urbanos y practicaban el absentismo agrícola, aspecto que contradice lo definido y consignado en las reales normas de zonificación que regulaban el uso del suelo urbano y rural, y el régimen de tenencia de la tierra, las cuales exigían la permanencia del titular en la misma<sup>26</sup>. Sobre este hecho, la geógrafa española María Asunción Martín Lou y el geógrafo argentino Eduardo Múscar Benasayag, de la Universidad Complutense de Madrid (1992, 190) plantean lo siguiente:

“Los propietarios de las grandes extensiones de tierras y gran parte de la producción prefirieron vivir en las ciudades, donde gastaban los beneficios obtenidos de las actividades agropecuarias. El brutal liberalismo económico es trasplantado en las ciudades sin mayor consideración por las condiciones locales, lo que ayudó a concentrar el dinero en los centros urbanos, en respuesta a la demanda de la clase acomodada de manufacturas importadas”.

Por lo tanto, es de esta manera como se estableció el origen del vínculo rentista y señorial de este grupo social a sus respectivas regiones, sintiéndose ligados a ellas por sus bienes inalienables, aportando sus fortunas a la ciudad que representaba el centro comercial y social, donde el lujo sucedía a la austeridad de los trabajos agrícolas. Este proceso estaba ligado entonces al comportamiento de un gran número de ciudades provinciales como centros de servicios para sus respectivas áreas agropecuarias<sup>27</sup>. Asimismo, las grandes propiedades o latifundios se destacaron por integrar una nueva forma de explotación social y espacial no desarrolladas previamente por las formaciones sociales indígenas, es decir, que con ellas se inicia la *privatización de las tierras americanas* y la entrada en vigor de un “*derecho de propiedad*” ajeno a la cosmovisión de los pobladores autóctonos.

Como aspecto complementario, se reafirma y ratifica a partir de lo enunciado por el sociólogo español Manuel Castells en su libro clásico *La cuestión urbana* (1974, 72) que en función de la implantación territorial del modelo económico colonial de explotación, se conformó un proceso de urbanización para América Latina, caracterizado por una vinculación más estrecha entre las ciudades americanas y los centros de poder de los países colonialistas, que actuó en detrimento de sus regiones cercanas, las cuales cumplían la labor de zonas de extracción de recursos<sup>28</sup>, y de otro lado, la concentración de funciones económicas y políticas en los núcleos iniciales de poblamiento, fenómeno que sentó las bases de la primacía urbana de estas ciudades, generalmente las capitales.

En suma, los factores anteriores permiten explicar el distanciamiento existente entre la red urbana colonial básicamente litoral y las tierras del interior del continente<sup>29</sup>. Incluso, con base en este mismo planteamiento Hardoy sugiere que, no obstante todo el proceso de urbanización formalizado en el período colonial, América Latina al iniciarse las guerras de independencia de comienzos del siglo XIX era todavía “*un continente vacío y predominantemente rural*”<sup>30</sup>, debido a que la mayoría de su población dependía de una economía de subsistencia agraria, y los demás sectores productivos no eran lo suficientemente fuertes (minería, artesanía, manufactura) para dinamizar su desarrollo urbano. Por esta razón, se reconoce que en la década de 1850 no se vislumbraban todavía grandes ciudades en América Latina<sup>31</sup>.

Por lo demás, junto a la explicación anterior, que pone énfasis en la poca relevancia que todavía poseía el hecho urbano en términos de extensión y cobertura territorial en América Latina a finales del período colonial, es pertinente añadir la descripción efectuada por Martín y Múscar (1992, 155) sobre el estado y papel de las ciudades durante la etapa de independencia americana en el intervalo de los primeros decenios del siglo XIX:

“La América que había conocido épocas de gran crecimiento y esplendor arquitectónico en el último cuarto del siglo XVIII, estaba sumida en un abandono aparente, producto de los movimientos independentistas y de las guerras civiles. Los circuitos comerciales imperantes habían cambiado sus estrategias, modificando las relaciones entre los centros urbanos y las regiones circundantes, lo que influyó en la apariencia física de los asentamientos, que decaían o resurgían al compás de los acontecimientos políticos.

La destrucción que sufrieron algunas ciudades por las guerras y saqueos continuos quedaron inscritos en los mismos modelos urbanos coloniales impuestos en las centurias anteriores. Por otra parte, la desorganización institucional de los primeros tiempos de libertad no produjo cambios significativos, ya que las iniciativas faltaron por completo en casi todas las ciudades importantes. Cuando sobrevinieron aires de mejoras económicas comienzan a fundarse nuevas ciudades y se transforman en ciudades viejas aldeas por el nuevo papel y funciones que deben ejercer, como por ejemplo, Bahía Blanca o Rosario en Argentina y Barranquilla en Colombia. A pesar del resurgimiento y creación de nuevas ciudades, éstas presentaron durante mucho tiempo un aspecto primitivo en sus trazados, edificaciones y distribución de los edificios más importantes.”

De otro lado, cabe consignar como factor sobresaliente para el desarrollo territorial posterior de América Latina, en primer término, el desplazamiento del peso histórico continental del Pacífico al Atlántico gestado en el período decimonónico y continuado de manera lenta pero profunda conforme a los cambios y vaivénes en el orden económico mundial, y en segundo lugar, la reproducción y mantenimiento de las formas coloniales de manejo y uso del territorio demarcados bajo la nueva división de Estados Nacionales, a pesar de los anhelos de transformación y recomposición producto de los procesos independendistas. Sobre este elemento analítico, a raíz de algunos planteamientos del historiador español Mario Hernández Sánchez-Barba, se puede advertir que:

“lo característico de la independencia hispanoamericana es que no estuvo dirigida contra el poder de decisión, o la estructura hegemónica y piramidal de herencia colonial, sino contra las instituciones sociales sobre las cuales recaía el mantenimiento de la decisión mediante el ejercicio de la autoridad...”<sup>32</sup>.

En este contexto socio-histórico que da inicio al período republicano, los diferentes países “emancipados y descolonizados” entraron en una etapa de conflictos políticos externos e internos. Los primeros, fruto de la escisión tras la desaparición del imperio colonial español, factor que se percibe en la continuidad de los espacios de poder político pero no de los límites, que han sido objeto de conflictos por recursos estratégicos<sup>33</sup>. Los segundos, se derivaron de las contradicciones y disputas en torno al modelo de gobierno, la orientación económica y los nexos comerciales a establecer en esta nueva fase autonómica, que terminó en un desplazamiento de la supremacía colonial ibérica a la dominación del capitalismo industrial-mercantilista inglés, y posteriormente, norteamericano<sup>34</sup>.

En efecto, como hechos que ejemplifican el paso a una nueva situación de dependencia económica con Gran Bretaña en el transcurso del siglo XIX, se reconocen las facilidades cedidas para que éste posicionara un mercado de importación y comercialización de sus productos industrializados como contraprestación al apoyo financiero y diplomático prestado a los países americanos en sus procesos de emancipación<sup>35</sup>, al igual que los beneficios exclusivos de las inversiones que venía realizando en sectores económicos como la explotación de recursos naturales, la construcción de infraestructuras de transporte, comunicaciones, energía y de los servicios públicos en general, sirviendo todos a sus intereses económicos<sup>36</sup>.

En cuanto a la clase política local formada por representantes de las élites criollas que sustentaban su poder en la titulación de la tierra, la ampliación de su propiedad y la monopolización del control territorial en la producción de materias primas, se evidencia su papel crucial en la estructuración del dominio corporativo británico en América, aspecto que queda demostrado en la siguiente explicación:

“La entrada de la región al nuevo orden internacional no fue sólo una situación determinada desde el exterior, contrariamente, fue facilitada por los cambios producidos en las estructuras sociales locales. En este período comienza a vislumbrarse una organización nacional en la que los distintos gobiernos, tanto autoritarios como democráticos-liberales, tendían a decantarse por la teoría del progreso indefinido y el librecambio. La clase política dirigente, apoyada por los grupos económicos dominantes dedicados a la producción de materias primas, se identificó enteramente con los propulsores de las inversiones extranjeras, hecho que favoreció la consolidación de la dependencia económica foránea”<sup>37</sup>.

En medio de este complejo panorama social, económico y político de nueva dependencia se intensifica a nivel de la urbanización latinoamericana (1830-1860) la primacía y concentración de poderes en las ciudades capitales, de modo que no se producen cambios sustanciales con relación a las modalidades y esquemas testimoniales de la colonia. Hasta cierto punto, la diferencia con las formas precedentes se empieza a desencadenar con el aluvión de inmigrantes al área austral del continente en Argentina, Uruguay y sur de Brasil, a partir de 1870 y 1880, cambiando la dinámica de urbanización que hasta ese momento se había adelantado con avances sincrónicos y concurrentes entre los diversos países de la región.

Por lo que sigue, la recepción de estas diásporas le dieron un nuevo impulso a las ciudades portuarias, las cuales en los últimos tres decenios del siglo XIX fueron las que cobraron mayor importancia y se convirtieron en centros de atracción y arraigo, empero, será también la agricultura en diversas áreas rurales la que conglomere y cohesione población, posibilitando un floreciente período fundacional de centros urbanos de carácter interior en territorios baldíos allende de las zonas de explotación de herencia colonial<sup>38</sup>. Así pues, se origina un avance significativo en la ocupación de los espacios vacíos: sur de Chile; sur y norte de Argentina; las tierras paulistas, del Estado de Paraná, Mato-Grosso, Río Grande do Sul en Brasil, territorios amazónicos, etc. Estos espacios serán los más dinámicos, mientras que los que antes habían sido aglutinantes, ya estaban ocupados y muy densificados<sup>39</sup> (Anexo 4).

De forma similar a esta dinámica de conquista de territorios del interior y la posterior fundación de nuevos núcleos urbanos especializados en ofrecer servicios para las áreas agropecuarias, es que se adelanta la colonización del centro-occidente de Colombia. Sobre este fenómeno de apropiación y configuración de nuevas territorialidades, Cunill Grau (1981, 221) expone que:

“En Colombia, la expansión del café a partir de 1840 ha suscitado la fundación inconsiderada de nuevas ciudades en las regiones de producción y en las zonas elevadas de tipo templado, sin que se prestara la menor importancia a la topografía y otros factores que debieron haber intervenido en la elección de su emplazamiento. En este contexto se desencadenó el auge urbano de Manizales, Armenia, **Pereira**, Calarca, Chaparral y Libano”.

Ahora bien, es a partir de este momento, cuando los ritmos o fases de crecimiento urbano y las formas del proceso de urbanización (tipologías de tejidos urbanos, funciones y actividades) en América Latina van a estar determinados por la evolución y cambios sucesivos en la manera de operar del modo de producción capitalista en cada uno de las regiones del continente. De ahí que no exista una diferencia cualitativa con relación al período colonial mercantilista anterior, ya que este momento representa la continuación de una clara asimetría en las relaciones económicas y políticas entre las formaciones sociales latinoamericanas y los países “desarrollados” líderes del nuevo sistema de mercado.

Es más, es posible afirmar que se acentúa la situación de dominio y supremacía de los centros de poder en la toma de decisiones relativas al tipo de usos del suelo y actividades productivas (“extractivas”) a establecer en el espacio geográfico latinoamericano, ampliando e intensificando de este modo, la subordinación y pérdida de autonomía o autodeterminación de los diferentes países sobre el modelo de desarrollo a seguir en cada uno de sus territorios y ámbitos urbano-rurales<sup>40</sup>.

Resultado de esta generalización del modelo de producción primario -minero y agroexportador- en toda América Latina durante esta época de hegemonía del librecambismo, se produjeron algunos cambios en el proceso de urbanización<sup>41</sup>. Sobre este particular, Martín y Muscar (1992, p. 190) subrayan la siguiente condición y característica:

“El modelo general de dominación espacial durante la primera fase del período independiente se contempla con una fuerza bidireccional. Por un lado, una gran salida de materias primas y una débil entrada de ingresos de divisas en concepto de las exportaciones, siempre con precios oscilantes y con tendencia a la baja. Los términos de las relaciones de intercambio se deterioran continuamente, por lo que en el juego entre las tensiones sigue ganando la situación exterior. El modelo de crecimiento “*hacia fuera*” toma fuerza en este período para perpetuarse en el siguiente. En este orden de cosas, las fuerzas centrípetas y centrífugas siguen jugando un papel destacado. En el caso de las primeras, los centros de dominio nacional absorben las riquezas y ganancias de las ciudades del interior, en tanto que las segundas siguen ejerciendo el dominio marcado por la atracción de materias primas y capitales hacia el exterior por parte de los países más desarrollados.

En cuanto al modelo de distribución urbana, al impuesto por las colonias se superpone el dictado por las autoridades surgidas del nacimiento de las nuevas repúblicas, que alcanzan en algunas regiones un orden aceptable, pero en la mayoría crea una repartición espacial no satisfactoria, donde el trazado radial de las vías de comunicación ha conectado las metrópolis nacionales con los centros de producción dejando aisladas vastas regiones, que se han deprimido progresivamente. Esta nueva situación es el germen de los grandes desequilibrios que se dan actualmente”.

En efecto, se puede reconocer a partir de las explicaciones efectuadas por Manuel Castells y Milton Santos, la aceleración y ritmos diferenciales que tuvo el proceso de urbanización en los distintos países de América Latina durante la fase de inserción al capitalismo comercial entre 1860 y 1930. (Cuadro 3.1).

**Cuadro 3.1.** Diversificación regional y modo de articulación de los países latinoamericanos al período capitalista comercial 1860-1930.

| Región y países latinoamericanos   | Tipo de producción – actividades económicas   | Procesos y relaciones socio-económicas en los sistemas urbanos  |
|--|---|---|
| <i>Región Austral - Suramérica:</i><br>Argentina, Uruguay  | Sector agropecuario exportador.   | Fusión de intereses entre la burguesía comerciante platense y los propietarios ganaderos del interior; experimentaron un fuerte crecimiento económico cuyo sector terciario se concentró casi exclusivamente en la capital, ya en situación privilegiada al ser puerto de exportación.  |
| Chile  | Auge productivo centrado en la minería.   | Relación entre el sector empresarial minero extranjero y la naciente burguesía nacional.  |
| Brasil   | Sector agrícola exportador, posteriormente complementado con la minería.  | Imbricación entre la burguesía emergente en el sur del país (inmigrantes europeos principalmente) y los capitales extranjeros para el desarrollo de una nueva agricultura de exportación (café), además de la industrialización de la minería en Minas Gerais.  |
| <i>Países del Interior de Sudamérica y los del norte del área Andina:</i> Bolivia, Paraguay, Perú, Ecuador, <b>Colombia</b> , Venezuela                    | Permanecieron casi al margen de la nueva estructura económica (En particular Perú). Vinculación tardía a través de la explotación agraria y minera. | Sus respectivas sociedades estuvieron dominadas por la oligarquía terrateniente, y consiguientemente, un sistema urbano reducido a la herencia municipal de la colonización española.   |
| <i>América Central y el Caribe:</i> Panamá, Costa Rica, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Salvador, México, Puerto Rico, BÉlice, República Dominicana y Cuba | La articulación en el sistema imperialista tomó la forma de la economía de plantación.  | Las funciones urbanas quedaron reducidas a poco más que a las actividades portuarias y al mantenimiento del “orden público”. Ello explica su nivel de urbanización, muy inferior al resto del continente, con excepción de Cuba, donde la larga duración de la dominación española mantuvo el pesado aparato administrativo en los centros urbanos. |

**Fuente:** Castells, M. 1974. p. 74. (Modificación con base en: Santos, M. 1973. p 49-51).

Como se observa en el cuadro anterior, se produjo inicialmente la vinculación de los países de la región austral con los mercados europeos, concretándose desde el período finisecular un intercambio desigual entre la exportación de productos agropecuarios a bajo precio, y la importación de artículos manufacturados de alto valor para la ampliación de sus mercados, siendo las ciudades, los espacios de acopio, distribución y comercialización (exportación e

importación) de esta dinámica económica. Por otra parte, en referencia al modelo de urbanización y ocupación del espacio:

“El dominio económico y político ejercido por las capitales iberoamericanas durante el siglo XIX contribuyó al desarrollo de sistemas de transportes centrados en torno a ellas. La base de la economía de tales ciudades residió en la agricultura, la ganadería y la minería, antes que en la manufactura. Tales circunstancias, en la mayoría de los ámbitos geográficos, salvo en los más activos y con fuerte inmigración, conspiraron contra la formación de nuevas ciudades en el interior y estimularon la centralización del desarrollo en torno a la capital. Los modelos de ocupación del espacio siguieron los dictados del período anterior, donde los latifundios se perpetúan y ganan más tierras para sus dominios”<sup>42</sup>.

Más tarde, durante los tres primeros decenios del siglo XX, sobrevino la introducción al capitalismo comercial del resto de países latinoamericanos, replicando el modelo anterior. Este proceso se manifestó en unas relaciones comerciales inequitativas, que les permitieron a los países desarrollados tener un acceso monopólico a los principales recursos naturales (*minerales* como el oro, carbón, cobre, níquel, esmeraldas, etc.; *forestales* y sus derivados como el caucho, taninos, entre otros, y *marinos*, como las perlas) y al potencial productivo agropecuario de América Latina (café, azúcar, cacao, frutas tropicales, carne y cereales, etc.).

En especial, esta etapa de apogeo de la influencia económica de Europa en América Latina, dejó huellas claramente visibles en el espacio nacional y regional debido a la utilización de los nuevos medios técnicos para adelantar la avanzada del proceso de explotación, intercambio y comercialización. Sobre esta dinámica, el geógrafo brasileiro Milton Santos explica en su trabajo “*Geografía y economía urbanas en los países subdesarrollados*” (1973, 50), que:

“la instalación de la red de transportes ferroviarios ha permitido una penetración en profundidad en estos países. Por tanto, se observa, por ejemplo, el abandono progresivo de los ejes fluviales en provecho de los ejes ferroviarios (Córdoba y Mendoza en la Argentina), mientras que las altas ciudades de México o de Colombia quedan comunicadas. A su vez, se evidencia como la organización del traspais se realiza exclusivamente en función de los puertos; en este sentido, las relaciones transversales siguen siendo prácticamente inexistentes, de manera que, las líneas ferroviarias de América del sur son paralelas entre sí y perpendiculares a la costa, como también se hace explícito que la integración nacional de los transportes es en esta época un fenómeno reciente y raro”.

Consecuentemente, la instauración del modelo de desarrollo “poscolonial”, fundamentado en la sustracción y comercialización de los recursos latinoamericanos para suplir las materias primas requeridas en los procesos productivos industriales de los países del norte, se conformó a partir de la negociación y tutelaje compartido entre la oligarquía terrateniente heredera del poder político colonial y por diversas compañías extranjeras.

Por eso, con el avance de la concentración productiva y de tierras para alcanzar los objetivos extractivos de las “economías de enclave” se provocó la intensificación de las migraciones internas, y con ello, un proceso de crecimiento de las ciudades que ha establecido las bases para la coexistencia en éstas dos sociedades distintas y en permanente confrontación, por un lado, una sociedad conservadora y jerarquizada, compuesta por las élites gobernantes, clases y

grupos articulados dentro de un sistema de comportamientos conocido, y de otro, una sociedad inmigrante integrada por personas aisladas y con pocos vínculos. Un panorama explicativo que refleja la base social de la segregación espacial en formación, emanada de esta estructura productiva, se enuncia a continuación:

“La sociedad tradicional presentaba a principios de siglo una estructura interna con grandes diferencias, en la que dominaba una elite que basaba su poder económico y social en la alianza de intereses entre terratenientes y exportadores. La clase media existente en las ciudades era extensa y compleja, relacionada eminentemente con los servicios especializados que dependían de la exportación, siendo el segmento poblacional que monopolizaba las oportunidades de la movilización social. Los estratos bajos, aunque amplios eran a su vez los menos jerarquizados y en los que el artesanado mantenía su importancia tradicional. Los grupos migrantes se incorporaron a esta sociedad tradicional sin relacionarse, instalándose en las márgenes y a distancia de la primera. Estas nuevas capas populares en las poco adecuadas tramas urbanas comenzaron a diferenciarse según sus niveles de renta y las posibilidades de acceder a la vivienda”<sup>43</sup>.

Es de este modo como se empezó a configurar una morfología urbana de la desigualdad social que expresaba claramente los espacios residenciales vinculados con la población de menores ingresos, en especial, las casas antiguas del centro de la ciudad abandonadas por las elites en su proceso de progresión extramuros, y asimismo los tejidos heterogéneos asociados a la autoconstrucción de viviendas precarias en terrenos baldíos de la periferia.

De otro lado, los obreros con alguna especialización y los empleados, al poseer mejores posibilidades económicas, encontraron la solución a sus necesidades habitacionales en el mercado inmobiliario, que ofrecía en los barrios del extrarradio parcelas a bajo coste. En oposición a los dos anteriores, se presentó un desarrollo edilicio a las afueras de las ciudades para las elites inspirado en diferentes modelos urbanos europeos, siendo evidente la influencia que tuvo la propuesta de la ciudad jardín de origen inglés.

A su vez, la morfología urbana se vio transformada por la adaptación paulatina de las ideas higienistas y sanitarias inglesas que determinaron las primeras ordenanzas municipales de edificación, como también la integración de las tendencias francesas dedicadas al tratamiento haussmanniano del espacio público, intervenciones que se hicieron visibles en la construcción de edificios y monumentos de interés, la ordenación interna de los barrios populares con actuaciones de cirugía o la armonía de los bulevares arbolados, entre otra clase de obras y acciones interesadas en lograr una imagen urbana equilibrada, más no en atender a la solución de los problemas sociales de los grupos menos favorecidos. Precisamente, en los albores del siglo la elaboración de planes reguladores para las principales ciudades no era una práctica común y desarrollada en Latinoamérica.

Después, las ideas proclamadas por el urbanismo racionalista liderado por Le Corbusier y los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna –CIAM- en los años veinte fueron determinantes para la organización de las ciudades de la región. La separación de funciones urbanas, las unidades colectivas de habitación, los ejes de circulación jerarquizados y el trazado de supermanzanas fueron ideas que comenzaron a dominar el panorama urbanístico de la

época. Estos conceptos, conjuntamente con los croquis preparados por el mismo Le Corbusier en 1929 para Río de Janeiro, San Pablo y Buenos Aires, abrieron en el continente una nueva forma de pensar la ciudad moderna. A partir de estas ideas se elaborarían numerosos proyectos, la mayoría de los cuales no tendrían mayor trascendencia, y otros, como en el caso de Brasilia, llegarían con el tiempo a concretarse<sup>44</sup>.

Igualmente, en todo este proceso de urbanización de inicios del siglo XX cumplieron un factor clave los diferentes agentes y actores urbanos que incursionaron en la producción de la vivienda y los sectores residenciales<sup>45</sup>. Así, la actividad privada estuvo eminentemente dedicada a la construcción de viviendas individuales para los sectores burgueses de mayores ingresos, rivalizando en estilos, tamaños y comodidades, mientras que los gobiernos locales emprendieron la adecuación de los antiguos centros coloniales, incorporando nuevas infraestructuras y modernos equipamientos, aun a costa de recurrir a préstamos y ayudas técnicas externas<sup>46</sup>.

Todas las soluciones e intervenciones realizadas, sin embargo, afectaron sólo de manera parcial los tejidos existentes, y de ningún modo correspondían a una programación que siguiese pautas de algún proyecto urbano integral. A la par, dicha condición denota el continuismo de las tradiciones y formas coloniales en la gestión local de la administración territorial republicana, debido a que todavía se mantenía en la ciudad capital la centralización del poder y la toma de decisiones administrativas frente al destino de los diferentes municipios y provincias.

Por tanto, ante esta situación sempiterna, la debilidad de los ayuntamientos era manifiesta, inhibiendo el desarrollo y la consolidación de la función básica para la que originalmente fueron creados, ser catalizadores de las demandas de una sociedad urbana heterogénea. Sus actividades se limitaban a intentar ejecutar las pocas iniciativas que permitía el estrecho espacio de maniobras del poder municipal. De acuerdo a esto, se exhibe la presente dilucidación:

“Eran eminentemente instituciones que sobrevivían al margen del desarrollo urbano –entendido en un sentido económico y social amplio- dedicadas a satisfacer las necesidades de los grupos dominantes. Sus actividades se limitaban a asegurar el funcionamiento y el control de la ciudad formal, sin intervenir, excepto en situaciones extremas, en la ciudad informal que crecía libremente en los arrabales<sup>47</sup>”.

En síntesis, las ciudades crecieron espontáneamente durante las primeras décadas de siglo, oscilando entre las iniciativas públicas de mejoramiento urbano planteadas como proyectos puntuales no incluidos en una idea rectora general, y la actividad privada, dedicada mayoritariamente a la construcción de espacios residenciales. La resultante formal de estas actuaciones reflejaba la estructura social que contenía, mostrando una clara segregación por niveles de ingreso: distritos burgueses resueltos con una arquitectura de alta calidad, barrios para los grupos medios con viviendas unifamiliares autoconstruidas o unidades colectivas promovidas por empresas inmobiliarias, y sectores populares, que se repartían entre los conventillos e inquilinatos, las construcciones especulativas del centro y los empobrecidos arrabales periféricos<sup>48</sup>.

Ulteriormente, dadas las condiciones generadas a nivel global por la crisis económica de 1929<sup>49</sup>, entre otras, la ruptura de los mecanismos del mercado mundial y la limitación de las importaciones, se da inicio en América Latina al período de *capitalismo industrial* (1930-1960)<sup>50</sup>, el cual se fundamentó en términos políticos, en la construcción del Estado-Nación moderno, y económicamente, en la promoción y fomento de una transformación de la base productiva que permitiera agenciar una transición definitiva hacia una fase de crecimiento sostenido en la expansión de la industria, dejando así relegada la histórica dependencia al sector primario de la economía, que había cimentado las bases del atraso económico crónico del continente desde la época de la colonia hasta el primer siglo del período republicano.

De cualquier modo, si bien se promovió este giro en la orientación de la política económica continental, esta circunstancia puso de manifiesto las dificultades para resistir y adecuarse a cualquier coyuntura adversa con una estructura productiva sustentada exclusivamente en actividades extractivas, y a la par, reveló los problemas de las bases sociales para afrontar el reto que comportaba adelantar soluciones rápidas a sucesos desfavorables. Con todo, a pesar de la difícil situación acaecida por la depresión económica de 1929, ningún país pudo generar una disolución resuelta y definitiva del modelo dependiente y de concentración de la riqueza en los segmentos oligárquicos, toda vez que redefinieron su poder y participación en los cambios económicos en ciernes<sup>51</sup>.

En todo caso, durante la década de los treinta y cuarenta se desencadenan un cúmulo de acontecimientos que permiten el advenimiento de ciertas transformaciones territoriales en algunas regiones con potencial para el desarrollo industrial, con lo cual se van adecuando gradualmente a sus necesidades, adquiriendo su máxima consolidación hacia mediados de siglo, aunque todavía se mantenía el papel preponderante y hegemónico del modelo agroexportador. Así pues, hacia 1945, aun con distintas modalidades y diferentes grados de éxito, la industrialización fue implantándose en toda la región siguiendo denominadores comunes: alta participación del Estado a través de políticas económicas inductivas del desarrollo, modernización de las formas de vida y de consumo siguiendo los patrones de las sociedades más avanzadas en términos productivos, ampliación de las capas asalariadas y mejoras en sus condiciones de vida<sup>52</sup>.

Por otra parte, a nivel social, dicho proceso de reconversión económica está indisociablemente relacionado con los diversos intentos de toma del control político del Estado por la naciente burguesía industrial, que buscaba afanosamente, como lo plantea Dos Santos (1998) “*la mejor manera de entrar a participar del capitalismo mundial*”<sup>53</sup>. Es así como, a través de la introducción de la política de sustitución de importaciones, se impulsaron un conjunto de estrategias que viabilizarán la industrialización nacional, empezando en algunos países a desplazar lentamente de las principales instancias del poder ejecutivo a la antigua oligarquía que se sostenía en el control sobre la tierra.

Este aspecto se ve refrendado en el apoyo estatal al desarrollo industrial con medidas como la protección arancelaria y los créditos subsidiados, hasta la construcción de infraestructuras de sostén, financiadas en la mayoría de los casos con rentas devenidas del sector agropecuario. El impulso económico conseguido durante la posguerra permitió llegar a cotas de crecimiento nunca antes registradas. Entre 1945 y 1957, el producto interior bruto iberoamericano registró un incremento anual medio del 5 por ciento, crecimiento alcanzado fundamentalmente por la expansión del sector agropecuario, que para entonces ya había comenzado a incorporar técnicas de producción “modernas”<sup>54</sup>.

Otro elemento relevante en la dinámica de industrialización fue la recaptura multinacional de las ganancias, avances (existencia de un tejido empresarial nacional ya consolidado y presencia de una infraestructura territorial aceptable) y opciones productivas en época de posguerra; de esta manera, se presenta una nueva incursión de capitales foráneos, en especial norteamericanos, recibiendo un trato preferencial por parte de los gobiernos de América Latina<sup>55</sup>.

En suma, durante este contexto de prevalencia del discurso y acción “modernizadora”, lo que se empieza a configurar es un consenso y apropiación por parte de las élites latinoamericanas de los proyectos productivos, tanto en el ámbito urbano con la industrialización, como en el mundo rural con la implementación de la “revolución verde” o modelo de desarrollo agro-industrial, que ha tenido como requisito axiomático e inequívoco la concentración de la tierra para poder obtener mayor productividad y rendimientos económicos a partir del establecimiento de monocultivos (caña de azúcar, café, plátano, soja, especies maderables de exportación, y en la actualidad, palma para “bio-combustibles”, etc.). En este sentido, la geógrafa y ecologista política Susana Hecht, del Instituto de Medio Ambiente de la Universidad de Berkeley, California (UCLA), especializada en los impactos socio-naturales (ambientales) del desarrollo rural en América Latina, afirma que:

“Las consecuencias de la revolución verde en las áreas rurales fueron tales que sirvieron para marginalizar a gran parte de la población rural. En primer lugar, centró sus beneficios en los grupos que eran ricos en recursos, acelerando así la diferencia entre ellos y los otros habitantes rurales, por lo que la desigualdad rural a menudo aumentó. En segundo lugar, socavó muchas formas de acceso a la tierra y a los recursos, tales como los cultivos de mediería, el arriendo de mano de obra y el acceso a medios de riego y tierras de pastoreo. Esto redujo la diversidad de estrategias de subsistencia disponibles a las familias rurales y, por lo tanto, aumentó la dependencia del predio agrícola”<sup>56</sup>.

De ahí que el resultado de este proceso de monopolización de los diferentes sectores económicos y ámbitos territoriales de producción ha sido, en términos sociales, la coalescencia entre el poder gamonal y los “nuevos empresarios agrarios (coalición de inversionistas y firmas extranjeras con compañías nacionales)” para poseer y usufructuar las mejores tierras de cultivo, la desestructuración de las formas tradicionales de uso, organización y producción campesina (economías agrarias de subsistencia con policultivos, soportadas en redes de cooperación y asociatividad comunitaria) con la consecuente pauperización de una gran proporción de esta población, y en términos espaciales, la diáspora masiva de campesinos a las ciudades en

búsqueda de alternativas de trabajo tras la expulsión directa por coacción, o de manera indirecta, por el incremento especulativo del valor del suelo; proceso social que a la postre ha alimentado y contribuido al exacerbado crecimiento urbano latinoamericano en el decurso de la segunda mitad del siglo XX. Ante este escenario se puede afirmar que el crecimiento de las ciudades latinoamericanas durante esta fase de difusión del “capitalismo industrial” como modelo de desarrollo económico, ha tenido como factores determinantes, más que la atracción de población ejercida por los puestos de empleo en las industrias urbanas, otros aspectos o condicionantes de *orden económico y político*, que han precipitado las migraciones rural-urbanas en una intensidad dramática<sup>57</sup>.

En primer lugar, atendiendo los elementos estructurales de *carácter económico*, citados con anterioridad, se identifica que de acuerdo a la reorganización del sistema productivo agrícola durante este período, se ha acentuado la concentración de la tierra entre el nuevo sector empresarial (para la inserción a nuevos mercados internacionales) y los latifundistas<sup>58</sup> o terratenientes históricos, que mantienen a manera de “reserva” vastas extensiones de tierra improductiva mientras son incorporadas al mercado agroindustrial, dejando sólo una mínima proporción de tierras de baja aptitud y potencial agrícola a los campesinos pobres, con lo cual, las posibilidades laborales de esta población se reducen al empleo temporal y precario en las plantaciones comerciales, o de otro lado, al inexorable éxodo rural.

Este accionar se ha visto fortalecido y legitimado institucionalmente a través de la puesta en marcha en toda América Latina de la política pública de “*modernización del campo o de defensa del sector rural*”, la cual, amparada en la búsqueda de soluciones para la crisis agraria, desde la adopción de una visión empresarial (revolución verde), lo que ha logrado es intensificar la extrema marginalidad de un amplio sector de pequeños y medianos campesinos que no han tenido los recursos económicos suficientes para acceder a los créditos agrarios, paquetes tecnológicos (fertilizantes, semillas mejoradas, herbicidas, pesticidas, plaguicidas, etc.) e insumos (maquinaria, sistemas de riego, etc.) requeridos para efectuar la reconversión de sus unidades productivas, operando de esta forma, una selección excluyente en las zonas rurales.

De ahí se hace evidente que, políticas aparentemente neutras y bien intencionadas por los objetivos que persiguen (superación de la pobreza, nuevas alternativas productivas para los campesinos de escasos recursos, etc.) tratan de lograr cambios significativos, pero sin realizar las reformas y transformaciones estructurales que demandan los problemas que enfrentan, como es la desigual distribución en la tenencia de la tierra, que se ha perpetuado desde la época colonial hasta la actualidad. De otra parte, como reflejo de los *factores políticos*, sobresale el caso de la “violencia” en el campo colombiano, hecho avieso que ha causado fuertes procesos de desplazamiento de la población rural hacia las principales ciudades del país. Este fenómeno ha quedado constatado en el incremento sostenido de la población urbana desde la década de los cuarenta (12, 8% en 1938 a 40% en 1968) siendo significativo el crecimiento urbano en los años más aciagos del período de la violencia, pasando del 22,4% de población urbana en 1952 a 36, 6% en 1964 (Santos, M. 1973, 33).

Entonces, toda esta descomposición de las estructuras rurales por la concentración de la propiedad y monopolización plutocrática de los proyectos productivos, produjo como efecto colateral durante este período, un crecimiento inusitado de las ciudades latinoamericanas, en una proporción y ritmo que superó tanto la creación y oferta de empleo formal por parte de los sectores secundario y terciario urbano, como también, la capacidad institucional para atender la prestación de servicios sociales básicos (educación, salud, vivienda, equipamientos colectivos o comunitarios – bibliotecas, centros de atención al ciudadano -etc.) a la nueva población urbana. Por esta razón, se desencadenó una ampliación de las áreas de exclusión y tensión social constituidas por los inmigrantes rurales en situación de desempleo, y por consiguiente, se acentuó la segregación espacial de las clases sociales<sup>59</sup>.

Precisamente, en cuanto a la dinámica urbana de esta época, Alan Gilbert (1997) afirma que desde 1940 la urbanización ha sido muy rápida, y en ciertos casos durante períodos cortos, el crecimiento ha sido espectacular. Por ejemplo, en el decenio de 1940 Caracas creció 7,6% anual, Cali 8% y San Pablo 7.4%; en el decenio de 1950 Guadalajara tuvo un crecimiento anual de 6.7%. América Latina se transformó entonces de una región rural en una urbana debido a una combinación de factores: menor índice de mortalidad, desplazamiento campesino y rápida migración interna en el marco de un modelo de capitalismo dependiente con iniquidad social<sup>60</sup> (Cuadro 3.2).

**Cuadro 3.2.** Población urbana (porcentaje) en Latinoamérica, 1940-1960.

| Pais           | 1940 | 1960 |
|----------------|------|------|
| Argentina      | na   | 74   |
| Bolivia        | na   | 39   |
| Brasil         | 31   | 45   |
| Chile          | 52   | 68   |
| Cuba           | 46   | 55   |
| Ecuador        | na   | 34   |
| México         | 35   | 51   |
| Perú           | 35   | 46   |
| Venezuela      | 31   | 67   |
| América Latina | 33   | 50   |

La población urbana se define de acuerdo con los criterios de cada país.

**Fuente:** Wilkie *et al.*, 1994, p. 141 y United Nations, 1995, p. 82-85. En: Modificado de Gilbert, A. 1997, p. 44.

Este proceso indica por lo tanto, que la aseveración sobre “*una urbanización latinoamericana motivada por la industrialización*” queda en entredicho, toda vez que la proporción de población migrante incorporada al sector industrial fue tan poco representativa en este período<sup>61</sup> (véase cuadro 3.3) que su absorción ocurrió realmente, en el sector terciario, o sin eufemismos, en “el rebusque” o el empleo informal. En este orden de ideas, lo enunciado previamente es

coincidente con las apreciaciones de los sociólogos Fernando Henrique Cardoso (1968) y Manuel Castells (1974) al señalar que:

“El cambio en la estructura ocupacional de América Latina ha significado mucho menos un proceso de industrialización que el paso de una parte de la población agrícola al sector terciario (servicios)<sup>62</sup>.(véase cuadro 3.2). Bajo la engañosa denominación de servicios, se indican esencialmente tres capítulos de actividad: comercio, administración y, en particular, servicios varios...”. Es fácil intuir hasta qué punto el desempleo real o encubierto adopto aires de vendedor ambulante o de trabajador intercambiable según la coyuntura y en particular según los standards de consumo de la clase dominante. La importancia del sector servicios en los países latinoamericanos supera o iguala la extensión de dicho sector en los Estados Unidos y rebasa ampliamente su extensión en Europa. Pero aún hay más. Como dice Richard Morse, “los sectores terciarios latinoamericanos y estadounidenses tienen poco parecido. El primero está compuesto en gran parte por comercio pequeño y ambulante, servicio doméstico, trabajos no especializados y transitorios y desempleo disfrazado”<sup>63</sup>.

**Cuadro 3.3.** América Latina: Población activa por sector económico. Período 1945-1960.

| Sector<br>Económico | Distribución de la población activa por sector |       |          |       |                        |       |
|---------------------|--|-------|----------|-------|------------------------|-------|
|                     | 1945   |       | 1960     |       | Cambio entre 1945-1960 |       |
|                     | Total  | %     | Total    | %     | Total                  | %     |
| Agricultura         | 26780000                                       | 56,8  | 32620000 | 47,2  | + 5840000              | - 9,6 |
| Minas               | 560000   | 1,2   | 520000   | 0,9   | - 40000                | - 0,3 |
| <i>Primario</i>     | 27340000                                       | 58,0  | 33140000 | 48,1  | + 5800000              | - 9,9 |
| Construcción        | 1500000  | 3,2   | 2800000  | 4,1   | + 1300000              | + 0,8 |
| Manufactura         | 6500000  | 13,8  | 9900000  | 14,3  | + 3400000              | + 0,5 |
| <i>Secundario</i>   | 8000000  | 17,0  | 12700000 | 18,4  | + 4700000              | + 1,3 |
| <i>Terciario</i>    | 11830000                                       | 25,0  | 23200000 | 33,5  | +11370000              | + 8,5 |
| Totales             | 47170000                                       | 100,0 | 89100000 | 100,0 | + 22020000             | 0,0   |

**Fuente:** DESAL, Marginalidad en América Latina. Un ensayo de Diagnóstico. En: Castells, 1974, p.70.

Este difícil proceso de inserción al mercado laboral del sector industrial y manufacturero, y a escenarios de participación ciudadana adscritos al gobierno, que permitiera mayor capacidad de decisión sobre su desarrollo y porvenir a las masas de población migrante, derivó en la producción social de un espacio urbano latinoamericano, fraccionado, inequitativo y dual, reflejando con intensidad, la condición y naturaleza desigual de la ciudad del período de modernización. En efecto, se configuró una espacialidad altamente diferenciada y segregada, producto de la consolidación de fragmentos de ciudad planificada técnica y administrativamente, bajo los preceptos del urbanismo racional funcionalista (zonning) con barrios obreros y zonas industriales, y de otro lado, la construcción de áreas de precariedad, dificultad social y urbanística, cada vez más representativas en el conjunto de la ciudad.

Como muestra de los procesos urbanos mencionados previamente, se presenta el deterioro constante del centro tradicional e histórico, debido, entre otras razones, al traslado definitivo de las capas de mayores ingresos a nuevos barrios planificados de alto standing, y por tanto, la tugurización o rentabilización de los bienes inmuebles abandonados en el casco antiguo a través de su conversión a alquiler fraccionado para los grupos sociales de rentas bajas. Al

mismo tiempo, en el extrarradio, las barriadas periféricas aumentaban en extensión, llegando a formar una parte sustancial de la estructura física de muchas ciudades<sup>64</sup>.

En estos arrabales latinoamericanos, la fusión entre los grupos de inmigrantes procedentes del interior y los sectores populares y de la baja clase media pertenecientes a la sociedad tradicional permitió la constitución de una numerosa base social que, ante la presión de demandas urbanas insatisfechas, abandonó su tradicional actitud de reserva. El aumento progresivo de los marginados urbanos, que subsistían gracias a las mínimas alternativas que les permitía la economía informal localizada en los intersticios del sistema económico, comenzó a consolidar un estrato nuevo. La proliferación de la población marginada de las grandes ciudades representa desde los años cincuenta uno de los hechos demográficos más relevantes del continente<sup>65</sup>.

Paralelamente, en el desarrollo de esta producción urbana y configuración territorial desigual cumplieron un papel protagónico los grupos privados promotores del crecimiento urbano especulativo (compañías inmobiliarias y empresas constructoras) que recibían financiación de la recirculación del capital procedente de la bonanza en los sectores promisorios de la economía y operaban casi sin restricciones las orientaciones de sus estrategias comerciales.

En cuanto al sector público, sus actuaciones continuaron concentradas en la dotación de infraestructuras y servicios, dirigidos esta vez a mejorar las condiciones generales de la población y de la industria, necesarias para apoyar directamente a la expansión productiva. De la misma forma, la capacidad de los gobiernos municipales se vio constreñida por la arquitectura estatal que perpetuaba las formas rígidas de la centralización impidiendo un ejercicio de mayor autonomía presupuestal y administrativa, y de otro lado, se insistía en la aplicación irrestricta de modelos ajenos a las problemáticas locales; dichos aspectos se pueden observar en estas condiciones:

El fracaso de la aplicación de criterios procedentes de Europa a una realidad urbana caracterizada por un fuerte crecimiento se hizo evidente: la ordenación de las ciudades sudamericanas no podía ser conseguida a través de esquemas organizativos basados exclusivamente en el diseño urbano. La situación en la región era diferente, se trataba de un proceso de crecimiento urbano sin urbanización. Las ciudades comenzaron a cambiar su fisonomía anterior dejando de ser estructuras unitarias para transformarse en un anárquico agregado de partes.

Mal preparadas para recibir un volumen de población tan importante y con gobiernos locales poco capacitados para enfrentar la magnitud de los problemas suscitados en el seno de las sociedades urbanas, la organización de las ciudades de mediados de siglo oscilaba entre la especulación privada y la improvisación pública, que sólo pudo emprender en forma descoordinada algunos programas sectoriales, y esto entre los vaivenes económicos y políticos que agitaban a los distintos países. Por otro lado, dada la incapacidad de los ayuntamientos para generar sus propias políticas internas, tampoco existieron en este período posibilidades de canalizar inversiones para la creación de mercados alternativos que pudiesen trasladar la dinámica del crecimiento hacia otras áreas distintas a las tradicionales<sup>66</sup>.

Como caso típico de la ciudad latinoamericana del período modernizador y los propósitos de adopción de modelos europeos, se presenta en las siguientes figuras, los proyectos de

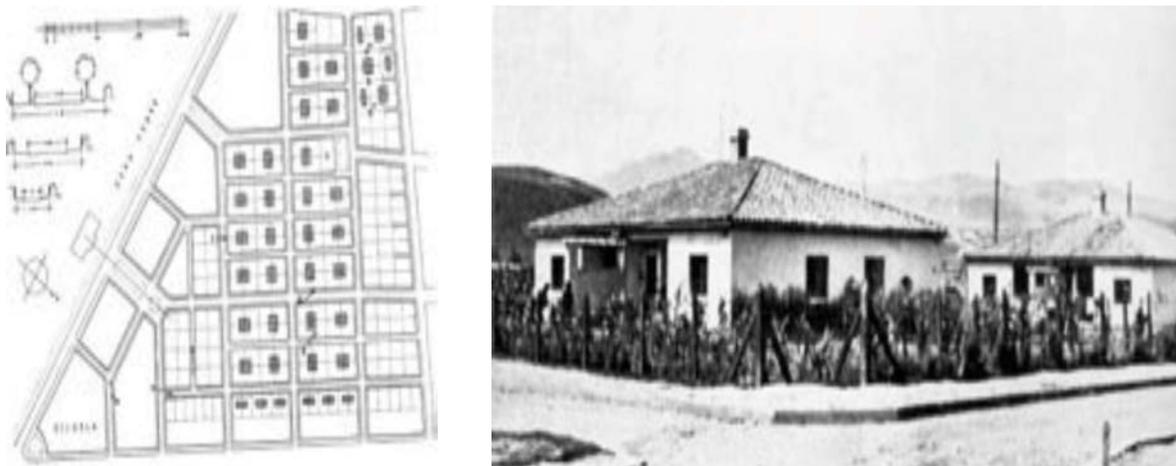
intervención para Bogotá diseñados por Karl Brunner a partir de fragmentos urbanos -barrios y sus conjuntos- concebidos como partes de un “rompecabezas” que se unificaría en función de una sumatoria de parcialidades (Figuras 3.3 y 3.4).

**Figura 3.3.** Resumen de los proyectos de Brunner para Bogotá (en gris), basado en el plano de esta ciudad en 1933.



**Fuente:** *Revista Bitácora Urbano Territorial* (8-1), 2004, p. 68.

**Figura 3.4.** Barrio Obrero El Centenario, 1938. Bogotá, D.C.



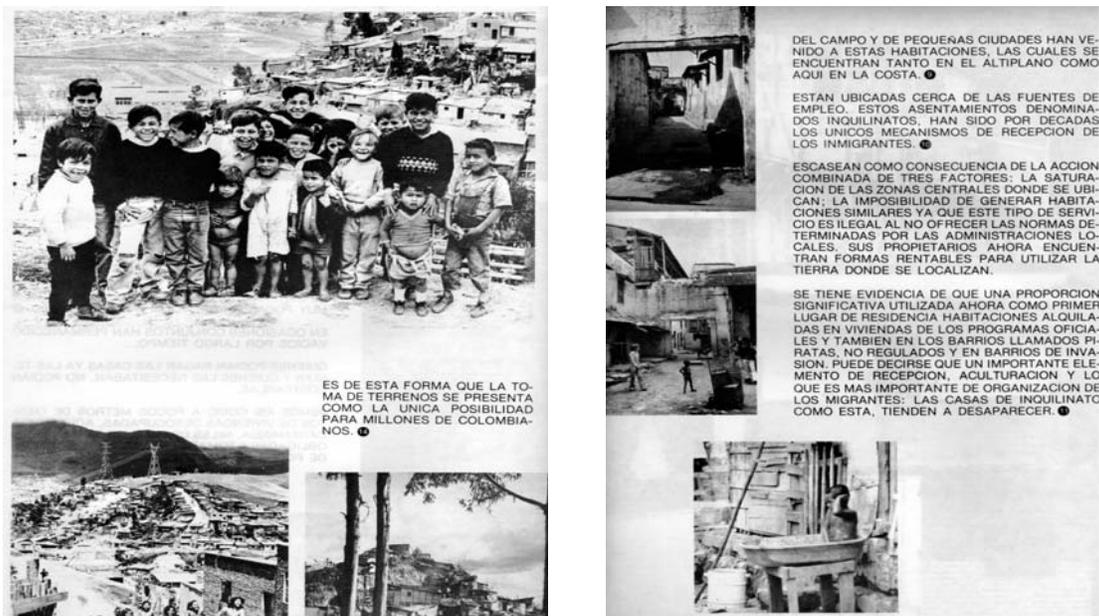
**Fuente:** *Revista Bitácora Urbano Territorial* (8-1), 2004, p. 70.

Asimismo, se expone seguidamente a modo de ejemplo, una figura de la revista colombiana Escala – arquitectura latinoamericana<sup>67</sup>, donde se describe, en representación de la forma como se reproduce la “*ciudad precaria y excluyente latinoamericana*”, el caso del desarrollo urbano marginal en Bogotá durante los años sesenta del siglo XX, fenómeno localizado tanto al interior del espacio urbano en áreas constituidas por edificios deteriorados del centro histórico - “tugurios e inquilinatos”-, como en las zonas de periferia, donde se han extendido de manera exponencial desde esta década los denominados “barrios de invasión”<sup>68</sup>, caracterizados de manera inexacta desde los ejercicios de planificación como “zonas subnormales”, siendo estos, precisamente “normales” a la producción de la ciudad “no incluyente” del modelo de desarrollo subordinado que les dio origen.

En este sentido, Castells (1974) concluye que, en este período de modernización, los sectores productivos y políticos se beneficiaron de la situación de sobreoferta de fuerza de trabajo resultado de la inmigración, de manera que:

“La afluencia de población a los centros urbanos transformó considerablemente las formas ecológicas, pero afectó tan sólo relativamente las actividades productivas. El informe del CEPAL<sup>69</sup> señala, en efecto, una considerable capacidad de adaptación de la industria y comercio artesanales en suscitar empleos no productivos, sustituyendo el aumento de la productividad técnica por el empleo de mano de obra barata y abundante. De la misma forma, en torno a los organismos administrativos se organizaron verdaderos sistemas de clientela que no respondían a un aumento efectivo de las tareas, sino a redes de influencia personal. Así, la urbanización en América Latina no es reflejo de un proceso de “modernización”, sino la expresión, a nivel de las relaciones socio-espaciales, de la agudización de las contradicciones sociales inherentes a su modo de desarrollo, desarrollo determinado por su dependencia específica dentro del sistema monopolista”.

**Figura 3.5.** Bogotá. Configuración de la ciudad marginal en la década de 1960.



**Fuente:** Revista Escala, s.f.

Más tarde, durante la década de los setenta se inicia un nuevo ciclo de crisis y recesión económica que marca el fin del período de expansión que había empezado en 1930, apoyado fundamentalmente en la reducción de la dependencia tanto en el consumo de manufacturas importadas como de la exportación de materias primas. De este modo, se presenta un panorama poco optimista sobre la posibilidad de darle continuidad al proyecto de modernización industrial, toda vez que se advierte una carencia de recursos y una inminente desfinanciación para el desarrollo de esta política. Ante esta situación, en palabras de Oliveira y Roberts (1996):

“los gobiernos se ven obligados a liberalizar notablemente sus economías para satisfacer las exigencias de los prestamistas, que de otro lado, aprovechaban el exceso de liquidez derivado de las ganancias petroleras”.

Frente a la crisis los gobiernos latinoamericanos toman la decisión, con cierto nivel de presión por parte de las agencias internacionales, de superarla a través de endeudamiento, que ya no era proporcionado por los bancos centrales de los estados desarrollados, sino por la banca internacional<sup>70</sup>. Como testimonio, se observó la contracción de la participación del sector público de Estados Unidos y de otros países en la provisión de recursos de endeudamiento. Montoya (2006, 19) ejemplifica esta situación con base en las siguientes cifras, enunciadas por Gwyne (1985, 10): los flujos financieros netos pasaron de 2,6 millardos en 1966 a 21, 8 en 1978, a la vez que los bancos subían su participación de un 10% en 1966 a un 57% en 1978.

Por supuesto, estas medidas económicas causaron unos efectos territoriales, como fueron la transformación de la estructura productiva de la región y una reorganización de las ciudades, tanto a nivel de las relaciones interurbanas como en la estructura interna de la ciudad. En este sentido, los cambios de orientación de la política económica latinoamericana se evidencian espacialmente en la primera etapa de descentralización o deslocalización industrial de las empresas estadounidenses, que comenzaron a ubicarse en diferentes áreas de América Latina, generando no sólo una apertura a sus mercados, sino que propiciaron fructíferas economías de escala, al maximizar sus ganancias por efecto de los bajos salarios (en comparación con Norteamérica), lo que les permitió una positiva reducción de sus costos de operación. Este proceso ocasionó, según el geógrafo colombiano John Williams Montoya (2006, 19):

“la expansión de empresas orientadas a la exportación, la mayor parte de ellas filiales de transnacionales norteamericanas, en el marco de la alianza para el progreso (Roberts 1995), a la vez que las compañías basadas en el mercado interno comenzaron a debilitarse (De Oliveira y Roberts, 1996). De otra parte, las manufacturas ganaron un peso importante en las exportaciones, contrario a los productos agrarios que cayeron en su participación, a la vez que la exportación de productos mineros creció (datos en Gwyne 1985, 4)”<sup>71</sup>.

En síntesis, las circunstancias particulares que acompañaron a la conformación del modelo industrial para sustituir importaciones no dio lugar a la corrección de sus debilidades intrínsecas y a la regulación de sus efectos en el mediano plazo. Específicamente, el modelo había sido consolidado durante una coyuntura favorable a pesar de su fuerte subordinación de las tecnologías, los bienes de capital y los insumos de origen extranjero.

A esta situación desfavorable se le unieron otros factores limitantes propios del marco económico existente en la región, entre los que se destacan: la asimetría e imposición de relaciones comerciales desiguales, una especialización funcional permanente de carácter extractivista y primaria en el orden económico mundial, y por último, la sumisión al crédito externo y la inversión internacional que se constituye en el eje estructural de la dependencia económica.

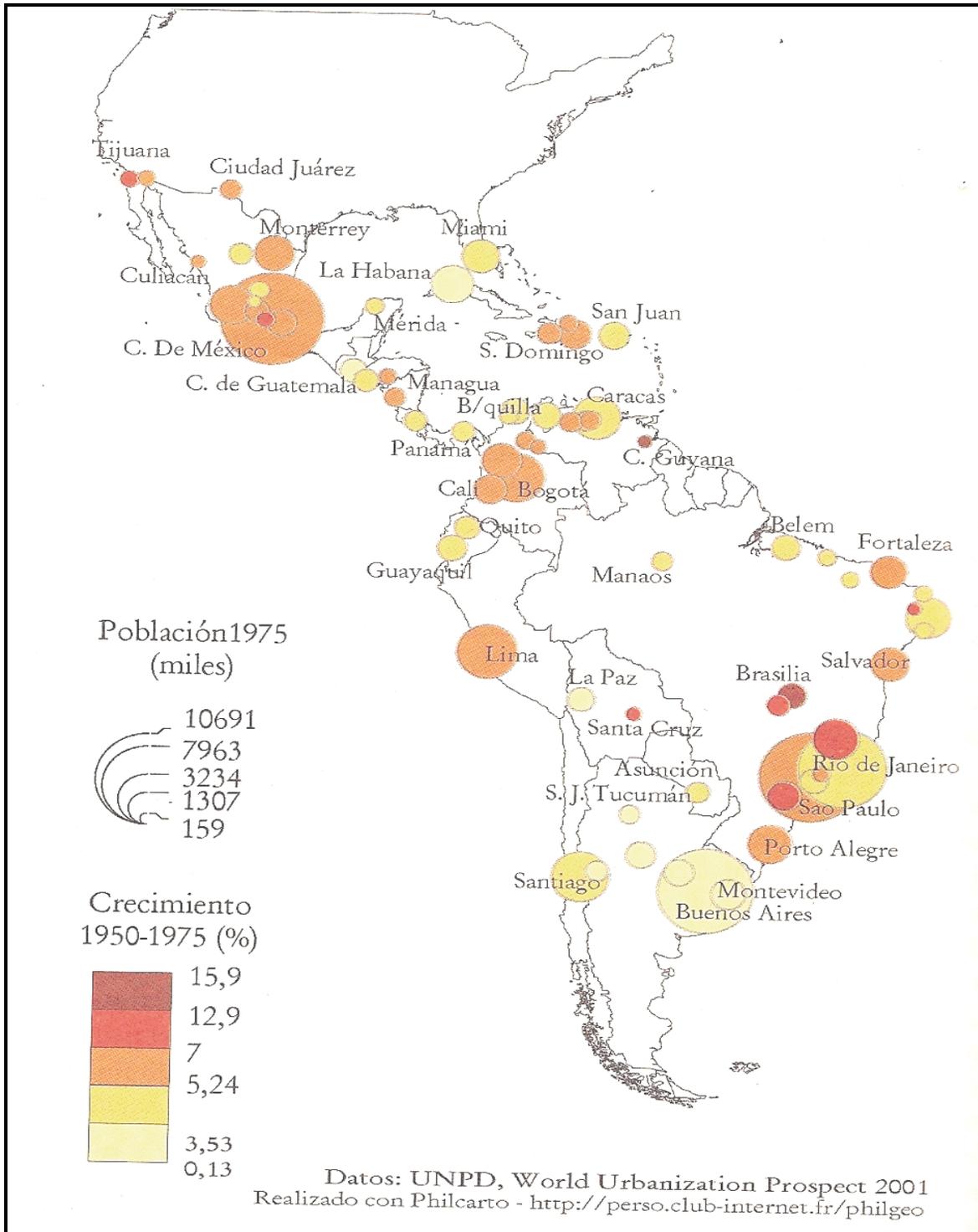
Por consiguiente, el deterioro y cambio de las condiciones en el proceso de industrialización ocasionó sus efectos colaterales sobre la estructura territorial, entre ellos, un crecimiento notorio de la urbanización. Dicho de otro modo, el carácter transnacional de la base productiva industrial ocasionó una serie de transformaciones cualitativas y cuantitativas en la configuración, tamaño y dimensión de la ciudad latinoamericana. Sobre las primeras, Martín y Múscar (1992; 243), afirman lo siguiente:

“Las ciudades comenzaron a recibir en los años cincuenta el impacto de dos factores de distinta índole, que, con diferente intensidad comenzaron a afectar la organización interna de sus plantas urbanas y la estructuración física de las ciudades: por un lado, las necesidades de localización de las nuevas actividades económicas y, por otro, las pautas diferenciadoras que el concepto de modernización imponía a las formas de vida urbana. Ambos aspectos incidieron en la economía y en la sociedad de forma convergente, generando a lo largo del continente cambios cualitativos en el proceso de urbanización.”

Entre tanto, estas transformaciones se ven reflejadas en la modificación de la morfología urbana y estructura de las ciudades. Por ejemplo, en la expansión de los cascos históricos a una escala de “centros metropolitanos”, con un alto aprovechamiento del suelo sobre las tramas antiguas en razón a la sustitución y cambios funcionales del cual son objeto en beneficio de actividades propias de los sectores terciario y cuaternario de la economía. Justamente, asociada a esta dinámica, se ha registrado un marcado deterioro físico de los centros tradicionales (Quito, Lima, La Paz y Bogotá) y al mismo tiempo, en contraposición, la concentración de actividades dinámicas y modernas en sus áreas comerciales y administrativas, expandiendo indefinidamente sus periferias, donde se asientan preferentemente la pobreza y la marginalidad social<sup>72</sup>.

En segundo término, a nivel cuantitativo, tal como lo hace explícito Montoya (2006, 19) la población urbana de la región pasó de 69 millones en 1950 a 108 millones en 1980 y 534 millones en 2000 (UN, 2002). Del mismo modo, las estadísticas demográficas (CEPAL, 2001) muestran como las 7 ciudades más grandes en 1950 corresponden a las mismas 7 grandes ciudades (más de 5 millones) del 2000 (más de 1 millón de habitantes), lo cual indica que los procesos y estrategias de descentralización y fomento de polos de desarrollo industrial a nivel regional en los diferentes países latinoamericanos no tuvieron los resultados esperados, reforzándose la primacía y hegemonía de las ciudades capitales o de las principales ciudades en el contexto de la articulación económica nacional – internacional<sup>73</sup> (Figura 3.6).

**Figura 3.6.** Dinámica demográfica de las grandes ciudades latinoamericanas (mayores de 750000 habitantes). 1950-1975.



Fuente: Montoya, J.W., 2006, p. 20.

Como expresión visual de esta dinámica acelerada de la urbanización latinoamericana, se muestra en la figura 3.6, la evolución del crecimiento de las ciudades entre 1950 y 1975. En éste se observa, que si bien no todas las de mayor tamaño presentan porcentajes altos de crecimiento, “es notorio que las tasas más elevadas se concentraron en ciudades cercanas a las grandes capitales, dando inicio a un proceso de conurbación que se va a desarrollar intensamente en las décadas siguientes”. Por tanto, se advierte el comienzo de la asociación e imbricación física de ciudades a una escala superior (de metropolización a megalópolis) alrededor de los nodos primaciales de San Pablo, Ciudad de México y Buenos Aires.

Cabe destacar además el importante crecimiento de ciudades que contaban para esta década con más de tres millones de habitantes, entre las que se encontraban Lima, Bogotá y Santiago, al igual que las comprendidas en el rango entre uno y tres millones, a saber, Caracas y Maracaibo en Venezuela; Salvador de Bahía, Recife, Portoalegre, Curitiba y Brasilia en Brasil; Montevideo, Uruguay; Guayaquil en el Ecuador y Cali, Barranquilla y Medellín en Colombia, entre otras. No menos importante fue el *crecimiento de las ciudades intermedias* que se localizaban hasta el umbral cercano al millón de habitantes, constituyendo los polos articuladores del espacio regional en el interior del continente<sup>74</sup>.

Paralelamente, en el mapa que se ilustra a continuación, se expone otro aspecto relevante, como ha sido la creciente influencia norteamericana en la región, que se manifiesta en las altas tasas de crecimiento para algunas ciudades antillanas y el norte de México por donde, en la década de los setenta, comienza a penetrar la industria maquiladora (Montoya, 2006, 21).

Por otra parte, desde los años setenta se dirige un proceso de reorientación de la política económica latinoamericana, emanado del consenso entre el sector gremial, la élite política y los inversionistas extranjeros para impulsar nuevas estrategias fundamentadas en la recuperación de una vieja doctrina que ponía énfasis en la liberalización de las importaciones, la eliminación de las medidas proteccionistas y el fomento a la radicación de capitales multinacionales.

Este marco político y sus planes aplicativos postulaban entonces una transformación radical de la economía y la sociedad en el largo plazo, privilegiando las actividades industriales multinacionales “de enclave” con capacidad para operar en el mercado exterior a través de una maximización de la producción, situación que sólo era posible lograr a costa de fuertes restricciones en la clase trabajadora. La transición hacia el “neoliberalismo” se llevó a cabo en un principio bajo la tutela de gobiernos dictatoriales, que con su presencia, aseguraban la necesaria estabilidad política y social del conjunto poblacional a través de la represión<sup>75</sup>.

En seguida, la región se enfrentó en la década de los ochenta a múltiples crisis generadas por la reestructuración del sistema económico a nivel global, con la consecuente reconfiguración de una nueva forma y etapa de dependencia (Castells y Laserna, 1989), aunado a la reducción de flujos de capital para las inversiones de carácter nacional, por la dificultad o incapacidad de pago de los préstamos y endeudamientos adquiridos de forma exagerada en la década anterior<sup>76</sup>.

En conjunto, los aspectos anteriores y el crecimiento de la inflación, llevaron a los diferentes países del continente a una fase de recesión, denominada como “la década perdida”, en la cual se frenaron los sectores que poseían mayor dinamismo resultado de la ejecución de las políticas estatales de desarrollo económico vía industrialización.

En este orden de ideas, las razones del desmoronamiento que se registra en Latinoamérica a partir de los ochenta se relaciona con factores desencadenantes, tales como: la pérdida de las ventajas relativas dentro del sistema internacional de comercio, la escasa dinámica de las estructuras productivas nacionales para producir sinergias locales y, en especial, la pesada carga de la deuda externa, la cual se agravó a partir de 1981, cuando la banca internacional acreedora comenzó a exigir el pago de intereses que habían sido diferidos mediante el otorgamiento de nuevos créditos. Las fórmulas de recuperación de los préstamos variaban según los países, pero en todos la presión de la banca privada internacional obligaba a una mayor transferencia de los excedentes hacia los países centrales<sup>77</sup>.

Las consecuencias de la crisis, según Montoya (2006, 38) se reflejaron en un estancamiento del crecimiento económico (promedio de 1,1% durante la década), una inflación que alcanzó máximos de 4900% (Argentina 1989) y un deterioro de las condiciones de vida para la mayor parte de la población a causa de las medidas de ajuste impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Gwynne et al., 2003; Phillips, 1998).

Tal retroceso se evidencia en la intensificación de la pobreza que pasó del 35% de los hogares en 1980, al 41% en 1990, 38% en 1994 y retornó al 35 % en 1999; esto es, *20 años de cero avances en disminución de la pobreza* (datos CEPAL, 2002).

De acuerdo a los análisis realizados por Montoya, a partir de las explicaciones de Portes (1989) y De Oliveira y Roberts (1996) se puede destacar como esta crisis afectó desigualmente a la población latinoamericana, golpeando muy fuerte a los pobres, mientras que la población más rica continuó concentrando los ingresos, situación que está en el centro de la polarización social y el aumento del conflicto que se define como una característica de las ciudades en esta década, es decir, la intensificación de su segregación socio-espacial.

Esta distribución desigual de la riqueza, ha tenido como impacto o repercusión en la forma urbana, el desarrollo de la *suburbanización*, motivada, según estos autores, por el incremento de problemas de orden social, urbanístico y ambiental, como son la densificación, contaminación y criminalidad, al igual que por la adopción del modelo de vida suburbano de los grupos sociales de rentas medias y altas, imperante en los Estados Unidos, principal referente económico y cultural en la región .

En este sentido, la morfología urbana de la desigualdad social encuentra un nivel explicativo en las maneras de participación de los diversos agentes y actores urbanos en la producción de la ciudad. Así, es importante advertir que hasta la primera mitad del siglo XX el desarrollo de

vivienda formal en las ciudades latinoamericanas estuvo básicamente asociada al sector privado, actuando el Estado en la atención de las demandas de infraestructuras y equipamientos para la población de menores ingresos, viéndose entonces los sectores populares, abocados a resolver sus necesidades de vivienda a través de la autoconstrucción.

Posteriormente con la irrupción del neoliberalismo, se acentúa e intensifica el papel del mercado informal, compuesto por la acción de los grupos populares que no tienen acceso a las ofertas gestionadas por las empresas inmobiliarias y las constructoras privadas, y de otra parte, se amplía el volumen de negocios y ganancia del mercado formal dirigida a la reducida proporción de población de altos ingresos. De hecho, las respuestas del sector inmobiliario para este segmento de la población son cada vez más sofisticadas, con urbanizaciones de altos estándares dotadas en la mayoría de los casos con seguridad privada.

De igual modo, los sectores medios adquieren sus viviendas en el mercado formal, aunque condicionados por las opciones existentes. Los agentes inmobiliarios promueven y construyen viviendas colectivas e individuales, respondiendo básicamente a estrategias de máximas rentabilidades obtenidas de la mayor ocupación del suelo posible, y a ciertas pautas sociales en el diseño de las unidades habitacionales. El resultado de esta acción lleva a la conformación de tejidos urbanos caracterizados por la alta densidad y las reducidas dimensiones de las viviendas, patrón que se repite tanto en los centros como en los barrios residenciales planificados periféricos.

En cuanto a la construcción espontánea del espacio urbano, habría que señalar su relación con la falta de respuestas públicas comprometidas con los grupos humanos pauperizados y a la imposibilidad de éstos de alcanzar niveles mínimos de ingresos que permitan su incorporación al mercado habitacional privado, lo que las ha llevado a la búsqueda de soluciones alternativas.

Indudablemente, a partir de los años sesenta, estos grupos promovieron comportamientos propios en materia de organización social, ocupación del suelo, construcción de viviendas y gestión de los servicios urbanos. La acción popular en Caracas, Lima, La Paz, Santiago de Chile, Bogotá, Guayaquil, Sao Paulo, Río de Janeiro, para citar sólo algunas ciudades donde se registraron este tipo de intervenciones ciudadanas, comenzó a construir una proporción significativa de las ciudades, generadas al margen del mercado formal<sup>78</sup>.

La invasión y ocupación de terrenos urbanos, realizadas tanto en forma individual y espontánea como colectiva y perfectamente organizada, y la compra de parcelas en urbanizaciones ilegalmente trazadas son las vías que los sectores más pobres de la sociedad latinoamericana han utilizado para el acceso a una parcela mínima donde asentar su vivienda, o en otras palabras, las parcelaciones clandestinas y las invasiones son los mecanismos a los cuales los pobres urbanos recurren para el acceso a una porción de ciudad.

En la actualidad, la urgente necesidad de suelos y la imposibilidad de encontrarlos en el mercado legal ha llevado a los pobladores sin recursos económicos a un alto grado de

organización, lo que les ha permitido trazar estrategias previas para analizar y seleccionar el terreno a invadir, contando en ocasiones con asesoramientos técnicos que dirigen desde la forma en que se ha de realizar la invasión, el trazado de las parcelas y los plazos de construcción, hasta las maneras de iniciar las negociaciones con las autoridades competentes para obtener su radicación o “legalización” posterior definitiva. Esta nueva modalidad de ocupación, basada en la autoconstrucción o bajo regímenes cooperativos, se registra con mayor intensidad en Argentina, Chile, Perú, Colombia y Brasil en la subregión de Sudamérica<sup>79</sup>.

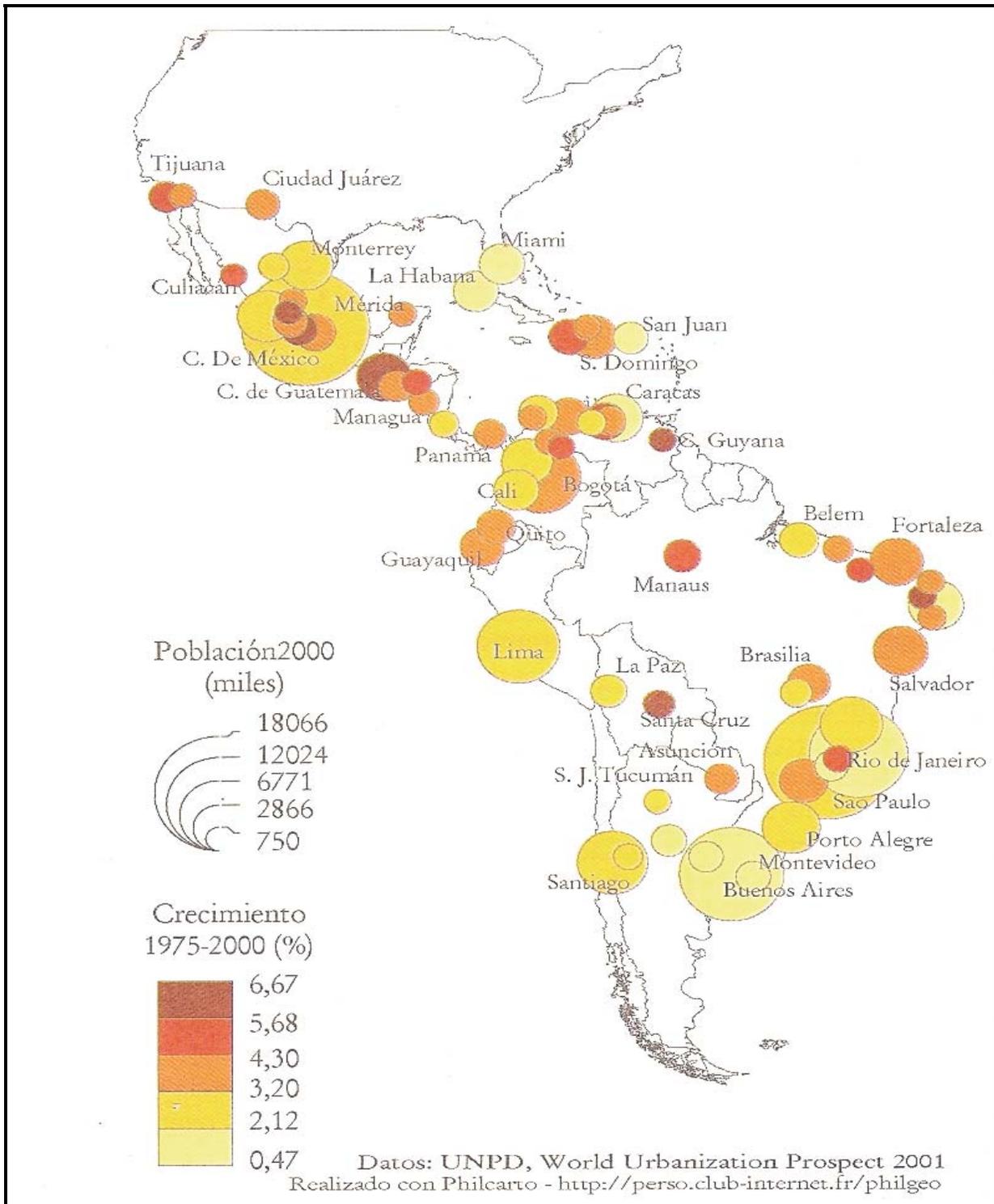
Es más, en las dos décadas de profundización de la liberalización y apertura económica que siguieron a la crisis de la deuda de 1982, el proceso de urbanización continuó a despensas de unos espacios rurales, que siguieron expulsando población por la intensificación del proceso de concentración de la tierra y modernización agrícola, que tampoco pudo resistir el embate de las relaciones asimétricas y desiguales del comercio internacional en tiempos de operación del modelo neoliberal impuesto por el consenso de Washington. Este proceso generó en palabras de Montoya (39), las siguientes consecuencias:

“Se presentó la desaparición de muchas actividades agrarias, incapaces de competir con las importaciones de alimentos y con la especialización en productos de exportación. La contracción del campo se ejemplifica en la caída de las exportaciones agropecuarias que pasaron de ser un 29% de los bienes exportados en 1980, al 24% en 1990 y al 15% en el 2000 (CEPAL, 2002, 83)”.

Del mismo modo, otro aspecto que ejemplifica las dificultades que enfrenta la población campesina actualmente para permanecer en sus áreas tradicionales de vida, y por lo tanto iniciar su migración a las ciudades, ha sido la reproducción explosiva en Latinoamérica del proceso de implantación intensivo y extensivo de monocultivos agrícolas, como son: La soja en Brasil (Mato Grosso), Bolivia (Santa Cruz de la Sierra), Argentina (Salta y Jujuy) y Paraguay; de actividades pecuarias en el sur de Brasil, la pampa argentina, las llanuras del Orinoco colombiano-venezolano, entre otras áreas; los biocombustibles de caña de azúcar y palma africana en Brasil (Recife), Colombia (Valle del Cauca, Llanos Orientales, costa Atlántica, Magdalena Medio, etc.) entre otros países de la zona tropical, caribe y ecuatorial de América Latina (Anexo 5).

Por consiguiente, la región cambió de 235 millones de habitantes urbanos en 1980, a 313 en 1990 y 391 en el año 2000, lo cual significó que de una tasa de urbanización del 64, 9% en 1980 se llegara al 75,1% en el 2000. Con el fin de sintetizar esta contextualización sobre el proceso de urbanización latinoamericana, se presentan en el cuadro 3.4 y figura 3.7, los patrones regionales de urbanización, caracterizados por una especialización funcional a nivel subregional, relacionada con la forma de inserción en la dinámica económica norteamericana: de norte a sur, se identifica una red de ciudades con una dinámica de crecimiento económico importante asociada con el NAFTA y especialmente con la expansión de la maquila<sup>80</sup>.

**Figura 3.7.** Dinámica demográfica de las grandes ciudades latinoamericanas (mayores de 75000 habitantes). 1975-2000.



Fuente: Montoya, J.W., 2006, p.40.

**Cuadro 3.4.** Patrón regional de urbanización y modo de articulación de los países latinoamericanos en el período de globalización neoliberal. 1980-2012.

| Región y países latinoamericanos  | Tipo de producción – Función económica  | Patrón regional de urbanización   |
|---|---|---|
| <i>Región Austral - Suramérica:</i><br>MERCOSUR   | MERCOSUR se formó como un mercado regional inexistente en el resto del subcontinente. Mantienen sus actividades y funciones agroexportadoras y mineras pero ahora coordinadas gerencialmente en una compleja matriz global.   | En esta subregión Sao Paulo, Santiago de Chile y Buenos Aires, complementan la triada de los nodos económicos de la región subcontinental austral.  |
| <i>Países del Interior de Suramérica y los del norte del área Andina:</i><br>Bolivia, Paraguay, Perú, Ecuador, <b>Colombia</b> , Venezuela                    | Los sistemas de ciudades de Ecuador-Colombia-Venezuela aparecen más orientados hacia el Caribe y Estados Unidos. Sus bases productivas a pesar de la modernización del siglo XX, continúan soportadas en la exportación de materias primas (minerales, petróleo, gas, etc.) y monocultivos: plátano, café, azúcar, palma-biocombustibles; servicios ambientales.  | El amplio “vacío” del centro andino amazónico, contrasta con la densificación urbana centroamericana. Efectivamente, la excesiva primacía de Lima y La Paz, así como las barreras orográficas, dificultan la distinción de unos ejes andinos de urbanización.   |
| <i>América Central y el Caribe:</i><br>Panamá, Costa Rica, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Salvador, México, Puerto Rico, BÉlice, República Dominicana y Cuba | Ciudad de México y zona metropolitana: Expansión del sector de servicios. (hacia esta zona fluyó el 60, 3% de la inversión extranjera para el período 1994-2001. En América Central el sector turístico, dominado en más del 50% por el mercado norteamericano, se ha convertido en una actividad importante para BÉlice, Costa Rica y El Salvador (Inman et al. 2002). Cuba, Jamaica, República Dominicana, e incluso, las Antillas Mayores y los núcleos litorales de Colombia y Venezuela se han insertado en la ampliación del turismo, con un crecimiento del sector en los 90 de 4,3% (Inman et.al. 2002, 7). | El crecimiento de las ciudades del norte de México (Monterrey y Juárez): centro industrial y maquilador articulado a la tecnología y a los textiles. La industria maquiladora de origen asiático se extendió hacia Guatemala, Salvador, Honduras y Costa Rica para atender el mercado de Estados Unidos, ejerció un impacto en el crecimiento de las ciudades capitales. La dependencia al turismo significó la concentración de la población y las actividades en la costa, influyendo en la desaparición de la agricultura doméstica. |

**Fuente:** Montoya, J. W. 2006. p 39-42.

En resumen, se constata después de este análisis geo-histórico del proceso de urbanización de América Latina, la existencia de un marcado contraste entre los usos del territorio, la organización espacial y el desarrollo urbano que caracterizaron el período precolombino y los subsiguientes, todo ello, a pesar de las continuidades históricas e imbricaciones o superposiciones espaciales ocurridas.

Por tanto, habría que señalar que el primero, adscrito a las cosmovisiones indígenas y sus proyectos socio-políticos, dejó como testimonio en el paisaje unos patrones de asentamientos humanos de carácter interior o continental asociados a comunidades agrarias dirigidas por el precepto e ideario de autosuficiencia alimentaria y la colectivización de la propiedad territorial, proceso milenar que fue abruptamente transgredido por el pensamiento europeo de privatización, expoliación y dominación del espacio geográfico y la vida social que lo ha

integrado. De igual modo, la morfología urbana de los pueblos indígenas confirmaba un crecimiento espontáneo que durante algunos cacicazgos expresaron una regularidad u ordenamiento edilicio.

Para finalizar, se enseña en el cuadro 3.5, una síntesis general del análisis histórico del proceso de urbanización en América Latina, el cual permite encontrar algunos rasgos y elementos interpretativos comunes entre éste y la dinámica de crecimiento urbano acaecido en la ciudad colombiana de Pereira. Posteriormente, se describe una contextualización general de este proceso en el país, y de modo particular, en la región centro-occidental, zona geográfica y cultural donde se encuentra ubicada esta ciudad.

**Cuadro 3.5.** Análisis geo-histórico del proceso de urbanización en América Latina: Generación de ciudades y familias (Período de fundación, especialización funcional o actividad predominante).

| Período antes del comercio a gran escala.<br>Precolombino   | Período mercantil y colonial + Independencia<br>1492-1860   | Período capitalista comercial<br>1860-1930   | Período contemporáneo<br>“Modernización” + “Globalización neoliberal”<br>1930-2013  | Conclusiones  |
|---|---|--|---|---|
| MÉXICO, CUZCO<br><br>Situación interior, emplazamiento defensivo, plano organizado, función política y religiosa. | Destrucciones y reconstrucciones<br>MÉXICO, BOGOTÁ, QUITO.<br><br>Ciudades de altitud, función administrativa, militar.   | Estancamiento posterior al desarrollo minero, aislamiento.   | Crecimiento rápido, comienzo de la industrialización, accesibilidad por carretera y avión.  | Familias urbanas múltiples nacidas de la colonización progresiva, aún no terminada, de países nuevos (único caso de declive neto: las ciudades mineras) |
|   | POTOSÍ, CERRO DE PASCO, etc.<br><br>Ciudades mineras mal integradas.  | Generaciones sucesivas de ciudades mineras, abocadas al declive.   |   | Resultado: la tasa de urbanización más fuerte de los países en desarrollo.  |
|   | SALVADOR, RÍO DE JANEIRO, BUENOS AIRES, VALPARAÍSO, LIMA, CARACAS<br><br>Ciudades portuarias o paraportuarias, colonización agrícola, plano importado de Europa, segregación por estratos, ausencia de red urbana, a excepción de SALVADOR. | Decadencia de las ciudades vinculadas al comercio colonial (SALVADOR).<br><br>Desarrollo de otros puertos (llegada de europeos + desarrollo de cultivos de exportación + desarrollo de transportes modernos y nuevos cultivos especulativos), SAO PAULO, MEDELLÍN, <b>PEREIRA</b><br>Ciudades interiores comunicadas con los puertos, cultivos de exportación y posterior industrialización. | Crecimiento demográfico, industrialización, éxodo rural, vínculos orgánicos con el interior, segregación del hábitat.<br><br>SAO PAULO metrópoli económica, BRASILIA, CIUDAD GUAYANA, BELO HORIZONTE, VOLTA REDONDA.<br>Ciudades nuevas interiores, administrativas o industriales. |   |

**Fuente:** Modificado de: Santos, M. 1973. p. 40, 41.

En efecto, como se observa en el cuadro anterior, más allá de las diferencias específicas en los patrones urbanísticos, evolución demográfica, conformación poblacional, o de los lugares diversos donde se han localizado los poblados y ciudades (costeros o interior) en el devenir a un espacio “latino-americano” producto de la hibridación cultural y la imposición de especializaciones funcionales contrarias al legado indígena, existe una convergencia en las causas, elementos y factores que han determinado la gestación y dinámica del fenómeno urbano en el continente.

Ciertamente, su condición periférica y dependiente en la economía internacional durante toda la trayectoria histórica que discurre desde el siglo XVI con el inicio de la intervención europea en América, es decir, la forma subordinada que ha caracterizado la inserción latinoamericana a los diversos sistemas económicos, modos de producción y estructuras políticas (colonial, de comercio a gran escala, capitalista industrial, capitalista neoliberal) ha hecho que se hayan gestado y reproducido un sinnúmero de conflictos sociales, ambientales y espaciales que con el paso del tiempo se han intensificado y hecho más complejos; tal es el caso de la crisis agroalimentaria que se vive en vastas regiones; las migraciones rural-urbanas; la concentración de la propiedad, la renta y los beneficios del esfuerzo modernizador; el desarrollo y crecimiento urbano cada vez más insostenible de muchas ciudades (pobreza, altos niveles de desempleo, desigualdad social-económica y espacial, violencia, zonas de riesgo, falta de cobertura en prestación de servicios domiciliarios básicos, entre otros aspectos).

## **El proceso de urbanización en Colombia**

Reconociendo inicialmente que el fenómeno urbano colombiano hace parte de la misma raíz histórica y evolución del gran conjunto o matriz latinoamericana, aspecto que se expuso de forma detallada en la sección previa, el presente apartado concentra su atención en ser un complemento y ampliación de las particularidades de su estructura urbana y morfología urbanística desde el período de colonización agraria en el siglo XIX, en el cual se sitúa históricamente el origen de la región centro occidental, y en particular, la ciudad de Pereira.

Así pues, habría que señalar en primer lugar la repercusión histórica del poblamiento y uso del territorio colonial, confluyendo con el paso del tiempo en la consolidación de una tradición. Ciertamente, el trasegar de esta ideología ha generado, incluso después de la independencia y durante todo el período republicano, que la morfología fundacional de pueblos y ciudades desde el siglo XIX, haya sido influenciada por las normas técnicas heredadas del censualario Indiano y de los dictámenes del Código de Indias. En este sentido, se exhiben como ejemplos de la presencia viva del legado ideológico y urbano hispánico, a los diferentes poblados que han nacido de la posesión y adecuación de territorios baldíos por campesinos sin tierra, del cual es caso paradigmático la colonización antioqueña del centro occidente colombiano.

Ahora bien, del poblamiento expansivo ocurrido durante el siglo XIX, se debe precisar, sobre todo, que fue resultado de la suma de fuerzas combinadas, externas e internas, que a la postre determinaron la ruptura del hermetismo y aislamiento geográfico que caracterizó el período colonial, produciendo una avalancha social que empezó a configurar con sus frentes de colonización y su posterior sedimentación un nuevo paisaje humano en el país (Cuadro 3.6 y figura 3.8).

En cuanto a las fuerzas externas, se destaca el papel protagónico que cumplió el imperio británico con su aporte financiero en el proceso de emancipación e independencia, y luego, con el desarrollo de una primera fase de modernización productiva y de infraestructuras férreas, terrestres, fluviales y marítimas para la exportación de los recursos minerales y agrícolas. Por tanto, con la incorporación a esta nueva órbita internacional del capitalismo mercantilista, se generó un terremoto de gran intensidad en la estructura territorial de las ínsulas coloniales, que fracturó y dividió el país en unas regiones con franca decadencia de sus ciudades principales, frente a la eclosión de vigorosos centros urbanos de producción, distribución y comercialización de materias primas y productos importados.

Al mismo tiempo, entre las causas internas de la dinámica de conquista y configuración espontánea de nuevos territorios de carácter popular en el siglo XIX, se reconoce en primer lugar, a la anquilosada economía heredada de la colonia, que había decretado por efecto de su naturaleza excluyente, la pobreza generalizada de la población local explotada bajo el régimen de beneficios feudales, quedando confinados los amplios grupos humanos campesinos – amerindios, mestizos y negros- a las tierras improductivas, eriales o saturadas por la labor agropecuaria y minera de la zona cordillerana o de los valles interandinos donde se localizaban los antiguos “pueblos de reducción”.

En segundo término, ante la recomposición del latifundio debido a la presión ejercida por la premisa de liberalización y circulación de la propiedad territorial en el marco ideológico del librecambismo, se produjo una nueva lucha social entre los nuevos propietarios -extranjeros y hacendados históricos- y los eternos desposeídos de los medios productivos (Véase Anexo 6). Así, el siglo XIX se identifica con el origen de un amplio período de pugnas y conflictos armados inscritos en la injusta y desigual distribución de la tierra que se extiende hasta la actualidad.

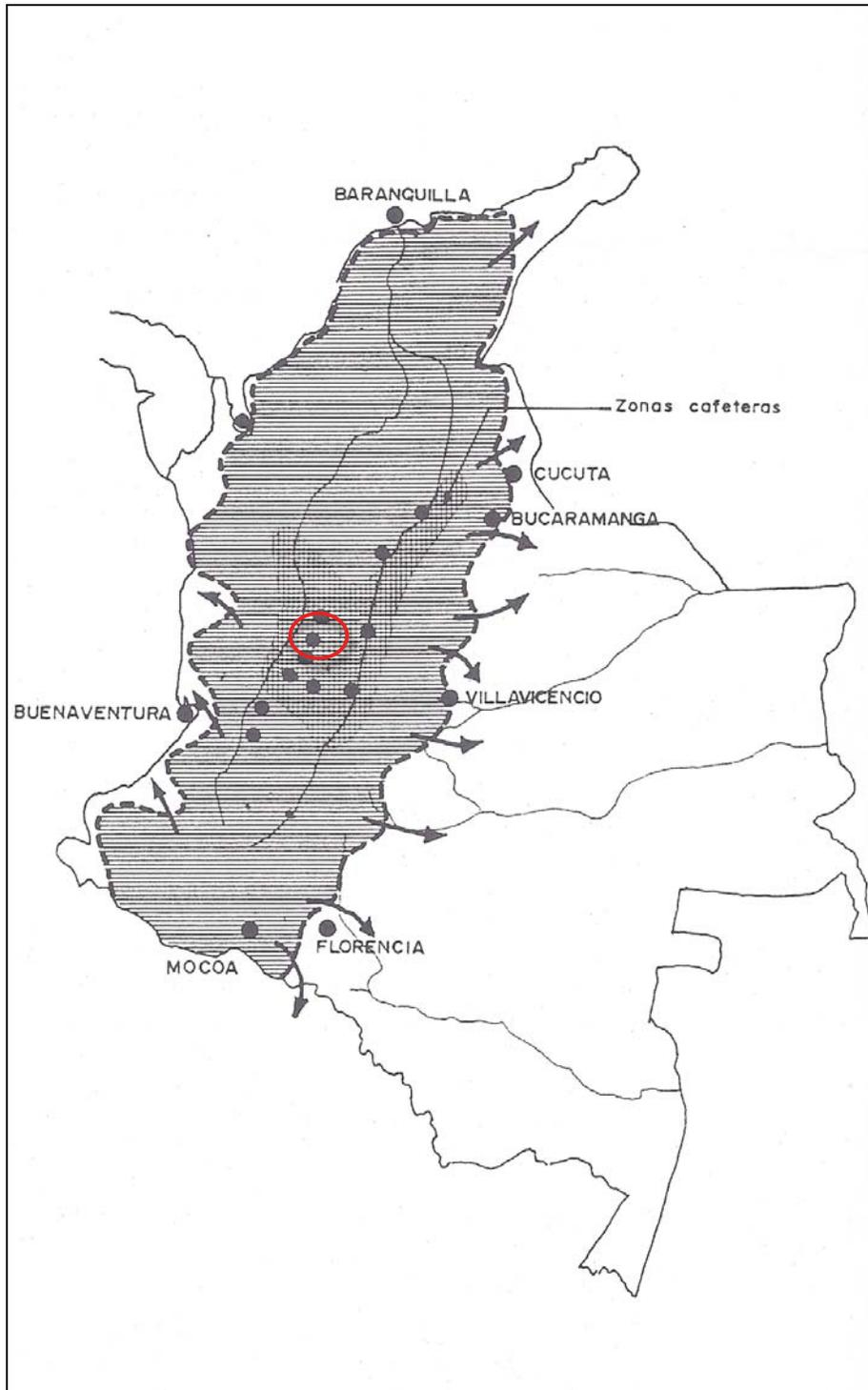
Bien puede decirse que asociado a este nuevo ciclo de confrontación al latifundio y de reivindicación por el derecho de inclusión popular al avance de un nuevo proyecto nacional bajo la tutela neocolonial europea, surgen los movimientos sociales de resistencia al rígido Estado de casta. En este contexto, se reconoce que mientras el poblamiento territorial campesino de tipo expansivo, basado en el desenvolvimiento del hábitat rural de producción agrícola y la obtención de la propiedad parcelaria por efecto del trabajo familiar, se desarrolló pacíficamente, la respuesta de la oligarquía terrateniente republicana fue la acción violenta de expoliación, despojo y éxodo forzado del campesinado.

### Cuadro 3.6. Estructura urbana y tipologías de poblados de colonización en el siglo XIX.

| Estructura urbana   | Tipología de pueblos  |
|---|---|
| <p><u>Ciudades indianas coloniales:</u></p> <p>Demostraron letargo demográfico, quietud social, carencia de dinamismo económico y congelamiento urbano-arquitectónico durante la mayor parte del siglo XIX. Sin embargo, este letargo no las afectó de igual forma.</p> <p>Con toda evidencia son muy vulnerables las primeras ciudades de conquista de los siglos XVI y XVII, las supuestas “nobles ciudades de españoles” convirtiéndose algunas de ellas en verdaderos cadáveres urbanos. Por el contrario, con mayor flexibilidad y capacidad de adaptación resistieron a la crisis del siglo XIX las “villas de vecinos libres”, que surgieron en el transcurso del siglo XVIII y el XIX.</p> <p>En el oriente, la fosilización urbana es más notable en Pamplona, Girón y Tunja. En el sur del país afecta a Popayán, Buga, Toro, Caloto Tuluá y Palmira. Igual constatación se puede hacer en el occidente del país, observando el temprano estancamiento de Santa Fe de Antioquia y el descalabro de Arma.</p> <p><u>Poblados y ciudades de colonización agraria:</u></p> <p>Contrastado con la paz que reina en las viejas ciudades indianas, la génesis de las nuevas experimenta un parto muy conflictivo; las pugnas sociales acompañan el nacimiento de Manizales, Pereira, Salamina, Aranzazu, Salento, Armenia, Calarcá, Sevilla, Caicedonia, entre otras.</p> <p>Estos poblados se gestan del binomio solidario y contradictorio campo-ciudad. Su fase originaria es exclusivamente agraria, en cuanto se refiere a su economía, y rural en lo que corresponde a su modo de hábitat. Siendo exitosa esta etapa inicial, se engendra luego su producto superior y más acabado: la fundación de un hábitat nucleado de tipo urbano.</p> <p>Entonces, el pueblo de colonos es resultado de la división social del trabajo agrícola, originada en la creciente productividad, la cual implica luego una mayor división para cubrir el circuito producción-gestión-distribución.</p> <p>Muchas de las futuras ciudades de colonización agraria nacen en respuesta al aumento de rendimiento de los campos y el pueblo se convierte en indispensable puente que exigen los excedentes en tránsito desde las áreas de producción hacia los centros de consumo.</p> | <p><u>Pueblos de origen autónomo y popular:</u></p> <p>La colonización de vertientes corresponden a pueblos de cordilleras, con localización preferencial en laderas, lomos y filos. La relación rural-urbana se teje alrededor de los caminos de herradura, ubicados en el ápice de un cerro o la cima de colinas, conectando las numerosas trochas con las casas-bodegas construidas en la orilla de los caminos, formando así un conjunto lineal que conduce al poblado urbano.</p> <p>Este, se caracteriza por la plaza cuadrada o rectangular y la estructura del plano en damero.</p> <p>Con relación al urbanismo espontáneo de la colonización popular, se verifica la impronta de la tradición colonial española y su ideología, y por otra parte, se reconoce la superación de los atributos coercitivos y opresivos de la plaza, alcanzando entonces una función de cohesión social, intercambio de productos y una notable democratización.</p> <p><u>Pueblos surgidos de algún tipo de especulación:</u></p> <p>En este tipo de poblados el plano y parcelación fue solicitado a agrimensores, geómetras o ingenieros por latifundistas en apuros, comerciantes urbanos, sin olvidar una variada gama de estafadores al acecho. Todos buscan con pragmatismo una cierta funcionalidad, la mayor eficiencia y la máxima rentabilidad de la especulación.</p> <p>Asimismo, la prioridad concedida al transporte motiva una red diferenciada de relaciones, con especificaciones distintas para calles y avenidas. El espacio público contempla un juego de plazas, articuladas, distribuidas en la traza.</p> <p><u>Pueblos de origen institucional estatal:</u></p> <p>Políticas geográficamente muy localizadas, limitadas a unas zonas marginales del país. Estas actuaciones favorecieron la expropiación de las tierras resguardadas, las cuales terminan tituladas por nuevos propietarios, foráneos y mestizos; además, de los privilegios obtenidos por la iglesia después del Concordato en la co-administración con el Estado de estos territorios nacionales.</p> |

Fuente: Aprile-G. J. 1992, p. 61-78

**Figura 3. 8.** Formación espacial agraria en Colombia. 1850-1950.



**Fuente:** Aprile-G. J. 1992, p. 17.

De este conflicto social clasista que dio origen a los diversos pueblos ligados a la colonización popular de vertiente cordillerana, se puede destacar como elemento interpretativo a la relación dicotómica entre la propiedad y la posesión de las tierras que cuestionó la legislación del Estado. En este sentido, aludiendo a la primacía de la posesión sobre la titulación, los labradores de nuevas tierras agrícolas interpellaron al argumento jurídico de las escrituras archivadas en una lejana notaria, con el producto concreto de la forma física de poblados urbanos y asentamientos humanos de fincas dispersas en el ámbito rural.

Además de ello, otra condición histórica que provocó el interés especulador y usurpador de los adversarios del campesinado, fue el hecho de la irrupción de un cultivo comercial de exportación como el café durante la segunda mitad del siglo XIX, aspecto que permitió el ascenso económico de los colonizadores de baldíos. Esta situación es manifestada por los investigadores Aprile y Mosquera en su estudio *Dos ensayos sobre la ciudad colombiana* (1978, 94) de la siguiente manera:

“El trabajo del colono suscita la codicia y éste casi siempre, a pesar de su resistencia, tiene que entregar el producto de su labor a pudientes terratenientes o a negociantes. De hecho el colonato, de una manera u otra, lleva casi siempre al latifundismo”.

Es pertinente reiterar que este poblamiento sustentado en la caficultura no se realizó como un “movimiento promovido o dirigido desde arriba”, desde el Estado Señorial o sus partidos, sino como una movilización espontánea de grandes masas que se encontraban comprimidas en las cordilleras erosionadas y sobreexplotadas de Antioquia, las cuales hicieron germinar en medio de las vertientes selváticas un nuevo territorio agrícola, que condujo posteriormente a la ampliación de las bases del comercio de exportación de Colombia modificando su precaria estructura. En efecto, es revelador en términos geográficos el análisis territorial efectuado por Antonio García (1977, 26) sobre el impacto del desarrollo de una colonización agraria vertebrada por el cultivo del café para superar el aletargamiento del modelo señorial:

“ Cuando se habla del café en Colombia, no suele revelarse este papel de elemento dinámico que rellenó los grandes *espacios vacíos* – las laderas de la cordillera andina- y que generó una economía de mercado, capaz de romper no sólo el hermetismo geográfico y el esquema clásico de comercio exterior, sino de *integrar y soldar*, con lazos vivos y activos, las diversas *islas* y regiones en que se descomponía la nación colombiana. Por eso lo exacto es hablar de la cultura dinámica del café”.

Como se ha señalado, con el desarrollo de esta revolución social campesina se estableció la ampliación del espacio nacional productivo y consumidor, a partir de la relación comercial con los mercados extranjeros de compra del producto cafetero y la importación de sus mercancías. Igualmente, se suscitó un nuevo modelo territorial que generó una renovación de la estructura urbana mediante el surgimiento de poblados y ciudades, al igual que la conformación de nuevas unidades laborales y territoriales de producción apoyadas en la finca familiar y la plantación comercial, entramadas por la modernización progresiva de los modos de transporte y comunicaciones.

Pero, quizá, uno de los aspectos más significativos haya sido la consolidación de una red de municipios que con su origen autónomo y popular, gozaron de una estable y democrática estructura de servicios, comparado con el raquítrico municipio de las regiones latifundistas, sin rentas propias (ya que el impuesto predial nunca pudo gravar las tierras agregadas al latifundio) y con una formación oligárquica de los cabildos<sup>81</sup>.

Por otra parte, con base en el estudio del IGAC (1988, 96, 98), se añade que fuera de la zona netamente cafetera, otras ciudades se involucraron en actividades colaterales de la comercialización, transporte o almacenamiento del grano y muchas más incrementaron la producción de bienes de consumo. Así aparece una generación de ciudades distribuidas en todo el territorio nacional participantes del desarrollo económico producido por el café.

Entre ellas cabe mencionar a los puertos marítimos del Caribe que conocieron un nuevo impulso con la exportación, y varios centros de su llanura también ganaron con las nuevas vías puestas al servicio del transporte y del comercio de este producto hacia los puertos; Buenaventura, luego de la apertura del canal de Panamá en Junio de 1914, se convirtió en el principal puerto exportador de café, promoviendo alternativas económicas a un sector importante del Valle del Cauca ubicado sobre el trayecto vial hacia el puerto .

Además, este proceso tuvo como estrategia nuevamente utilizada, la expulsión violenta de la población y su irrupción posterior en las ciudades. Por lo tanto, el crecimiento urbano desde 1940 ha sido alimentado y constituido por masas de población rural que han tenido que migrar o huir del campo, ante las presiones económicas o las intimidaciones y acciones violentas de diversos grupos armados, que al final han beneficiado la instauración de un modelo de desarrollo económico inequitativo y excluyente, sustentado en el uso, explotación y apropiación monopólica de los recursos naturales, mineros, energéticos y del potencial alimentario de amplias extensiones de las zonas rurales del país.

Así como lo revela Aprile-Gnisset (2007, 2), la especificidad de la ciudad colombiana contemporánea encuentra un nivel de explicación en los conflictos y problemas agrarios:

*“La problemática urbana se articula inevitablemente con algo tan viejo como es la instauración y el desenvolvimiento de la propiedad privada; así mismo con la división social y espacial del trabajo, y con las contradicciones nacidas de la inevitable separación / dominación que opera en los ámbitos del binomio campo-ciudad. Recorriendo ciudades nacientes o viejas que se han ido llenando de casuchas pobladas con refugiados, y campos baldíos o deshabitados, este vaivén pendular me ha llevado a intuir la estrecha unidad dialéctica de ambos fenómenos socio-territoriales: “La violencia agraria es la partera de la ciudad”.*

En coherencia con lo esbozado previamente, se describe a continuación la intrínseca y coincidente relación espacio temporal entre la expulsión violenta del campesinado desde 1940 en la región centro occidental del país y el establecimiento del proyecto “agroempresarial cafetero”, con el consecuente crecimiento de las ciudades del llamado “eje cafetero”, entre ellas Pereira, centro nodal de este proceso. De esta dinámica impuesta por la geografía de la

violencia y el proceso de modernización dependiente adelantado desde la década del treinta, se produce un cambio radical en el poblamiento del país, pasando de la dispersión territorial expansiva de la población rural y su inmenso peso demográfico que caracterizó la formación espacial agraria del período 1850-1950, a un movimiento inverso y la concentración demográfica urbana masiva que va a identificar la formación espacial moderna.

Asimismo, de la relación entre el proceso de modernización y la urbanización en Colombia, según el geógrafo francés Vincent Gouëset (2007, 42) se destacan los ciclos de expansión agroexportadora (especialmente de azúcar y café), y después los de industrialización, de desarrollo de servicios, que no hicieron más que reforzar el carácter central del triángulo Bogotá-Cali-Medellín, afirmándose progresivamente como el principal soporte de su malla urbana.

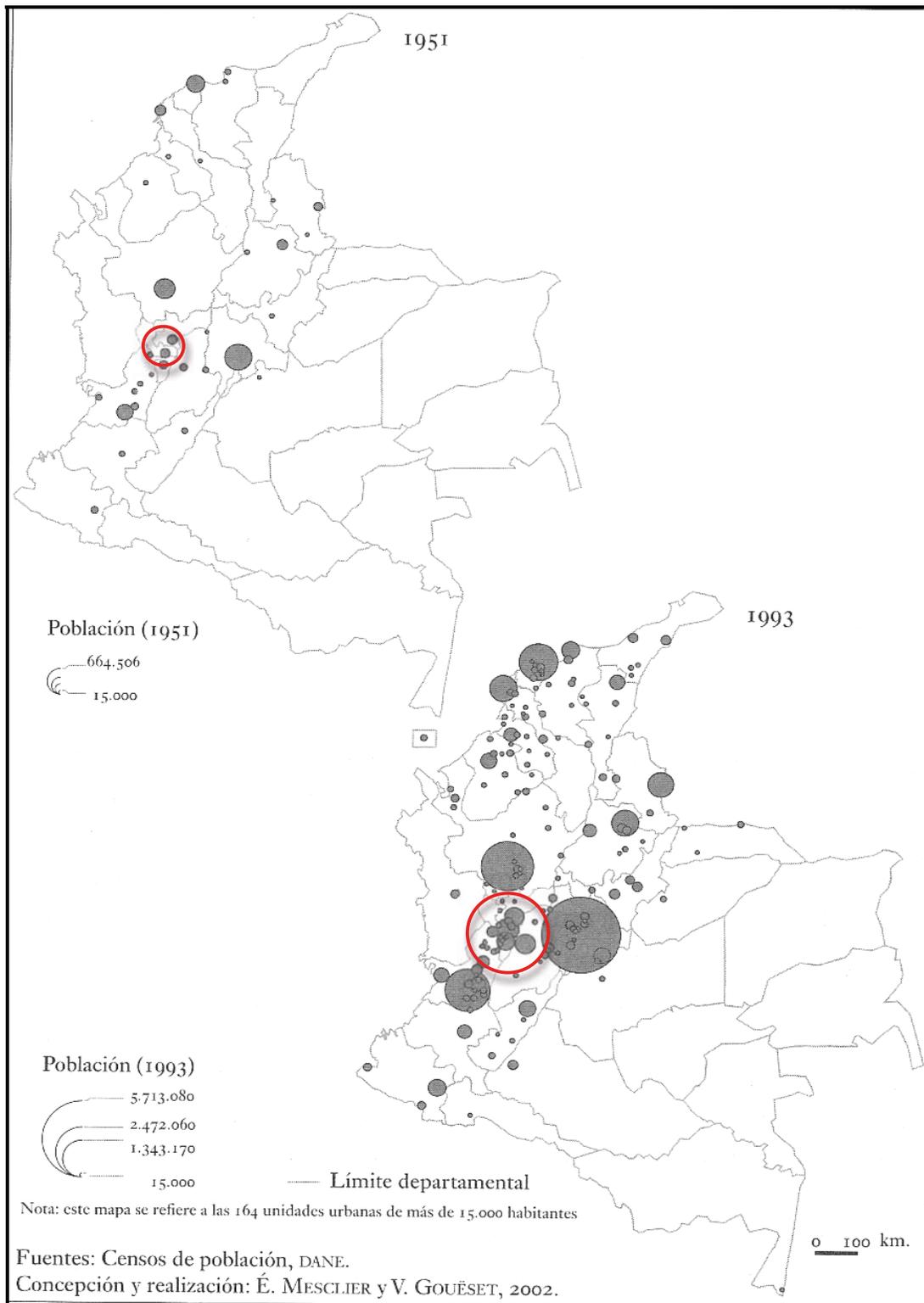
En cuanto al crecimiento demográfico de Colombia, particularmente rápido incluso en relación con el resto de América Latina, se comprueba que se ha generado la multiplicación de su población total por cuatro en medio siglo: 8,9 millones de habitantes en 1938; 36,7 en 1993 (Flórez, 2000; Dureau y Flórez, 1996, 141).

De la dinámica demográfica sobresale como la población rural casi se ha duplicado durante este período, pues pasó de 6,1 a 11,5 millones de habitantes, reconociendo que la mayor parte de este incremento ha terminado sustentando el *crecimiento de las ciudades*. De este modo, la proporción entre habitantes rurales y habitantes de ciudad se invirtió en medio siglo: el 69% de la población era rural en 1938, el 69% de la población es urbana en 1993. Por eso, a partir del análisis realizado por Gouëset (2007, 44-45) sobre el crecimiento de las ciudades colombianas y la dinámica del sistema urbano durante la segunda mitad del siglo XX, se confirma que:

“El crecimiento urbano tan rápido fue alimentado por un masivo flujo migratorio, y por un crecimiento natural muy elevado debido a las características de la transición demográfica en Colombia, en particular gracias a la juventud y la alta natalidad de las poblaciones urbanas. La distribución del poblamiento sobre el territorio nacional, así como la configuración general de la red urbana se vieron modificadas de manera irreversible (figura 3.28). El sistema urbano, antes conformado por un gran número de pequeñas ciudades de menos de 15000 habitantes, hoy está dominado por grandes, y a veces muy grandes ciudades. El número de cabeceras de más de 15000 habitantes se multiplicó por cinco entre 1951 y 1993, al pasar de 35 a 179, lo que representa una progresión sin equivalente en Europa, e incluso en América Latina<sup>82</sup>”.

Indudablemente, las migraciones internas en Colombia han constituido un factor importante para el crecimiento urbano desde finales de la década de los treinta del siglo XX. De acuerdo al grupo de investigación Urbano Campo (1977, 34), durante el período comprendido entre 1938 y 1951, el impacto del éxodo rural en el desarrollo urbano se concentró en algunas ciudades ya de cierta importancia, con marcadas tendencias a erigirse en capitales regionales, características que se fortalecieron a fines de este período<sup>83</sup>. Al mismo tiempo se manifiesta una emigración rural con una tasa más bien baja, en forma dispersa y que va esencialmente dirigida hacia las grandes ciudades en proceso de formación como Bogotá o Medellín (Figura 3.9).

Figura 3.9. Evolución de la red urbana en Colombia entre 1951 y 1993.



Fuente: Dureau, et al., 2007. p. 48.

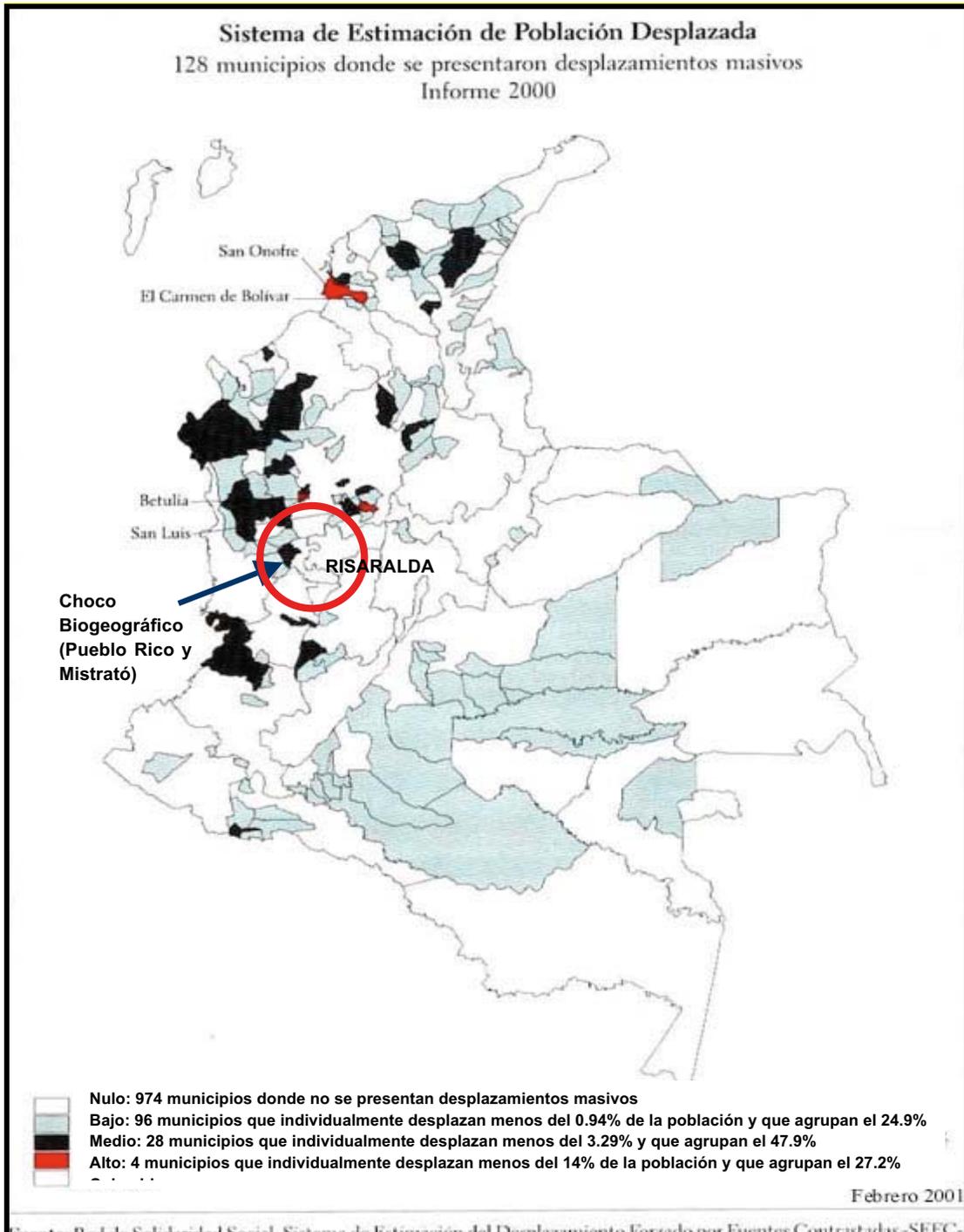
En el período 1951-1964, la situación cambia por completo y se presenta no sólo con amplitud distinta sino con diferentes modalidades. Primero, la emigración rural se vuelve un movimiento masivo, un verdadero éxodo. Geográficamente se reduce en extensión, es más concentrada. Segundo, la inmigración se registra, además de los centros regionales, en una cantidad de pequeños pueblos o sencillamente cabeceras de municipio; a veces en veredas que posteriormente se volverán cabeceras de nuevos municipios. Al final, se comprueba que el proceso de migración en este período es interno, es decir, hacia los centros urbanos cercanos de cada una de las regiones, y no tanto hacia fuera o extra-regional<sup>84</sup>.

Luego, como lo advierten Banguero (1985) y Gouëset (2007, 67), entre 1964 y 1973, se intensifica el proceso de éxodo rural, siendo explícita la cifra de más de 250000 personas al año abandonando los campos en dirección a las ciudades, correspondiendo a una tasa anual de migración del 2,2% a principios de la década de 1970. Las causas de este éxodo son concomitantes con las del resto de América Latina, a saber, expulsión de población del campo debido a la implementación del proceso de modernización de la agricultura, concentración de la tierra o desarrollo de sucesivas contrarreformas agrarias, con el agravante de la instrumentación de la violencia sistemática como método de expropiación de las áreas campesinas. En este período (1964-1973), Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla absorbieron el 40% del total de los flujos migratorios del país (Rueda, 1979). La tasa promedio anual de migración neta de estas ciudades era elevada, incluso más en Bogotá (2,7%) que en Medellín (2,1%) y Cali (2,0%), y sobre todo que en Barranquilla (Flórez *et al.*, 1987).

A partir de 1973, surgieron nuevos polos de atracción en las ciudades intermedias (con menos de 250000 habitantes), que alcanzaban tasas anuales de migración neta superiores a 4% entre 1973 y 1985. Entre estas ciudades se encuentran aquellas que están situadas en el corazón de zonas de explotación agrícola intensiva (*regiones cafeteras*, frentes de colonización agrícola), ciudades petroleras o mineras. Por otra parte, a medida que Colombia se urbanizaba, las migraciones entre las ciudades igualaron progresivamente el paso a los flujos de origen rural. Las décadas de 1970 y 1980 fueron marcadas por una diversificación de las direcciones de la migración, mientras que la complejidad de las trayectorias migratorias venía aumentando. Junto a la emigración rural de corta distancia, comenzaban a desarrollarse migraciones de origen urbano de larga distancia (Gouëset, 2007, 69).

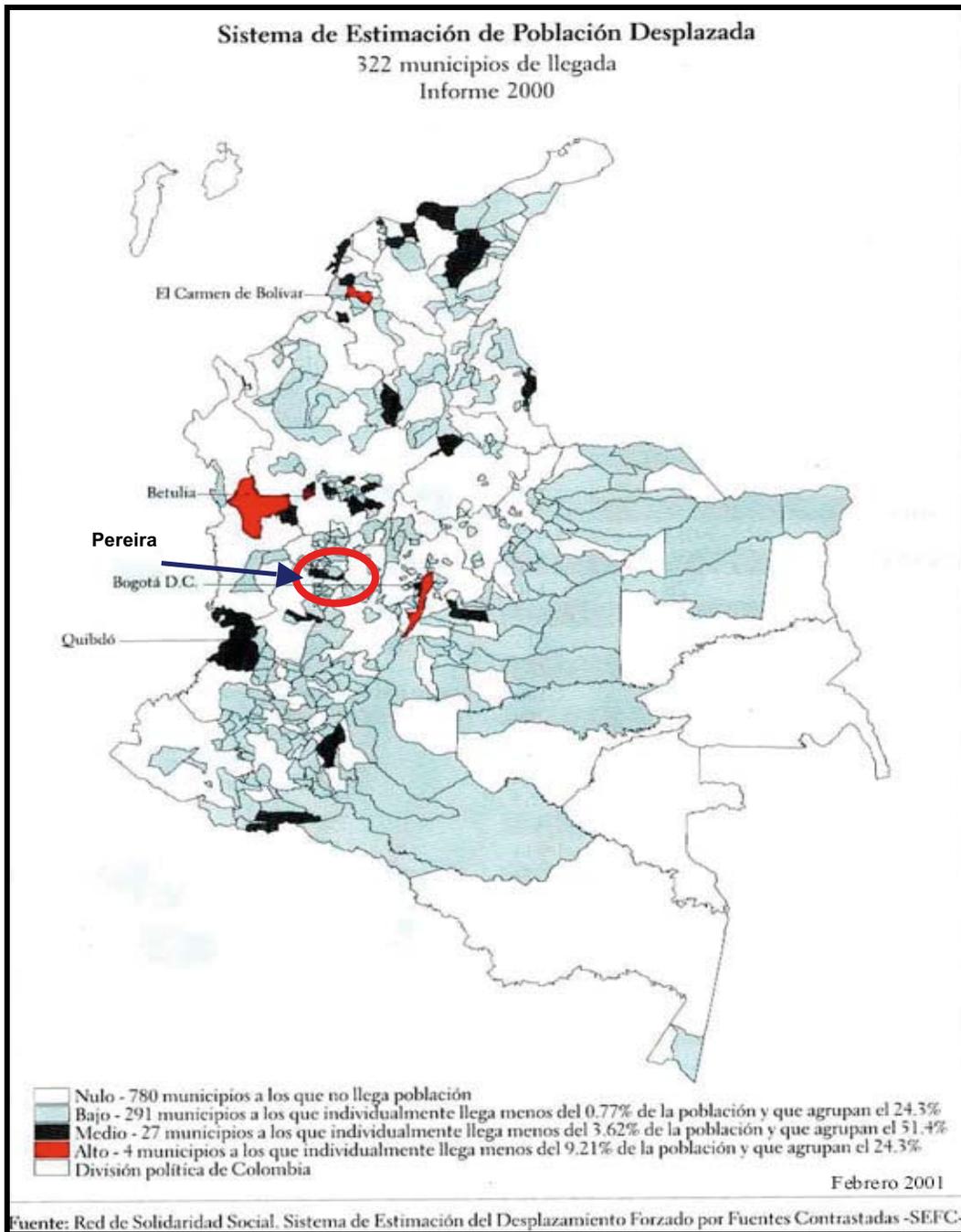
El censo de 1993 demuestra esta importante modificación del sistema migratorio colombiano, a la vez en la magnitud y en las direcciones de la migración (Martínez y Rincón, 1997, 253). Bogotá continua ejerciendo una atracción sobre los departamentos vecinos (Boyacá y Cundinamarca suministran el 36% de la migración entre 1988 y 1993), pero también comienza a ejercerla en forma significativa por fuera de su cuenca migratoria tradicional, en regiones densamente pobladas y especialmente en las grandes ciudades. Por añadidura, cabe destacar que en esta década se producen con mucha intensidad las migraciones relacionadas con la agudización del conflicto armado en el país, teniendo un peso importante en ellas el “desplazamiento forzado”<sup>85</sup> de población campesina hacia las ciudades, y por ende, en el proceso del crecimiento urbano marginal (Figura 3.10 y 3.11).

Figura 3.10. Desplazados. Zonas y municipios expulsores.



Fuente: Red de Solidaridad Social, 2001.

Figura 3.11. Desplazados. Municipios receptores.



Fuente: Red de Solidaridad Social, 2001.

Ciertamente, con base en el estudio del sociólogo colombiano Manuel Enrique Pérez (2004, 13), sobre *Territorio y Desplazamiento*, se reconoce que:

“Desde mediados del siglo XX, el conflicto sociopolítico en Colombia ha impuesto cotidianamente el poder y el dominio de grupos armados en territorios específicos del país. Para la investigadora Flor Edilma Osorio, dicho proceso ha tenido expresión en: “zonas de colonización, municipios con elevados niveles de necesidades básicas insatisfechas, áreas de frontera, zonas de cultivos ilícitos y territorios donde se proyectan los intereses económicos del mercado global. Aspecto que ha producido el desplazamiento de población en distintas regiones del país y en todos los estratos sociales<sup>86</sup>. El acontecimiento más adverso lo padecen pequeños y medianos propietarios de la tierra pertenecientes a comunidades rurales: “campesinas, colonos, comunidades negras e indígenas, quienes bajo estas condiciones se ven obligados a desplazarse a otros lugares buscando refugio y seguridad”<sup>87</sup>.

Efectivamente, la magnitud del fenómeno alcanzó durante el período de 1985 a 2003, según los informes de la Conferencia Episcopal Colombiana y el Sistema de Información sobre Hogares Desplazados y Derechos Humanos, SISDES<sup>88</sup>, un acumulado de 2915410 personas que se han visto obligadas a desplazarse dentro del territorio nacional. Todos ellos abandonaron sus localidades y actividades económicas debido al riesgo producido por la vulnerabilidad de su libertad e integridad física. Con base en los análisis efectuados por Pérez (2004: 14), se puede evidenciar la dimensión del problema del desplazamiento:

“Al tomar la cifra acumulada de las últimas dos décadas y confrontarla con el dato de 15600000 personas que representaba a la población rural en Colombia, según la Contraloría General de la República (2002), se puede afirmar que la población forzada al abandono de sus tierras por las condiciones del conflicto se aproxima al 18, 68% del total nacional. Además, de acuerdo con los registros oficiales<sup>89</sup>, el 86% de los municipios del país están siendo afectados por el desplazamiento: 204 municipios expulsores y 84 son receptores; 678 presentan la doble dinámica y estos municipios se habrían incrementado notablemente en el primer semestre del 2002”.

Por consiguiente, los flujos migratorios hacia las ciudades y municipios, según las cifras obtenidas (Pérez, 2004, 14), entre 2001-2003, se mantienen en las microrregiones del corredor norte del Cauca, sur del Valle, Magdalena Medio, Urabá, Bajo Atrato, Montes de María y Sierra de Santa Marta. Esto permite definir que se trata de desplazamientos desde zonas rurales a cabeceras urbanas de los mismos municipios o de municipios de la misma región.

Muestra de esta dinámica violenta de expulsión, es que el 94% de la población que se desplaza de algún lugar de estas regiones se queda en el mismo territorio, emigrando, principalmente, a Santa Marta, Fundación, Valledupar, Magangué, Cartagena, Barranquilla y Bucaramanga. En los casos de norte del Cauca y sur del Valle, la migración se realiza especialmente hacia Popayán y Cali.

En Urabá y Bajo Atrato los desplazamientos se dirigen hacia Turbo, Apartadó y Quibdó. La ruta de mayor incremento en los últimos años ha sido la que se dirige a la ciudad de Bogotá, en la cual se concentra aproximadamente el 15,53% de la población desplazada del resto del país<sup>90</sup>. Precisamente, como lo expone Pérez (2004, 15), de modo concluyente:

“Con el desplazamiento puede afirmarse de manera determinante que se está generando el abandono de la infraestructura agraria productiva; el incremento del desempleo; la desocupación; la incertidumbre frente a proyectos de sostenibilidad económica; la inserción de población rural en espacios urbanos y, con ella, el déficit en educación, trabajo, salud, vivienda y servicios públicos. Así mismo, evidencia el deterioro del tejido social: su estructura y función, las redes de sociabilidad, de comunicación, de transacción y los sentidos de pertenencia, confianza e identidad de la comunidad, y a su vez, la reproducción de las diversas formas de violencia”.

Para terminar, retomando el interés de este apartado por identificar las principales causalidades y factores estructurales del proceso de urbanización en Colombia, se presenta como caso de análisis la región centro-occidental, en la cual se encuentra ubicada la ciudad de Pereira.

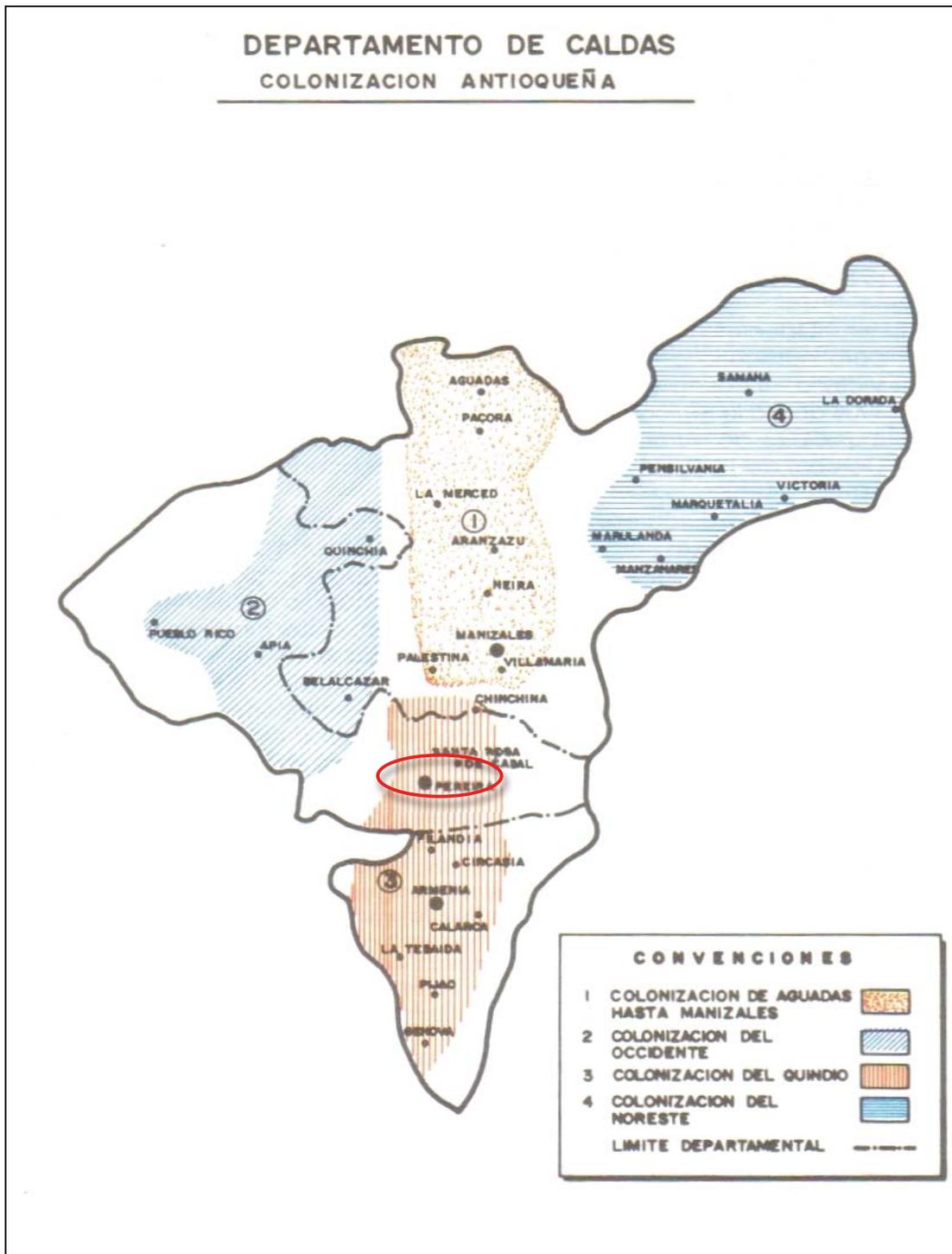
### **El proceso de urbanización en la región centro-occidental de Colombia**

De acuerdo a las explicaciones presentadas con anterioridad, se reconoce como causas internas del poblamiento territorial en la región centro-occidental, las dificultades de la población campesina en el siglo XIX, la recomposición del latifundio y el poder señorial en la época republicana, en la cual se le dio continuidad a un manejo de titulación de tierras, que venía siendo efectivo para unas élites desde el período colonial precedente. En efecto, sobre este caso, Aprile-Gnisset (2007, 20) describe que:

“Con la Independencia se hace un sencillo “juego de escrituras” con “traspaso de propiedad” a nuevos latifundistas vencedores para remplazar a latifundistas derrotados. Se cambia *la forma* de la propiedad sin tocar *el contenido*. La colonización de los baldíos de laderas en las tres cordilleras sería la respuesta popular al latifundio de la República y un intento de reforma democrática de la propiedad de la tierra. Entre colonos y especuladores urbanos se inicia muy temprano la larga *guerra de papel y escrituras* de los baldíos en las tres cordilleras y los llanos del oriente, cuando los mercaderes que financiaron “los libertadores” reclaman su pago, y presentan al Estado sus “bonos de deuda pública”. La política de adjudicaciones de baldíos a partir de 1825 conlleva a una guerra agraria que se anunciaba hacia 1830-40, se desata hacia 1880, y con diversas *carambolas* duraría un siglo completo”.

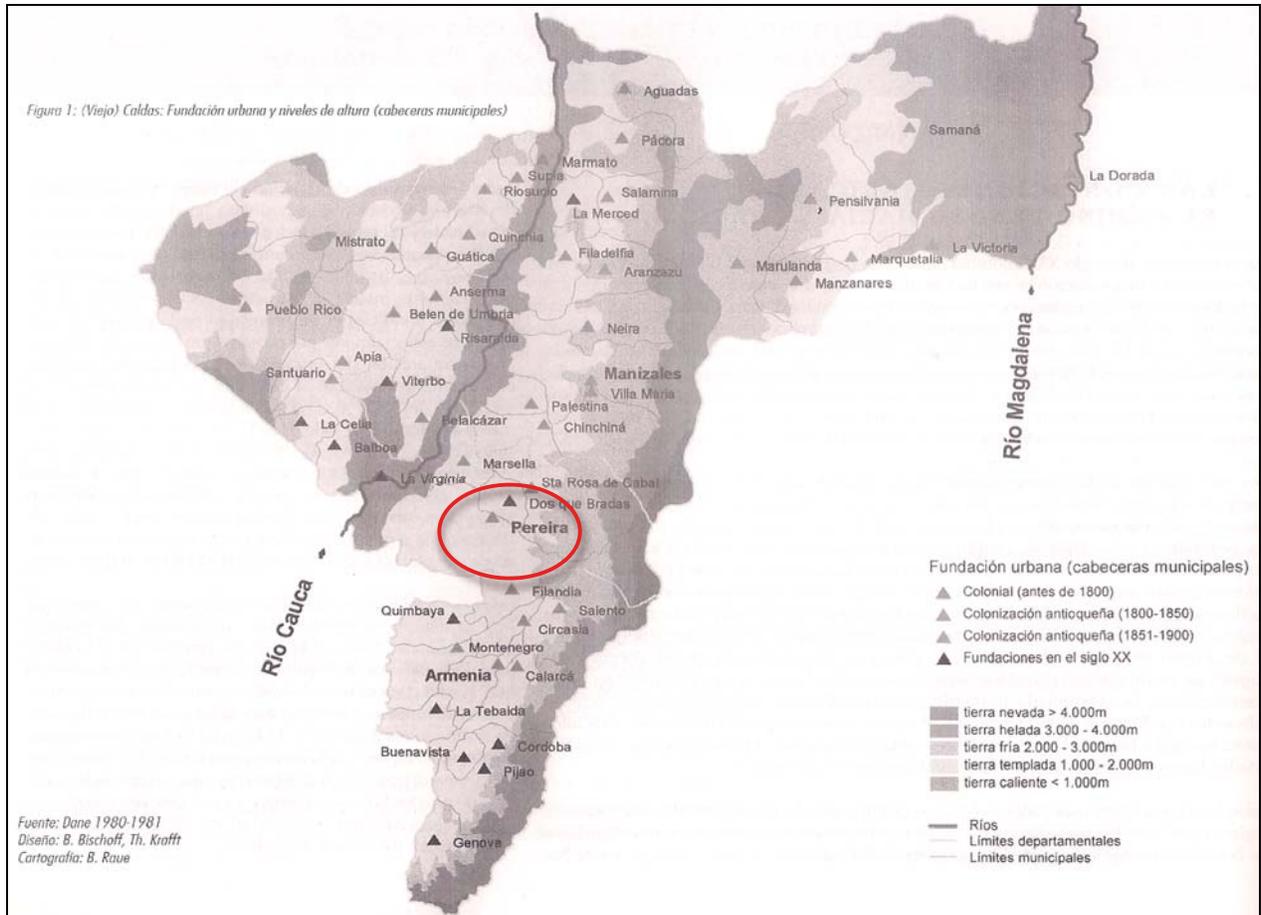
En medio de este escenario, surgió una ola de fundaciones urbanas nacidas de la colonización de los baldíos de vertientes y que cubrió, en términos generales, el período 1830-1940. Cada uno de estos poblados nació en medio de una variada gama de convulsiones y conflictos agrarios nada pacíficos, incluso armados. Como caso típico de este proceso en el país, se reconoce la colonización efectuada por los campesinos pobres sin tierra del sur de Antioquia que, a diferencia de la posición tradicional historiográfica citada como la “gran epopeya y gesta heroica del pueblo antioqueño”, fue tan sólo la diáspora rural de grupos campesinos y labriegos que tenían pocas posibilidades de sobrevivir ante la precariedad que caracterizaba al mundo agrario de aquellos años. La manifestación espacial de esta dinámica migratoria y la fundación urbana relacionado con los niveles de altura de las cabeceras municipales se muestra en las figuras 3.12 y 3.13.

Figura 3.12. Colonización antioqueña en el gran Caldas.



Fuente: Pabón, M. 1992. P. 41.

**Figura 3.13.** Viejo Caldas. Fundaciones urbanas y niveles de altura (cabeceras municipales).



**Fuente:** Bischoff, B.; Krafft T. 1999, p. 44

Asimismo, se presenta en el cuadro 3.7. la reconstrucción histórica del proceso de poblamiento en el centro occidente colombiano, efectuada por la investigadora social y docente de la Universidad Tecnológica de Pereira, Morelia Pabón (1992).

Por otra parte, es importante destacar el papel definitivo que cumplieron las concesiones de tierra entregadas por el Estado a compañías latifundistas de familias relacionadas con el poder político regional y nacional durante el siglo XIX (Véase Anexo 7). Este proceso engendró los primeros conflictos por la propiedad de la tierra, ante el ostensible poder de concentración de estas compañías, en contravía de los muchos colonos que se habían apropiado de estas tierras baldías a partir de su sacrificio y trabajo de años.

**Cuadro 3.7.** Frentes de la colonización antioqueña en el centro-occidente de Colombia.

| Frente de Colonización                         | Municipios y poblados fundados   |
|--|--|
| Colonización del Norte de Caldas (1795-1850)   | La colonización de Aguadas hasta Manizales, con la fundación de Aguadas, Salamina, Pacora, Filadelfia, Neira, Santa Rosa, Manizales, Villamaría, Aránzazu y Palestina.   |
| Colonización del Occidente (1850-1900)         | Riosucio, Quinchía, Santuario, Pueblo Rico, Apía, Belalcazar, Belén de Umbría, en el siglo XIX, y a comienzos del siglo XX, La Virginia, Balboa, Viterbo, La Celia y Risaralda.  |
| Colonización del Quindío (1850-1900)           | Como baluarte para empezar esta colonización sirvió <i>Pereira</i> , luego son fundadas, Salento, Marsella, Filandia, Chinchiná, Calarcá, Armenia, Montenegro, Pijao, Génova, La Tebaida, Quimbaya, Córdoba, y el último en ser fundado en esta región quindiana fue Buenavista. |
| Colonización del Noreste (Poblados desde 1900) | El flujo colonizador es desarrollado de manera tardía, y es así como se fundan en su orden las siguientes poblaciones: Manzanares, Pensilvania, Marulanda, Victoria, Marquetalia, Samaná y La Dorada   |

**Fuente:** Pabon, M. et.al., 1992. p.40.

Por otra parte, según Aprile-Gnisset (2007, 20) resultado de estos conflictos por la propiedad de la tierra durante el proceso de colonización del sur de Antioquia, Caldas, el norte del Valle y Tolima, se presentó:

“Una verdadera guerra de clases que enfrentó al campesinado con usurpadores de tierras, de modo que se gestaron prolongados conflictos que involucraron la fundación de Salamina, Manizales, *Pereira*, Calarca, Salento, Armenia, Caicedonia o Sevilla, entre muchos municipios. En algunas de estas contiendas intervinieron bandas armadas por los latifundistas y en ciertos casos las guardas departamentales o el propio ejército nacional. En Manizales, los usurpadores de tierras y sus bandas de peones armados amenazaron con el incendio del poblado y los colonos replicaron asesinando al latifundista que pretendía su desalojo. En Sevilla, los campesinos se enfrentaron a pudientes políticos y estadistas del Valle usurpadores de 200.000 fanegadas (la Sociedad de Burila) radicados en Cali, quienes para contrarrestar esta fundación se apresuraron a fundar Caicedonia, donde enseguida nombraron autoridades de policía. El conflicto original entre ambas, ahora con rostro político, se llenaría de sangre en las décadas de 1940 a 1960; el cual se constituye en el embrión del conflicto armado que se vive hasta hoy. En *Pereira*, la primera contienda de intereses entre especuladores radicados en Bogotá y colonos, adquiere luego claros rasgos de enfrentamiento racial entre los “negros del valle” y los “blancos antioqueños”.

Necesario es insistir que este proceso de colonización de baldíos adquirió el nivel de tensión social, político y armado, en razón a que en estas tierras del centro occidente de Colombia se implantó el rentable cultivo del café, asociado al desarrollo inicial de una agricultura de pan coger (o autoconsumo) por parte del campesinado colonizador.

En efecto, como lo señaló el economista colombiano Antonio García en su obra titulada “*Geografía económica de Caldas*” (1978, 18):

“La colonización fue una corriente de campesinos nómadas que eran empujados por la fuerza de arrastre de la minería aurífera y por una agricultura maicera de subsistencia, mientras que no se descubrió una planta perenne – como el café – capaz de ocupar y transformar las laderas erosionables de la cordillera andina y de promover el más significativo salto histórico de las comunidades campesinas, sustituyendo la precaria y estática agricultura de autoconsumo por una moderna y dinámica economía de mercado”.

A partir de la consolidación del cultivo del café como base productiva de la colonización, se generó una organización del territorio sustentada en fincas cafeteras de familias campesinas que terminarían constituyendo los nuevos poblados, pero con el agravante de no poseer en la mayoría de los casos la titulación de sus predios.

Justamente, la rentabilidad del cultivo del café y el interés por monopolizar sus beneficios por parte de las élites nacionales, hizo que se emprendiera una lucha por el dominio y posesión de estos territorios de las vertientes andinas; este conflicto, en denominación de Aprile (2007, 20), “*entre el hacha y el papel sellado*”, se agudizó por el afán de lucro de las élites ante la riqueza generada por la primera bonanza cafetera de las décadas de 1920 y 1930, siendo esta la principal razón de la confrontación armada.

La generalización de este escenario de violencia alcanzaría su máxima intensidad y crueldad entre 1945 y 1965, sobrellevando el éxodo rural y el crecimiento de las principales ciudades de la región durante esta época (Pereira, Armenia y Manizales).

En representación de este proceso, se presentan las imágenes de la figura 3.14, y la explicación efectuada a renglón seguido por Urbano Campo (1977, 50-51) donde se destaca el caso de la ciudad de Manizales, capital del Departamento de Caldas, ilustrativo del nivel de concentración terrateniente, el éxodo rural y la irrupción del campesinado a la ciudad:

“En la década del treinta había en las áreas rurales del municipio un total de 2246 fincas cafeteras. Son sólo 2160 en el año 1966, pero durante este período el número de las haciendas de más de 20 hectáreas se duplicó, pasando de 95 a 184; la superficie sembrada se duplica también, pasando de 10000 a 20000 hectáreas, con una producción que se cuadruplica, subiendo de 3000 a 12000 toneladas anuales.

Paradójicamente, mientras se desarrolla esta enorme riqueza en el campo, la población rural del municipio se reduce, bajando de 37000 personas en el año 1951 a 32000 en el año 1964. Es decir, que por lo menos (y seguramente más) 5000 campesinos salen del campo en pleno empuje. ¿hacia dónde?...La ciudad de Manizales se duplica en población y lógicamente en tamaño, entre 1951 y 1964, el centro de 89000 habitantes, volviéndose una gran aglomeración de 190000 personas. En la ciudad se acopian 12000000 de kilos de café, y por otra parte, las faldas y los barrancos que se derrumban se convierten en el espacio de recepción de cerca de 100000 personas amontonadas en unos 10000 tugurios”.

**Figura 3.14.** Manizales. Área rural con monocultivo de café Vr. Área urbana, barrio de invasión El Aguacate.



**Fuente:** Federación Nacional de Cafeteros (superior). Jorge Andrés Rivera Pabón (inferior izquierda) Universidad Autónoma de Manizales (2000) (inferior derecha).

Con base en la reflexión efectuada con anterioridad se puede concluir, en palabras de Aprile-Gniset (2007, 25), que *“muchas ciudades colombianas tuvieron un parto conflictivo o sangriento, naciendo de traumas y convulsiones en las cuales se suman las tensiones urbanas con los conflictos territoriales que las estimulan”*. Además, este proceso es comprobado en la reversión masiva hacia los centros urbanos en el siglo veinte, configurando una urbanización acelerada e intensiva, que ha tenido a la guerra social agraria como la estrategia instrumental que operó este vuelco.

Para precisar, los censos de población evidencian que desde las décadas de 1920-1930, crecían las tasas y los volúmenes del poblamiento urbano. Consecutivamente, desde los años treinta y cuarenta, *a la par con las masas migratorias se iba transfiriendo paulatinamente a la ciudad la mayoría de las contradicciones y convulsiones de la sociedad colombiana*. En la

década del sesenta, poco a poco la conflictividad tradicional rural iba disminuyendo, pero no por extinción de motivos, sino por su *extinción* de pobladores del campo, o su traslado a los ámbitos urbanos. Simultáneamente y de inmediato surgían nuevos problemas propios del hábitat urbano, y de esta forma iba *creciendo la conflictividad social en la totalidad de la red urbana nacional*.

Bien puede decirse que se ha producido una configuración urbana en los últimos sesenta años donde se evidencia con alarma la multiplicación de familias campesinas desplazadas que se tienen que ubicar en zonas de alto riesgo en las ciudades receptoras (véase la foto de la figura 3. 14 el caso de Manizales), debido a los altos precios de la tierra en la ciudad, la especulación del suelo urbano, entre otros factores.

Para finalizar, de acuerdo al análisis realizado al proceso de urbanización de América Latina, Colombia y su región centro-occidental, se puede afirmar, que a pesar de su heterogeneidad geográfica y funcional, existe un consenso sobre la especificidad y singularidad de este proceso de urbanización (Santos, 1973; Castells, 1974; Segre y Hardoy, 1996; Jaramillo y Cuervo, 1993; Montoya, 2006; etc.). Entre los rasgos comunes se señala, quizá como el más importante, el papel determinante que ha tenido en la estructuración, cambio y transformación del espacio urbano, la relación de dependencia y subordinación económica de los países latinoamericanos en los diferentes períodos de su historia colonial, republicana y contemporánea.

Con todo, como lo enuncia Montoya (2006, 13), los procesos de urbanización ocurridos en latitudes distintas a los países “desarrollados” han seguido unos patrones distintivos que imprimen una identidad a la ciudad. Estos elementos, siguiendo a Jaramillo y Cuervo (1993) y Drakakis-Smith (2000), son un crecimiento muy rápido, macrocefalia, fuertes desequilibrios en el desarrollo regional, alta segregación socio-espacial, la existencia de una economía dual evidenciada en un sector formal avanzado y un sector informal con bastante peso en la economía y el empleo, presencia en las formas urbanas de manifestaciones culturales rurales, altas tasas de desempleo, baja provisión de equipamientos colectivos, la debilidad de las autoridades públicas frente a los intereses de los diferentes grupos económicos, entre otros aspectos.

En consecuencia, se exponen a renglón seguido algunos discursos e interpretaciones teóricas que atienden tanto las raíces y causalidades del proceso de producción del espacio urbano latinoamericano y colombiano, como los cambios impuestos por la globalización y la transformación económica de las últimas décadas.

## 2. LAS TEORÍAS DE LA URBANIZACIÓN LATINOAMERICANA

De acuerdo a las reflexiones realizadas por el geógrafo, docente e investigador de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, Jhon Williams Montoya (2006), sobre *la evolución discursiva en torno al análisis de la ciudad latinoamericana*, se puede advertir como momento de gestación y despertar de un interés por el estudio sistemático del fenómeno urbano en el continente, la coyuntura y escenario económico adverso que representó la “depresión de 1929”, la cual concitó la atención de los diferentes gobiernos y equipos técnicos, por encontrar estrategias que permitieran enfrentar las consecuencias locales (urbano-rurales) de una crisis de efectos globales.

En ese contexto, irrumpe con fuerza, como se expuso de manera detallada en el capítulo anterior, el *paradigma de la modernización* institucional, productiva y social, y con ella la necesidad de promover y avanzar en la construcción de una producción intelectual que impulsará la conformación de sociedades modernas en los distintos países latinoamericanos, además de soluciones técnicas a los desafíos impuestos por el atraso crónico de estas economías, y la superación del papel subordinado de los países periféricos en la economía mundial.

En medio de este ambiente crítico a nivel económico, pero estimulante en la generación de ideas interpretativas sobre la historia y el devenir de los países de América Latina, germinaron las primeras reflexiones sobre el proceso de urbanización del continente<sup>91</sup>. Es así como se forma una tradición de estudios urbanos que tiene como principales referentes iniciales, a los urbanistas Karl Brunner<sup>92</sup> y Le Corbusier<sup>93</sup>, en razón a su trabajo en varias capitales latinoamericanas, perfilando una tendencia en la aplicación del ideario “modernizador” a través del urbanismo, que repercutió positivamente en la consolidación de las oficinas de planeamiento en diversas ciudades, y marcaría, además, las políticas económicas y urbanas a partir de 1960<sup>94</sup>.

De esta forma, resultado de la institucionalización del planeamiento y urbanismo en las administraciones municipales, como del posicionamiento de esta temática en la academia, se conformó el crisol del pensamiento urbano, obteniéndose primero, una producción de ideas que ponían el acento o énfasis en la actuación física en el medio urbano, y posteriormente en la comprensión de la dinámica de producción, cambio y evolución de la ciudad latinoamericana. De este modo, es en la década de los sesenta, como lo advierte Montoya, en coincidencia con Almandoz (2002), que los estudios de la urbanización irrumpen decididamente, siguiendo, en líneas generales, dos tendencias:

“...aquella del estudio de la cultura urbana impulsada por las obras de Rama y Romero (Ibid.); y una tradición marxista que, recogiendo parte del legado de la CEPAL, construyó la Teoría de la Dependencia, la cual dinamizaría el debate hasta el presente. La tradición neoclásica, empero, también se ha mantenido y no sólo vigorosa en la parte teórica, sino también activa en la parte normativa a través de la planificación económica y urbana”.

A continuación, se presenta de manera sintética en los cuadros 3.8 al 3.13 el análisis realizado por Montoya (2006), con base en Bradshaw y Noonan (1997), de las corrientes teóricas que dominaron la discusión y el debate hasta los años sesenta sobre el proceso de urbanización en América Latina y su relación con el desarrollo económico: *modernización, sesgo urbano, y marginalidad y economía dual*.

A su vez, se introduce de manera complementaria, a partir de la explicación efectuada por la arquitecta colombiana Nora Elena Mesa Sánchez (1985), profesora de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, *la teoría de la producción espontánea de la vivienda*, promovida por el arquitecto inglés Jhon Turner, dedicado investigador de la ciudad latinoamericana y que abrió el camino a una escuela de pensamiento y acción sobre el urbanismo social y comunitario.

Seguidamente, se realiza una reflexión sobre las teorías de la *urbanización dependiente* y la *ciudad latinoamericana en el contexto de la globalización*, cerrando de esta forma la contextualización general sobre las características y factores determinantes de la configuración histórica de la urbanización en América Latina y Colombia, al igual que de los paradigmas ideológica y funcionalmente dispares que emergieron de la atención concentrada por este complejo y dinámico proceso socio-espacial.

**Cuadro 3.8.** Teoría de la modernización.

| Teorías sobre la Urbanización Latinoamericana | Bases o fundamentos teóricos  | Principios Discursivos   | Relación entre el proceso de urbanización y desarrollo económico  |
|---|---|--|---|
|   | Teoría económica neoclásica   | Existe una ligazón entre urbanización e industrialización  | El capitalismo industrial transformó completamente las relaciones urbano-rurales en función a las necesidades crecientes de la industria, principalmente el control y disposición de la mano de obra (Roncayolo, 1997).   |
| Teoría de la modernización                    | Denominadas por Potter (1999) como:<br>1. Teorías "tradicionales-clásicas" del Desarrollo.<br>Peet y Hartwick (1999) llaman:<br>2. Teorías sociológicas de la modernización + | 1. Rostow (1971):<br>Evolución en el desarrollo por etapas<br>2. (Kasarda, 1991):<br>La Urbanización está estrechamente asociada al proceso de Modernización   | La importancia de la intervención del Estado, en la definición y puesta en marcha de políticas y programas macro (industrialización y sustitución de importaciones), para el desarrollo regional y urbano, el estímulo para la participación del sector privado (industrial) en su desarrollo y así, reducir los desequilibrios socioeconómicos campo-ciudad, regiones "atrasadas" y regiones "avanzadas" |
|   | Teoría de ecología urbana (adaptaciones escuela de Chicago)   | La urbanización y el crecimiento urbano se ha abordado en repetidas ocasiones, desde la adaptación de enfoques teóricos que soslayan sus particularidades históricas y sus expresiones espaciales divergentes. Así, se realiza una importación acrítica de teorías positivistas, como es la aproximación ecológica de los modelos urbanos de la Escuela de Chicago <sup>95</sup> , la teoría Locacional, la teoría de la difusión, la ecología factorial, entre otras. | Descentralización e implementación de la política de polos de desarrollo industrial a nivel regional (aplicación de la teoría locacional y de la difusión).<br><br>Aplicación de los modelos de ecología urbana y urbanismo moderno en la planificación de desarrollo económico, territorial y físico de las ciudades latinoamericanas.   |
|   | En geografía el Trabajo de Soja (1968) según Potter (1999) y Forbes (1984)  | La modernización está asociada a la construcción del Estado-Nación, y confía el desarrollo a la estabilidad del gobierno y el progreso tecnológico.  |   |
|   | Potter (1999) introduce la Propuesta de Perroux sobre polos de crecimiento  | A través de las políticas de crecimiento industrial, se intenta resolver las desigualdades regionales en el desarrollo. De este modo, superar la estructura histórica de desarrollo desigual y polarizado (primacia urbana) dadas desde el período colonial.   | Concretizado en proyectos de descentralización regional en varios países, como Venezuela y Chile, entre otros (Gwynne, 1985).   |

**Fuente:** Montoya, J.W. 2006, p. 16-26.

**Cuadro 3.9.** Teoría del sesgo urbano.

| Teorías sobre la Urbanización Latinoamericana | Bases o fundamentos teóricos   | Principios Discursivos  | Relación entre el proceso de urbanización y desarrollo económico  |
|---|--|---|---|
| Teoría del sesgo urbano                       | Lipton (1977,13) partió de la premisa de que en los países pobres el cambio social estaba dinamizado esencialmente por el conflicto entre clases urbanas y clases rurales: "El más importante conflicto de clases en los países pobres del mundo hoy no es entre trabajo y capital, no es tampoco entre intereses nacionales o extranjeros. Es entre las clases rurales y las clases urbanas". | En la gestión pública de los países en desarrollo se identificaba claramente una tendencia sistemática a rechazar algunas alternativas y preferir otras, más favorables a ciertos grupos y en este caso a los sectores urbanos que están concentrados, articulados y por tanto son más poderosos. | La localización sistemática de recursos y equipamientos en las ciudades responde más a las prioridades de las élites industriales y financieras de la ciudad, que a una evaluación racional de la eficiencia de las inversiones, la equidad y la lucha contra la pobreza. La urbanización en el tercer mundo es financiada a través de la explotación del campo; los mecanismos utilizados incluyen la provisión de servicios a menor costo y unas tasas impositivas altamente preferenciales para las actividades urbanas (Bradshaw y Noonan, 1997). |

**Fuente:** Montoya, J.W. 2006, p. 16-26.

**Cuadro 3.10.** Teoría de la marginalidad y economía dual.

| Teorías sobre la Urbanización Latinoamericana | Bases o fundamentos teóricos   | Principios Discursivos  | Relación entre el proceso de urbanización y desarrollo económico  |
|---|--|---|---|
| Teoría de la marginalidad y economía dual     | Se presentan dos grandes tendencias en los discursos sobre las problemáticas relacionadas con la inmigración y el crecimiento de la urbanización marginal:<br><br>1. El mito de la marginalidad o cultura de la pobreza<br><br>2. La marginalidad como un problema estructural | 1. Cultura de la pobreza y Determinismo cultural: "Los pobres padecen de pasividad, fatalismo y aspiraciones limitadas". (Oscar Lewis, citado por Kowarick, 2003).<br>La marginalidad: incapacidad de los pobres de integrarse a la vida urbana, a su economía y a los mercados de vivienda formales: "la marginalidad como fuente de todas las formas de desviación, perversidad y criminalidad, purificando así la auto-imagen del resto de la sociedad" (Perlman, 2003, 19)<br>La migración rural y la marginalidad urbana abordadas como variables independientes, señalado así a "las personas que viven en situación de marginalidad en los <u>márgenes urbanos</u> , con anomia psicológica, un comportamiento desviado y apatía política" (Castells, 1983, 180).<br><br>2. "Marginales no"... , los pobres son parte de la dinámica urbana, aunque integrados eso si, de manera desfavorable para sus intereses (Perlman 2003, 16). | 1. (Kowarick 2003, 65): El concepto de "cultura de la pobreza" ha justificado durante mucho tiempo las políticas de remoción de barrios informales y los programas de renovación urbana, legitimando el carácter excluyente y segregado de la ciudad latinoamericana. Jaramillo (1993, 17): "política de tipo quirúrgico", que se aplicó con los programas de erradicación de tugurios en los años cincuenta.<br>2. la existencia de <u>barrios informales</u> y las condiciones de exclusión en las ciudades, son un <u>producto social</u> resultante de intereses y valores conflictivos (Castells, 1983, 181).<br>Debate en torno a la <i>sobreurbanización y marginalidad</i> - posiciones:<br>2.1. Organicista (Gugler, 1997): La ciudad experimentaba una patología como resultado de un proceso irracional de urbanización; incapacidad de adaptarse a la vida urbana (inmigrantes), o como una "desviación" del camino del desarrollo, por insuficiencia de oferta de trabajo en el sector industrial.<br>2.2. Circuitos de producción y consumo interconectados en la economía urbana de la ciudad del tercer mundo (Santos, 1979, 18): ciudades compuestas por dos subsistemas o circuitos: Superior o "formal": banca, industria y servicios. reglamentadas por el Estado y resultado directo del proceso de modernización<br>Inferior o informal: actividades de pequeña escala diseminadas en los <u>barrios populares</u> , intensivos en mano de obra y no en capital, con niveles de comercialización locales. |

**Fuente:** Montoya, J.W. 2006, p. 16-26.

**Cuadro 3.11.** Teoría de la producción espontánea de vivienda.

| Teorías sobre la Urbanización Latinoamericana  | Bases o fundamentos teóricos   | Principios Discursivos   | Relación entre el proceso de urbanización y desarrollo económico  |
|--|--|--|---|
| Teoría de la producción espontánea de vivienda | (Mesa, 1985): "Modelo Turner": Crecimiento Urbano y problema de la vivienda. | Destaca dos aspectos:<br>1. El espacio geográfico del asentamiento y la distribución de inmigrantes en la ciudad<br>2. El proceso de autoconstrucción en asentamientos urbanos espontáneo. | (Janssen, 1984, 38): Características "El modelo de Turner" sobre distribución de inmigrantes:<br>a. La movilidad de la migración ocurre de los tugurios ubicados en el centro hacia los asentamientos espontáneos en la periferia.<br>b. Las relaciones de propiedad de la vivienda pueden asumir las siguientes formas:<br>b.1. Inquilinos de los tugurios en el centro<br>b.2. Poseedor u ocupante de hecho en asentamientos espontáneos periféricos<br>b.3 Propietarios en los barrios legalmente establecidos |

**Fuente:** Montoya, J.W. 2006, p. 16-26.

**Cuadro 3.12.** La urbanización dependiente

| Teorías sobre la Urbanización Latinoamericana | Bases o fundamentos teóricos  | Principios Discursivos   | Relación entre el proceso de urbanización y desarrollo económico  |
|---|---|--|---|
| La urbanización dependiente                   | Agrupar las teorías de línea marxista desarrolladas durante la década de los sesenta y setenta, y consolidada en los ochenta; constituyen una reacción a la acumulación de frustraciones en las políticas de desarrollo económico y las ideas de modernización. | (Blomström y Hettne, 1984, 69) + (Roberts, 1995, p. 8): Modelo metrópolis satélite: las cadenas de explotación que une la metrópoli regional a la ciudad principal y a las clases dominantes del país dependiente, se extiende también a comerciantes y productores de los asentamientos provinciales hasta el productor campesino.<br>Dos Santos (1970): Es una relación interdependiente pero asimétrica, en la que la economía de los países dependientes es condicionada por el desarrollo y expansión de la economía a la cual está sujeta. | Organización espacial de América Latina:<br>1. <i>Monocentrismo o primacía urbana</i> :<br>1.1. Por la tendencia concentracionista del poder político y económico, en pocas ciudades.<br>1.2. En condiciones de dependencia la escasa infraestructura existente generalmente se concentra en las grandes ciudades, y por lo tanto los inversores las privilegian como lugar de negocios, generándose un efecto de permanente reforzamiento. (Chase-Dunn, 1985). |

**Fuente:** Montoya, J.W. 2006, p. 16-26.

**Cuadro 3.13.** Globalización neoliberal y cambio urbano.

| Teorías sobre la Urbanización Latinoamericana | Bases o fundamentos teóricos               | Principios Discursivos  | Relación entre el proceso de urbanización y desarrollo económico   |
|---|--|---|--|
| Globalización y cambio urbano                 | Santos (1996): Espacio, técnica y sociedad | (Jaramillo y Cuervo, 1993, 31):   | Proceso de desconcentración industrial de los países desarrollados y su localización en América Latina: Reestructuración de las economías nacionales y urbanas. Crisis de los sectores productivos nacionales impulsados desde la modernización (manufacturas, metalmecánica, textiles, etc.) y productos agroindustriales, ante la competencia desigual en el marco de la globalización. Privatización de servicios sociales, financieros, etc., ahora gestionados por multinacionales, la ciudad genera otra configuración (sectores clouster internacionales CBD vr. deterioro de las áreas de servicios del Estado Keynesino-precedente) |
|   | Bossier (1999): Glocalización              | América Latina sigue siendo una región subordinada en el marco de las relaciones capitalistas y la fase neoliberal dominante los últimos veinte años ha reforzado tal condición (Phillips, 1998). |  |
|   | Sassen (2001): La ciudad global            |   |  |
|   | Harvey (2000; 2009)                        |   |  |
|   | Smith y Harvey (2005)                      |   |  |
|   | Peet (2003)                                | Harvey (2000): Variación cualitativa significativa pero no una revolución fundamental en el modo de producción y sus relaciones sociales asociadas  |  |
|   | (Jaramillo y Cuervo, 1993)                 |   |  |

**Fuente:** Montoya, J.W. 2006, p. 16-26.

Del ejercicio interpretativo consignado en el cuadro anterior, y dado el interés de la presente investigación por analizar el proceso de urbanización y crecimiento urbano de la ciudad de Pereira, durante el período comprendido entre la década de los noventa del siglo XX y el año 2012, o en otras palabras, los cambios urbanos y transformaciones territoriales acaecidas en los últimos veinte años, se realiza a continuación, a manera de conclusión, una reflexión sobre algunas teorías que en este lapso de tiempo han interpretado el fenómeno urbano contemporáneo latinoamericano desde una aproximación estructural y crítica.

### Dependencia y urbanización

De manera inicial, es importante subrayar, atendiendo la consideración de Montoya (2006, 36) que, si bien los teóricos de la dependencia no se ocuparon de manera específica de la urbanización latinoamericana, evidentemente sus argumentaciones sobre el desarrollo económico son concomitantes con explicaciones plausibles del proceso de urbanización; o dicho de otra manera, en la estructura espacial de la red de ciudades, las relaciones urbano-regionales y la estructura interna, se reconocía el carácter de una urbanización dependiente.

Así, se concluye en primer lugar que, debido al centralismo, polarización y concentración de las principales funciones administrativas, económicas y del comercio exterior en las ciudades capitales, producto de la herencia colonial y de la prolongación de su papel subalterno pero

determinante en la estructura del sistema económico mundial hasta la actualidad, se observa una distribución y organización espacial de la red de ciudades latinoamericanas claramente desequilibrada.

Este proceso, en palabras de Milton Santos (1973; 32-33) se intensifica en el período de posguerra con la nueva economía internacional, la cual se caracteriza por la universalidad y la multiplicación de los intercambios, por la preponderancia de la tecnología y la concentración que ello implica en las ciudades capitales o primadas, y por la modificación de la estructura y de los móviles del consumo. El efecto demostración, es decir, la propensión de los más débiles a consumir como los más fuertes, influye de forma especial en los países subdesarrollados y atrae al hombre hacia las ciudades, focos de nuevas actividades; no obstante, las industrias son allí raras y escaso el número de empleos permanentes. En los países subdesarrollados no se ha producido el paso de población del sector primario al secundario y, posteriormente, al terciario, como ha sucedido en los países industriales. En los países subdesarrollados, la urbanización reviste otra naturaleza; es una urbanización terciaria, y sólo posteriormente, salvo excepciones, la gran ciudad promueve la creación de industrias.

De otra parte, Manuel Castells (1974, 54) sostiene que para explicar el proceso de urbanización en los países dependientes, se debe empezar por estudiar su constitución, génesis y evolución, es decir, cómo en diferentes momentos de su historia, se ha articulado a los intereses de los diversos sistemas económicos y modos de producción (colonial, de comercio a gran escala, capitalista industrial, capitalista post-industrial). Es así como la urbanización latinoamericana es resultado de la expansión de una misma estructura básica, el modo de producción capitalista, en la que distintas formaciones sociales (y espacios concretos) cumplen funciones diferentes y poseen características peculiares correspondientes a su forma de articulación. En este sentido, dice el autor citando a Charles Bettelheim, que más que países subdesarrollados habría que especificarlos en tanto que “*países explotados, dominados y con economía deformada*”.

Por añadidura, Montoya (2006) haciendo referencia de Gilderhus (2000) señala el reconocimiento de una configuración territorial con unos patrones claramente identificables. La primera característica es la *primacía urbana*<sup>96</sup>. Sobre este aspecto Portes (1976) reconoció una diferencia fundamental entre el sistema urbano norteamericano y el de los países latinoamericanos, dada la autonomía y autodeterminación del proyecto económico nacional adelantado en el primero, en oposición a la dependencia y dominación económica del que han sido objeto los segundos:

“Mientras que generalmente los países desarrollados generaron una estructura policéntrica en la medida en que nuevos espacios fueron incorporados a una dinámica económica endógena, en América Latina la estructura urbana ha estado generalmente condicionada por la forma como la región se articula a la economía internacional y a los intereses de los países dominantes. Una condición que se ilustra con la evidencia, por ejemplo, de que la red básica de ciudades en América Latina se construyó en 60 años, mientras que la de Estados Unidos se fue consolidando en tres siglos”.

En efecto, se puede afirmar que el carácter permanente de la primacía urbana se debe a la existencia de economías nacionales estructuradas en función de los intereses de los centros de poder del sistema económico global (históricamente determinadas) y no en función de una economía interna sólida que responda a un proyecto endógeno de inclusión ciudadana y consenso nacional. Es por ello, que contrario a lo expuesto por los teóricos de la modernización y el librecambio, al afirmar que la industrialización y la liberalización económica estimulan la desconcentración espacial de las actividades económicas, y que al largo plazo, resuelven la desigualdad espacial en el desarrollo, lo que se ha afianzado es el reforzamiento de la primacía.

Según Montoya (2006, 37) los trabajos adelantados sobre sistemas urbanos en América Latina (Cuervo y González 1997; Gwynne, 1985; Jaramillo y Cuervo, 1993; Parnreiter, 2002; Portes, 1989; Portes y Dore, 1996; Potter, 1989; Roberts, 1995), en general muestran que:

“La organización espacial regional, y con ella el sistema de ciudades, difícilmente cambian de dirección, es decir que las condiciones primaciales preexistentes tienden a consolidarse. La respuesta al por qué se da tal tendencia, puede encontrarse en el hecho de que, independientemente del lugar que ocupe en la división internacional del trabajo la unidad espacial en cuestión, esa posición es siempre dependiente de intereses exógenos, y por tanto refuerza los patrones de concentración previos que se habían desarrollado en la explotación dependiente de otros recursos y actividades”.

Así, el rompimiento de las estructuras primaciales solo se logra, parcial y difícilmente, cuando se incorporan espacios que ofrecen recursos nuevos capaces de generar un nivel continuo de ganancias por un tiempo sustancial. Ejemplo de esa situación ha sido la actividad cafetera y la competencia equilibrada de ciudades como Medellín y Cali frente a Bogotá en Colombia (Gouëset, 1998); la industrialización al interior del Brasil después de una historia de explotación agrícola y minera en el litoral atlántico en la segunda mitad del siglo XX (Santos, 1973) y el desplazamiento de la centralidad de la economía del país desde Río de Janeiro hacia Sao Paulo (Santos, 1994) y, finalmente, el establecimiento y cesión de las actividades productivas más promisorias para el comercio internacional del Ecuador, de Quito a Guayaquil.

Dentro de esta perspectiva, y para los efectos específicos de esta investigación, cabe resaltar el desarrollo productivo y crecimiento económico que vivió la región centro-occidental de Colombia hasta los años setenta del siglo XX, y en particular la ciudad de Pereira, como resultado de su consolidación como *epicentro de la más importante agroindustria en la historia económica del país, como fue el café*. Precisamente, este proceso se explica a partir de los planteamientos de autores como Cuervo y González (1997), al identificar la ruptura de la “hegemonía de la ciudad primada”, con períodos de crisis económica, que derivaron en el surgimiento de iniciativas de desarrollo descentralizado, dirigiéndose esfuerzos puntuales para la creación de una sólida (agro) industria nacional, el avance de la exportación, y por ende, el fortalecimiento de las regiones – polos de desarrollo.

Este proceso se enmarca, entonces, dentro del impulso del Estado colombiano por alcanzar el objetivo de la modernización productiva, territorial y social desde la segunda mitad del siglo XX, interés que condujo a un cambio en la manera de abordar la gestión del desarrollo económico nacional desde la esfera político institucional centralista hacia una mirada regional con un enfoque predominantemente técnico-económico generado y promovido por las evidentes desigualdades socioeconómicas de los diferentes espacios regionales, los problemas de emigración campo - ciudad, etc.<sup>97</sup>.

No obstante, la intención del Estado colombiano por mitigar tales desequilibrios, no cambio las tendencias en la distribución territorial del desarrollo. Por otro lado, lo que se intensificó fue la situación predominante de un desarrollo espontáneo liderado por algunas regiones que, aprovechando sus recursos naturales y ventajas comparativas se han incorporado a mercados internacionales de manera diferencial, a través de actividades que ya han sido rentables en otras latitudes, como son el caso del azúcar en el valle interandino del valle del Cauca (establecimiento del modelo del nordeste brasilero y del Caribe), y el café en las zonas de montaña (1000 a 2000 m. de altitud predominantemente), siendo el centro occidente del país el máximo exponente de la adaptación de este modelo agro-industrial y empresarial, exitoso en Brasil y Centroamérica.

## **Globalización y nuevos enfoques sobre la ciudad**

En la década de los noventa la reestructuración del capitalismo que comenzaba a esbozarse desde los setenta, parece consolidarse. Paralelamente los discursos urbanos comienzan a ser influenciados por esa nueva realidad económica, que se enmarca en un aceleramiento sustantivo de los intercambios y un proceso de desconcentración industrial que toca a los sitios de retiro de las industrias manufactureras (países desarrollados), pero también reestructura las economías nacionales y urbanas de los países que las reciben, generalmente en el sudeste asiático y algunos países latinoamericanos (Dicken, 1998)<sup>98</sup>.

Esta etapa de tránsito de un “capitalismo moderno fordista”, sustentado en un modelo de *operación industrial urbano-metropolitano nacional* en los países desarrollados, al “capitalismo posmoderno” de desconcentración y relocalización transatlántica de las factorías en los países dependientes, ha generado una nueva división del trabajo y funciones dentro del sistema económico, en el cual los primeros realizan las actividades del sector terciario (concentración de la alta gerencia de las compañías multinacionales y el sector financiero, etc.) y cuaternario (I + D: actividades de investigación, desarrollo e innovación como son la alta tecnología, tecnologías de la información y las telecomunicaciones de la era digital), y los segundos, retoman y reproducen algunas fases o procesos productivos de la actividad industrial y manufacturera previamente establecida en las regiones y ciudades de los países desarrollados.

La anterior descripción del proceso de reestructuración del sistema económico en el marco de la fase de globalización, es explicada por Sassen (2001) en su obra la *ciudad global*. En ella, se expresa la nueva lógica de concentración y dispersión de las actividades económicas, como también la jerarquía que ocupan las diferentes ciudades a partir de su especialidad funcional y la posición particular en la economía mundial.

Desde otra perspectiva epistemológica, los geógrafos David Harvey, Neil Smith, Richard Peet o Edward Soja han interpretado los efectos de las medidas neoliberales en los cambios urbanos contemporáneos, como son la gentrificación o elitización, la metropolización e interconexión superlativa hasta alcanzar la escala de megalópolis, etc. En particular, categorías analíticas como la privatización y desregulación del Estado; la libertad de empresa, del libre comercio y las rentas monopolistas del capital financiero dominante; la recirculación de capital al mercado inmobiliario y la atracción de inversiones a las ciudades con la banalización del espacio; la relación entre globalización, urbanismo y planificación territorial en medio de una crisis severa de flexibilidad en las políticas locales de vivienda y de todos los servicios para la reproducción social, sus impactos en la mayor desigualdad socio-espacial –con la restitución del poder económico por una élite financiera y sus repercusiones en la escala territorial-, son algunos de los frentes comunes de elucidación de estos connotados científicos sociales.

Por demás, una crítica recurrente es que la investigación y discusión sobre la ciudad mundial se ha restringido generalmente a las ciudades en la cima de la jerarquía. El estudio del proceso de *ciudad global* en el tercer mundo ha estado, por tanto, limitado y solo recientemente comienza a ser integrado. En este sentido, (Gugler, 2003), incorporando la idea de la particularidad de la urbanización tercermundista, señala que el proceso de *ciudad mundial* manifiesta unos contrastes importantes, frente a las ciudades globales del primer mundo, referidos a la vulnerabilidad, dada su condición dependiente, respecto al poder económico y político de los agentes extranjeros, la escasez de recursos para responder a las exigencias externas de inversión en infraestructura, y la estructura demográfica de la ciudad, caracterizada por el dominio de una población joven y con un flujo aún importante de migrantes rurales.

Grant y Nijman (2000, 322) por su parte, identifican una brecha entre los estudios empíricos sobre la urbanización del tercer mundo y la teoría sobre las ciudades globales, fisura que sugieren superar a través de una recolección intensiva de información primaria, alimentada, empero, por la teoría de la cambiante economía política global. Así, la urbanización periférica, al ser conectada a los cambios en la economía política global, se analiza a partir de unas fases en el desarrollo de la economía mundo: *precolonial, colonial, nacional y global*. (Montoya, 2006, 58).

En esta última fase, cobra un lugar preponderante la reflexión sobre la incidencia que ha tenido la irrupción de nuevos agentes internacionales y el papel del sistema financiero en la reconfiguración del proceso de urbanización en América Latina. Atendiendo esta dinámica, las ciencias sociales se han preocupado desde la década de los noventa por abordar los múltiples

efectos de las reformas neoliberales en la región latinoamericana. En representación de algunos análisis destacados sobre esta temática se señala la importante obra editada por Alejandro Portes, Bryan Roberts y Alejandro Grimson, titulada *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo* (2005), la cual examina mediante datos cuantitativos y una aproximación analítica cualitativa, varias dimensiones o categorías de estudio, como son el desempleo e informalidad, la pobreza y desigualdad social, la violencia y las acciones colectivas urbanas en ciudades como Ciudad de México, Lima, Santiago, Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires.

Asimismo, se destacan dos temas claves en el análisis del impacto de la producción inmobiliaria en el contexto neoliberal de acumulación rentista en la ciudad contemporánea latinoamericana. La primera se relaciona con la desposesión o expulsión de la población de ingresos bajos y medios de los barrios tradicionales y populares, debido a la presión económica que produce este mercado territorial con estrategias como la gentrificación inmobiliaria y la hiper-valoración del suelo en sectores de la ciudad estratégicamente ubicados por su centralidad o el interés de inversiones futuras.

La segunda, atiende el fenómeno acelerado de difusión urbana a un nivel superlativo en América Latina, siendo un caso típico la expansión urbana ocurrida desde la década de los noventa con el desarrollo de los mega-empendimientos inmobiliarios (denominados por el marketing urbano como “clubes de campo, barrios cerrados, ciudades-pueblo, mini-ciudades”, etc.), proceso “no planificado y de alta complejidad”, tal y como lo han definido diferentes investigadores del crecimiento de las metrópolis latinoamericanas (De Mattos, 2004; Prévôt-Schapira, 2002; Ciccolella, 2004; Hidalgo y Pereira, 2005; Cabrales, 2002, entre otros)<sup>99</sup>.

Estos estudios abordan como a partir de la participación de los agentes privados del suelo urbano y la construcción, además del rol del sistema crediticio debido a la ampliación del mercado financiero internacional en la región, se ha despertado el interés de hacer posible en estas latitudes la consolidación del ciclo evolutivo de las comunidades cerradas (gated communities) con la conformación de municipios-ciudadelas y barrios privados, a semejanza de lo que ha sucedido en Estados Unidos, y que magistralmente ha calificado Evan Mc Kenzie<sup>100</sup> (1994) como “*Privatopia*”.

## NOTAS AL CAPÍTULO 3

---

<sup>1</sup> Capel, H. 1998; Lamy, B. 2006.

<sup>2</sup> Jiménez, L. C. s.f.; Mesa, S. N. E. 1985; Hardoy J. E. y Morse, R. 1988; Panadero, M. 2001; Montoya, J.W. 2006.

<sup>3</sup> Santos, J. 1992; Lois G. J.M., González P. J. M; Escudero G. L. A. 2012.

<sup>4</sup> Coraggio, J. L. 1990. La investigación urbana en América Latina: Las ideas y su contexto. Vol. 3. Ed. Centro de Investigaciones Ciudad. Quito, Ecuador.

<sup>5</sup> *Ibíd.* p. 6.

<sup>6</sup> De acuerdo a los planteamientos del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, los *pueblos testimonio* son aquellos sobrevivientes de civilizaciones autónomas que sufrieron el impacto de la expansión europea, teniendo una redefinición de su modo de vida y cambios en su visión de mundo. De este modo, fueron convertidos en un “proletariado externo” degradado, maltratado, reducido a la condición de fuerza de trabajo en las minas o haciendas, típica forma de explotación de las economías de exportación colonial. Ejemplo de estos pueblos son los ubicados en el altiplano andino, como son Bolivia, Perú, Ecuador. Citado con base en: Segre, R. 1996. p. 1-41.

<sup>7</sup> La mayoría de las ciudades de América comenzaron como experiencias sin plan. No creo que Teotihuacan y Tiahuanaco, por ejemplo, tuviesen un esquema urbano general previo que abarcase por igual a los distritos ocupados por el centro religioso y a los barrios de viviendas, como es seguro que tampoco existió uno que guiase el desarrollo de las construcciones que rodeaban los centros ceremoniales. En todos estos casos, los arquitectos nativos concentraron toda su habilidad en el diseño de los grupos ceremoniales que formaban parte de esas ciudades y centros, siguiendo ciertos principios que parecen haber tenido variantes regionales privativas a cada área cultural aunque presumiblemente partiendo de un origen común. Citado por: Hardoy, J. E. *En*: Segre, R. 1996. p. 33, 34.

<sup>8</sup> Es posible que además de los grupos ceremoniales, otros elementos o distritos de las ciudades, en especial los barrios de vivienda, hayan sido ya planeados durante la época clásica o urbanística, pero el planeamiento urbano parece corresponder casi exclusivamente al período postclásico o imperialista. *En*: *Ibíd.* p. 34.

<sup>9</sup> En realidad, a pesar de realizarse un intercambio o trueque entre Mesoamérica y Sudamérica, estos no dispusieron del volumen ni la importancia suficiente para justificar el traslado de las ciudades a la costa. En otras palabras, debido a estas razones las vinculaciones entre ellos no pudieron adquirir las características de un comercio continuo y organizado. *En*: *Ibíd.* p. 59.

<sup>10</sup> El sector del nivel bajo de El Tajín parece resultar del crecimiento no planeado de grupos ordenadamente dispuestos alrededor de plazas regulares. Una vez que el nivel bajo estuvo repleto de construcciones, los arquitectos debieron recurrir necesariamente al terrazamiento de la ladera de un cerro vecino, que se encontraba al norte del asentamiento inicial, y posteriormente a la construcción de nuevas terrazas en las que fue paulatinamente adquiriendo forma el extenso conjunto formado alrededor del Edificio de las Columnas, el más importante fue el de El Tajín por su volumen. El nivel bajo estuvo ocupado por construcciones religiosas. El grupo principal estaba formado por tres plataformas de distinta altura y hacia el poniente por la pirámide de los Nichos. La plaza que forman los cuatro volúmenes era casi rectangular, a pesar de que ni se enfrentan los ejes respectivos de las construcciones opuestas ni existe un paralelismo entre los lados. La pirámide de los Nichos pertenece al momento de culminación de la arquitectura totonaca y representa uno de los más notables ejemplos de construcciones religiosas entre las culturas indígenas de Mesoamérica. El sector sur del centro ceremonial estaba formado por más de treinta estructuras. Con la excepción de la pirámide de los Nichos eran todas de planta rectangular y ordenadas, por lo general, en forma ortogonal y alrededor de tres plazas principales y de una serie de espacios indefinidos. La plaza del arroyo, limitada por cuatro montículos aislados dispuestos simétricamente, era la de mayor tamaño, pero sin duda no tuvo la importancia cívica y ceremonial de la plaza de la pirámide de los Nichos. Aparentemente, todas las construcciones del sector sur tuvieron un carácter religioso, y se han encontrado entre las ruinas cuatro juegos de pelota de diferente tamaño. La inexistencia de un ordenamiento de conjunto y el empleo de volúmenes aislados para delimitar las plazas y los espacios externos, son por ahora las principales características del grupo sur. El grupo central fue construido en un nivel intermedio sobre una colina nivelada artificialmente. Este grupo ha sido llamado El Tajín Chico y los principales edificios (A, B y C en la imagen) tuvieron un carácter civil. Estas tres construcciones son posteriores a la pirámide de los Nichos y forman los lados norte y este de una plaza trapezoidal que se encuentra a unos quince metros sobre el nivel de la plaza principal del grupo sur. Citado en: Hardoy, J. E. 2009. p. 122.

<sup>11</sup> Producto de este análisis, Hardoy afirma lo siguiente: “quiero llamar la atención sobre un hecho. Las ciudades gemelas, Tenochtitlán-Tlatelolco, fueron construidas sobre dos islas vecinas cuya superficie conjunta habría sido de

7,5 Kilómetros cuadrados, o sea de unas 750 hectáreas (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938). Estos autores basaron su apreciación en las anteriores reconstrucciones de Orozco y Berra (imagen), de Batres y de Alcocer. Pero de acuerdo con el estudio de localización del distrito delineado en el plano postcortesiano en papel de maguey realizado por el mismo Fernández, un amplio sector de la ciudad, vecino al mercado de Tlatelolco, estaba construido sobre terrenos ganados al lago mediante el sistema de chinampas. Y sin duda mediante chinampas los aztecas rodearon gradualmente a los islotes rocosos, en un tiempo separados, donde se establecieron Tenochtitlán y Tlatelolco en los años 1325 y 1327 respectivamente". Citado en: *Ibíd.* p. 167.

<sup>12</sup> La localización de México y del Cusco, las dos ciudades principales durante los primeros años de la colonia, fue determinada por la existencia previa de las capitales de las dos civilizaciones más avanzadas de México y Sudamérica al producirse la conquista. Circunstancias parecidas decidieron la fundación de Cholula, Texcoco, Mérida, Lima y tantas otras ciudades de la colonia. Citado por: Hardoy, J. E. 2009. p. 14.

<sup>13</sup> Ejemplo de esta posición académica, es la planteada por (Massiah y Tribillon, 1988) al afirmar que entre las particularidades de la urbanización latinoamericana están el pasado colonial, "que marca la génesis de la red de asentamientos" y la forma de las ciudades. Citado por: Montoya, J. W. 2007, p. 11.

<sup>14</sup> En representación de las supervivencias indígenas en los orígenes urbanos andinos –coloniales- el autor plantea que "un cierto número de ciudades andinas fueron fundadas por los españoles en el emplazamiento de antiguas ciudades indígenas, particularmente incas. Ello se explica, en lo fundamental, por su utilidad en el aprovechamiento de sus ancestrales funciones de control administrativo-militar y de centralización de recaudaciones tributarias. Se pueden mencionar, entre otras, Cuzco, Quito, Cajamarca, Huánuco. En el contexto de esta imbricación urbana inca-hispana, se explican las fundaciones en tierras ecuatorianas de Cuenca y Riobamba, en las ruinas de las ciudades indígenas de Tomebamba y Liribamba respectivamente, y en tierras bolivianas de Cochabamba, en las cercanías de las ruinas incas de Incallajta..." Citado por: Cunill P. 1981. p. 215.

<sup>15</sup> Como lo expone el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro en su análisis sobre los procesos civilizatorios, España y Portugal eran formaciones sociales "Mercantil Salvacionistas", haciendo referencia en primer lugar, al interés extractivo y comercial en la época colonial, y en segundo lugar, por el modelo cultural que representaban en el contexto de una Europa medieval católica y en una transición feudo-burguesa. Citado en: Segre, R. 1996. p. 1-41. Asimismo, los geógrafos Martín y Múscar, señalan sobre la influencia e impacto que tuvo en el ámbito urbano el paradigma e ideología predominante de los conquistadores que "la red de ciudades debía crear un mundo dependiente y sin expresión propia, periferia del mundo metropolitano. Estaba pensada para salvaguardar la cultura cristiano-occidental, amenazada por el mestizaje biológico y cultural con los indígenas. Cuando las ciudades fueron fundadas, pasaron a constituir una red urbana dependiente de las autoridades centralizadas en las metrópolis" ... Por otra parte, plantean que sobre los antiguos trazados indígenas "comenzaron a erigirse los estilos foráneos ya que los nuevos ocupantes, provenientes en su mayor parte de centros urbanos, trajeron consigo el hábito de vivir en comunidades compactas y organizadas. En España, durante la última etapa del medioevo, existían dos tipos de ciudades, diferenciadas básicamente por sus funciones: las comerciales y las manufactureras, localizadas en el norte siguiendo las rutas de peregrinación a Santiago de Compostela, y las agro-militares, asentadas en la meseta central como elementos determinantes para la apropiación de las tierras reconquistadas a los árabes. Estas últimas sirvieron de modelo para los futuros asentamientos en Hispanoamérica. La situación era diferente en Portugal, ya que la mayoría de sus ciudades eran agro-comerciales o marítimas desarrolladas preferentemente a lo largo de la costa, obedeciendo más a causas económicas que a razones políticas o militares. Cuando se llevó a cabo la colonización de sus posesiones sudamericanas, los portugueses reprodujeron este modelo de ocupación". Citado por: Martín L., M. A.; Múscar B., E. 1992., p. 98, 105.

<sup>16</sup> La herencia arquitectónica y urbanística prehispánica se encuentra prácticamente ausente de la escena urbana contemporánea en América debido a que los españoles demolieron las ciudades indígenas. Si bien usaron la capital del dios Sol como base para la nueva metrópolis de Cuzco, poco más queda a la vista. Citado en: Gilbert, A. 1997. p. 40.

<sup>17</sup> Como consecuencia, muchas de las ciudades precolombinas más extendidas fueron superpuestas por trazados urbanos que con frecuencia eran incompatibles con el esquema existente (véase figura 3.4). Así, en pocos años las iglesias cristianas reemplazaron a los templos indígenas, los palacios de los conquistadores a los de los príncipes aztecas o incas, y con las piedras de las ciudades y de las construcciones que encontraron, los conquistadores levantaron las nuevas catedrales, los cabildos, las casonas de los gobernadores y de los obispos y las obras de saneamiento urbano. Citado en: Hardoy, J. E. 2009. p. 14.

<sup>18</sup> Véase metodología de la investigación. Con base en: Molano B., J. 1995. p. 1-10.

<sup>19</sup> Con esta apreciación no se está negando la herencia indígena en la estructura del sistema urbano actual, sólo se enfatiza en el grado de destrucción generado por la conquista sobre sus ciudades, por tanto, la puesta en marcha de un "nuevo hecho fundacional". Ahora bien, sobre las creaciones urbanas más recientes, expone Hardoy que, "existen, desde luego, excepciones importantes, como las ciudades de la Amazonia que incluyen la nueva urbe de Brasilia, y Ciudad Guayana, en Venezuela". No obstante las excepciones son contadas. Citado con base en: Gilbert, A. 1997. p. 40.

<sup>20</sup> Las campañas de exploración y colonización tuvieron varios centros de irradiación y de apoyo localizados en núcleos urbanos. El norte estaba dominado y controlado por la región antillana, y desde Venezuela se fundaron ciudades localizadas en la actual Colombia. Desde Perú salieron expediciones que fundaron ciudades del Ecuador, Bolivia, Chile y el noroeste argentino. Las expediciones provenientes directamente de España iniciaron la fundación de ciudades en la región del Río de la Plata. Por su parte los portugueses establecieron sus puntos fundacionales en Olinda, en el extremo norte, y en San Vicente, al sur, desde donde se fundan las principales ciudades. Citado por: Martín L., M. A.; Múscar B., E. 1992. p. 100.

<sup>21</sup> Sobre las 200 ciudades de más de 50000 habitantes, 49 se hallan a más de 1000 m, 25 entre 1000 y 2000, 24 a más de 2000 m. Entre las ciudades del altura, un cierto número constituyen las cabeceras de regiones dedicadas a una agricultura de subsistencia. Citado en: Santos, M. 1973. p. 49.

<sup>22</sup> 67 entre 200 ciudades de más de 50000 habitantes en América Latina son de carácter litoral en este período, directamente vinculadas a la economía colonial-mercantil, y su distribución geográfica (costa del Atlántico tropical principalmente) es significativa a este respecto (Fortalecen su importancia ciudades portuarias como Salvador, Río de Janeiro, Buenos Aires y Valparaíso, entre otras; también se desarrollan puertos fluviales del interior, aunque en menor grado, tal es el caso de Rosario y Manaus). Estas ciudades desempeñan un papel de depósito, además de una función religiosa y administrativa. Apenas han organizado a su alrededor una red de ciudades jerarquizadas. Citado en: Ibíd. p. 47- 49.

<sup>23</sup> "Todas estas poblaciones soportaron el impacto de la conquista, que ocasionó un declive demográfico, probablemente menor en las montañas que en las regiones bajas. Estas poblaciones, transformadas en "indias" por la Conquista, fueron reagrupadas en las reducciones o reductos, en emplazamientos escogidos por el colonizador español; ellas fueron encuadradas por la encomienda, que recolectaba el tributo y organizaba el trabajo obligatorio en función de la mita o en los obrajes (talleres textiles) donde eran evangelizadas por la Iglesia que se esforzaba por "estirpar las idolatrías". Numéricamente, esta población fluctuó variadamente en la época colonial, experimentando una lenta recuperación a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y un vigoroso crecimiento demográfico en el siglo XX. Citado con base en: Ibíd. p. 127,128.

<sup>24</sup> Un patrón de ocupación y organización del territorio colonial que ejemplifica estas formas de sometimiento y concentración de población fueron los "*Pueblos de indios*". En ellos se reagruparon a las comunidades indígenas americanas, bajo la forma excluyente denominada "reducciones o reductos". Se conformaron porque así "*eran fáciles de controlar*", siendo esta forma de ocupación oprobiosa reproducida durante toda la época colonial y ya entrada la etapa republicana, con el fin de darle continuidad como estrategia de tributación y recurso fiscal esencial de los nuevos Estados. Citado con base en: Ibíd. p. 129.

<sup>25</sup> Ibíd. p. 116.

<sup>26</sup> Bernabéu S., et al. Historia urbana de Iberoamérica, Tomo I. La ciudad iberoamericana hasta 1573. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario. Junta de Andalucía-Consejería de Obras Públicas y Transportes, 1987. P. 254-264. Citado en: Martín L., M. A.; Múscar B., E. 1992. p. 119.

<sup>27</sup> Cunill, P. 1981. p. 220

<sup>28</sup> "*La ciudad colonial y su territorio colindante mantenían lazos estrechos, pero totalmente asimétricos: la ciudad consume y gestiona lo que el campo produce*". Citado en: Castells, M. 1974. p. 72.

<sup>29</sup> J. P. Cole ha efectuado un cálculo ponderado con respecto a los centros urbanos de las unidades administrativas territoriales, que permite dividir el área espacial en tres coronas progresivamente distantes de la costa. Los resultados son elocuentes: en 1950, el 86, 5 por 100 de la población de América del Sur está concentrado en la corona costera que no comprende más que el 50 por 100 de la superficie total. J. P. Cole. *Latin America. An Economic and Social Geography*, Londres, Battersworths, 196, 468 págs. Citado en: Castells, M. 1974. p. 73.

<sup>30</sup> En el siglo XIX la mayoría de la población sudamericana vivía en el ámbito rural o se concentraba en pequeños núcleos urbanos o aldeas, término este último preferido por muchos autores, y también lo hacía en aglomeraciones rurales, dependiendo éstas de factores físicos o de la concentración o dispersión de las unidades económicas rurales. Citado por: Martín L., M. A.; Múscar B., E. 1992. P. 185.

<sup>31</sup> Hacia 1850, la población de América Latina se estimaba en unos 30 millones de personas, siendo los países con mayor población (en millones de habitantes), en su orden, Brasil: 8, México: 7,6, Perú: 1,8, Colombia: 1,5, y Cuba: 1,2. Cerca del 52% habitaban en el cinturón intra-tropical de América del Sur, 32% en México y Centroamérica y sólo 4,1% en la Argentina y Uruguay, los dos países que experimentaron el crecimiento demográfico más rápido durante los 50 años siguientes. En esta década, Río de Janeiro y Salvador de Bahía eran las más pobladas en las colonias portuguesas, con más de 150 mil habitantes; México y La Habana eran las únicas con más de 100 mil habitantes en el espacio "hispanoamericano"; Lima, Buenos Aires y Santiago de Chile tenían entre 80 y 90 mil; Recife entre 70 y 80 mil; Caracas y Montevideo entre 50 y 60 mil. Sao Paulo sólo tenía 15 mil habitantes. En 1855, la población general como la población urbana había aumentado con respecto a los años de la independencia, sin embargo, a pesar de las altas tasas de natalidad, todavía se mantenían altas tasas de mortalidad, lo cual permite mostrar que se encontraba en el momento inicial de la Transición demográfica. Asimismo, se presentaron muchos conflictos internos

en casi todos los países que ocasionaron desplazamiento de la población, y el nivel de inmigración era muy reducido, por tanto, no se presentó un clima óptimo para las inversiones, todo lo contrario un desaliento general. Se notaba, no obstante, un crecimiento mayor en las capitales políticas, que por lo general eran los principales puertos comerciales. Citado con base en: Hardoy, J. E. *En*: Segre, R. 1996, p. 55, 56.

<sup>32</sup> Hernández, Sánchez-Barba M. (1988). *En*: Martín L., M. A.; Múscar B., E. Op. Cit. p. 147.

<sup>33</sup> Como muestra de estos conflictos, se señala la guerra del pacífico (1879-1883) entre Bolivia y Perú por un lado, y Chile del otro, provocada, como lo señala M. Foucher, “no solamente por una competencia por el acceso a las materias primas, sino también por la contradicción entre los intereses de las empresas privadas y los de los Estados preocupados por volver funcionales al fin las fronteras que hasta entonces estaban inutilizadas”. El Salitre, meta final del conflicto, se encontraba en grandes cantidades en Tarapacá, peruana en ese entonces. Las empresas chilenas querían exportarlo; el gobierno peruano decide entonces expropiar las empresas extranjeras que son en su mayoría chilenas, mientras que el gobierno boliviano, que controla el acceso al mar por Antofagasta, decide aumentar los impuestos de exportación. El rechazo de la compañía chilena a pagar los impuestos lleva a Bolivia a decidir la venta de los yacimientos explotados por ésta. El ejército chileno, que defiende los intereses de su país, ocupa Antofagasta, lo que provoca la guerra. El Perú se ve arrastrado al conflicto por su alianza con Bolivia. La fiscalización de la frontera inicia la guerra. Las derrotas marítimas y terrestres de peruanos y bolivianos conllevan la supresión del acceso al Pacífico para Bolivia, la anexión de las provincias de Tacna, Arica y Tarapacá a Chile. Tacna es restituida por el Protocolo de Ancón de 1929, pero Arica se queda en Chile. Este podrá sacar partido de las ganancias fiscales de la explotación del salitre, posteriormente, de los yacimientos de cobre del “Norte Grande” que comprenden la mina de Chuquicamata, una de las más importantes del país. La frontera con Bolivia es delimitada con precisión en 1904. Citado con base en: Dollfus, O. 1991. P. 168, 169.

<sup>34</sup> Esta nueva forma de dominación se manifestó con cambios positivos en algunas regiones, mientras que para otras fue completamente alienante y opresiva. El largo proceso de independencia que duró hasta 1898 estuvo relacionado con las grandes transformaciones operadas coetáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña. La revolución industrial iniciada en Inglaterra irradió sus efectos a otros países, pero la presión económica se dejó sentir con mayor fuerza en los mercados de las nuevas repúblicas sudamericanas a través de las actividades de las compañías financieras que negociaban empréstitos o de los comerciantes que vendían manufacturas y adquirían materias primas. Tampoco faltó la presión política o militar: cuando las potencias dominantes no conseguían sus objetivos de mercado por vías diplomáticas, emplearon la fuerza disuasoria con bloqueos de puertos –tal como sucedió en Valparaíso, El Callao o Buenos Aires- o propiciaron guerras como las del Brasil, Paraguay o del Pacífico. Citado en: Martín L., M. A.; Múscar B., E. Op. Cit. P. 149.

<sup>35</sup> Precisamente, para 1825, ya existían sesenta casas mercantiles británicas en Río de Janeiro, cuarenta en Buenos Aires y veinte en Lima, en algunos casos filiales y en otros comisionistas de las de Liverpool y Londres. Citado en: *Ibid.* P. 150.

<sup>36</sup> El superávit económico generado en los países industrializados se puso en circulación en el sistema mundo, de este modo, se iniciaron una serie de inversiones en diversos continentes que vivían sus inicios republicanos y post-coloniales. Así, uno de los hechos más trascendentales e impactantes fue la introducción del ferrocarril en América, que contrastó tremendamente con los lentos barcos fluviales y con las carreteras y galeras que hacían inacabables los largos trayectos entre ciudades y centros productores. Citado con base en: *Ibid.* P. 150, 158.

<sup>37</sup> *Ibid.* P. 150, 151.

<sup>38</sup> Las migraciones internacionales registradas entre 1850 y 1900, se afincaron en el nuevo destino colonizando las áreas rurales destinadas por los gobiernos nacionales con esta finalidad –con las ventajas que supone la entrega de tierras aptas para la producción-. Citado con base en: *Ibid.* P. 206.

<sup>39</sup> *Ibid.* P. 175.

<sup>40</sup> Un ejemplo de la intensificación del fenómeno de subordinación económica durante la etapa de dominación del capitalismo comercial, implantada sobre la herencia colonial, son los Andes tropicales del sur en Perú (relación Cerro de Pasco como área de explotación “minera-textil” y Arequipa como centro de operación). En esta área geográfica los mercados mundiales contribuyeron a crear y modelar espacios de producción capitalista movilizadas por las sociedades locales. Así, se partió de la tradición indígena y colonial de fabricación de productos textiles con la lana indígena, la cual sería desde la segunda mitad del siglo XIX manejada comercialmente por las firmas británicas. Para su desarrollo, se adelantaron las siguientes acciones: (a) Modificación de las formas de apropiación de la tierra y la organización social en las punas del sur. (b) Creación de vías férreas. (c) Toma de tierras de propiedad indígena. (d) La tecnificación de la ganadería, y por tanto, el desarrollo de economías de escala en esta producción, las cuales condujeron a la expulsión de los pobladores tradicionales fuera de la empresa cercada; esto incrementó la densidad poblacional en las comunidades vecinas. Citado con base en: *Ibid.* P. 130; 153, 154.

<sup>41</sup> “En 1900 la mayoría de los latinoamericanos vivía en el campo y únicamente tres ciudades superaban el medio millón de habitantes. En 1930 la población urbana total de la región aún no llegaba a los 20 millones y, comparada con la población de ciudad de México en 1990—cerca a los 18 millones- y la total de la región –unos 300 millones- esta cifra palidece. Todavía en 1950 sólo seis centros urbanos –Buenos Aires, Lima, Ciudad de México, Río de

---

Janeiro, Santiago y Sao Paulo-tenían más de un millón de habitantes, para la década de los noventa ya eran 39". Citado en: Gilbert A. 1997, p. 43.

<sup>42</sup> Martín L., M. A.; Múscar B., E. Op. Cit., p.192, 193.

<sup>43</sup> *Ibíd.* P. 207.

<sup>44</sup> *Ibíd.* P. 211.

<sup>45</sup> La ayuda a la construcción de la vivienda con créditos hipotecarios públicos o con créditos ofrecidos por financieras privadas fue una opción frecuentemente utilizada entre 1880 y 1910 en Montevideo, en Uruguay, y en Buenos Aires y Rosario, en Argentina. Citado por: Hardoy, J. (1988). "Prácticas urbanísticas europeas en América Latina", en Hardoy, J., y Morse, R. *Repensando la ciudad de América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires. P. 121. En: *Ibíd.* p. 207.

<sup>46</sup> El tendido de redes de agua potable y de desagües cloacales, la construcción de líneas de tranvía y la pavimentación de calles, el ensanche de algunas vías de circulación transformadas en avenidas para resolver las necesidades de transporte automotor, la ampliación de los servicios de transporte colectivo, fueron, entre otros, los principales servicios incorporados a la ciudad. También se inició la construcción de numerosos equipamientos – hospitales, baños públicos, mercados, puertos, cementerios, escuelas, edificios administrativos, parques urbanos-, que, en conjunto, mejoraron notablemente la calidad de vida de las principales ciudades. Citado en: *Ibíd.* P. 210.

<sup>47</sup> *Ibíd.* p. 209.

<sup>48</sup> *Ibíd.* p. 212.

<sup>49</sup> La depresión económica que siguió al crack de la bolsa americana en 1929 cerró el ciclo de prosperidad por el que transitaban los distintos países sudamericanos. Los efectos de la crisis fueron devastadores, ya que incidieron directamente sobre el equilibrio estructural conseguido a través de los siglos. La fractura del orden anterior se produjo cuando la conjunción simultánea de dos situaciones adversas –el descenso de los volúmenes de exportación y el hundimiento de los precios de mercado de las materias primas- no encontraron una respuesta alternativa que revirtiera el deterioro económico. El impacto de la crisis modificó profundamente el esquema de las relaciones internacionales mantenido hasta ese momento, con repercusiones que afectaron todos los aspectos de la vida económica y social del continente, siendo necesario que transcurrieran casi veinte años más para conseguir recuperar los niveles de crecimiento en 1929. Los distintos países comenzaron, inesperadamente, a ver fuertemente amenazadas sus finanzas, dada la extrema dependencia que los sistemas fiscales presentaban respecto de los gravámenes impuestos a las exportaciones. De este modo, no sólo no pudieron hacer frente a las inversiones necesarias para mantener un mínimo desarrollo interno, sino que, además, no tuvieron capacidad para asumir el pago de las deudas contraídas con anterioridad con la banca internacional; esta razón representa el germen de la deuda externa que hoy los agobia. Citado en: *Ibíd.*, p. 212-213.

<sup>50</sup> Durante el período comprendido entre 1930-1960, se consolida la industrialización, acelerándose en los países que disponían ya de una base, como Chile y Argentina, y en particular, México y Brasil, y se suscita rápidamente en otros países hasta entonces estáticos en su producción primaria, como Perú y Colombia, que tuvieron avances espectaculares en este período. Citado en: Castells, M. 1974. p. 75.

<sup>51</sup> El panorama político que emergió a partir de 1929 no implicó un cambio en el carácter centralista del Estado ni la desaparición de las antiguas clases dominantes, quienes, por el contrario, continuaron incidiendo directa o indirectamente en las decisiones estatales en materia de política económica. En la década de los treinta, algunos países asistieron a un afianzamiento en la estructura de poder de la oligarquía terrateniente tradicional (Argentina y Uruguay), otros organizaron sus regímenes sobre bases sociales heterogéneas (Brasil), mientras que algunos comenzaron a recorrer un camino errático que se tradujo en recurrentes crisis de Gobierno (Ecuador). Cualquiera que fuese la modalidad de gobierno que cada país buscaba establecer, todos ellos intentaron paliar los efectos de la coyuntura protegiendo aún más el modelo agroexportador. Durante casi toda esta década, las políticas emitidas desde los gobiernos nacionales estuvieron dirigidas a reforzar la dinámica de este sector de la economía, sin que se propusieran medidas que comenzaran a modificar este estilo de crecimiento y las relaciones sociales que lo sostenían. Citado por: Martín L., M. A.; Múscar B., E. p. 217.

<sup>52</sup> *Ibíd.* p. 218.

<sup>53</sup> Citado en: Montoya, J.W. 2006. p. 18.

<sup>54</sup> La manufactura se aceleró igualmente consiguiendo grados asombrosos: Argentina aumentó su producción industrial en un 50 por ciento entre 1945 y 1955, y Uruguay un 120 por ciento entre 1943 y 1955, mientras que Brasil llegó al 123 por ciento entre 1945 y 1957. Citado por: Constantini, P. G. 1981. P. 48. En: Martín L., M. A.; Múscar B., E. Op. Cit., p. 219.

<sup>55</sup> Obviamente, como ocurrió en épocas anteriores, el ingreso de inversiones extranjeras al área no respondía únicamente a las estrategias de generación de beneficios del capital internacional: también contaban con el decidido apoyo de los principales grupos locales. Hacia mediados de siglo, los resultados de la asociación entre fracciones más dinámicas de las sociedades nacionales y las firmas transnacionales que operaban en el área comenzaron a desequilibrar las estructuras económicas conseguidas entre la depresión y la posguerra. Con la adopción de nuevas formas de producción, tendentes a lograr una mayor rentabilidad de las inversiones, comenzarán a surgir en el

continente una serie de conflictos sociales, que tendrán su mayor desarrollo durante la segunda mitad del siglo XX. Citado en: *Ibíd.* P. 220.

<sup>56</sup> Hecht, B. S. 1991. P. 28.

<sup>57</sup> El fenómeno básico, en cuanto al aumento de la población específicamente urbana, es el de las migraciones. La afluencia a las ciudades es considerada generalmente como resultado de un “push” rural más que de un “pull” urbano, es decir, mucho más como una descomposición de la sociedad rural que como una capacidad de dinamismo por parte de la sociedad urbana. El problema es saber por qué, a partir de esa penetración de una formación social por otra, existe migración cuando de hecho las oportunidades de empleo urbano son muy inferiores al movimiento migratorio y el horizonte económico haría aventurado. Citado en: Castells, M. 1974. p. 58.

<sup>58</sup> Con base en los planteamientos de: Cf. Barraclough, S. *Notas sobre tenencia de la tierra en América Latina*, ICIRA, Santiago de Chile, 1968. Castells, M. 1974. p. 59.

<sup>59</sup> El factor decisivo del crecimiento urbano en América Latina es sin duda alguna la migración rural-urbana. El seminario de la UNESCO sobre el tema llegó a la conclusión, tras comparar los diversos datos, que existe un tasa de crecimiento vegetativo aproximadamente análoga para la ciudad y el campo. Por tanto, si el crecimiento de las ciudades es mucho mayor es porque dicho crecimiento se debe sólo en un 50 por 100 al aumento natural, mientras que el otro 50 por 100 tiene por causa la migración de origen rural. Citado por: Cf. Graciarena, J. *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1967. Citado en: Castells M. 1974. p. 76.

<sup>60</sup> Gilbert A. 1997, p. 44.

<sup>61</sup> En América Latina se constata que se presentó en este período, una disparidad entre un nivel y un ritmo relativamente elevados del proceso de urbanización, y un nivel y un ritmo de industrialización claramente inferiores a los de otras regiones tan urbanizadas. Además, en el interior de América Latina, si bien en términos de comparación inter-países, los más industrializados son también los más urbanizados, dicho paralelismo no aparece entre la evolución de los dos procesos en un mismo país. Si para el conjunto del continente la población urbana (aglomeraciones de más de 2000 habitantes) pasaba de 29,5 por 100 en 1925 a 46,1 por 100 en 1960, el porcentaje empleado en actividades manufactureras permaneció prácticamente estable, oscilando de 13,7 por 100 en 1925 a 13,4 por 100 en 1960. (Cardoso, F. 1968, 74). Por otra parte, la proporción de población activa empleada en la industria no es ni mucho menos el mejor indicador de industrialización, puesto que oculta un fenómeno básico, a saber, la modernización del sector manufacturero y el aumento de la productividad (Furtado, C. 1965, 133-141). Si de 1925 a 1960 la población activa empleada en el conjunto del sector manufacturero mantuvo una proporción en América Latina, de hecho descendió del 10,2 por 100 al 6,8 por 100 en el sector artesanal y aumentó del 3,5 al 7,5 por 100 en el sector industrial moderno. Citado en: Castells M. p. 66, 67.

<sup>62</sup> Cardoso, F. 1968, p. 74.

<sup>63</sup> Castells, M. 1974. p. 69.

<sup>64</sup> Se reconoce también el aumento de la densidad por hectárea debido a la construcción de viviendas unifamiliares, el incremento de los precios en el mercado del suelo y bienes inmuebles, parcelaciones indiscriminadas en las periferias, problemas con el transporte público y las comunicaciones, que alcanzaban grados críticos al igual que en los suministros de energía, agua y el sistema de alcantarillado, servicios todos que debían satisfacer tanto a las necesidades de la creciente población como a las demandas industriales. Citado en: Martín L., M. A.; Múscar B. 1992., p. 223.

<sup>65</sup> Lomnitz, L. La marginalidad como factor de crecimiento demográfico. *En*: Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina. Buenos Aires: Ediciones Siap. P. 316. Citado en: *Ibíd.*, p. 224.

<sup>66</sup> *Ibíd.*, p. 225, 226.

<sup>67</sup> Disponible en: <http://www.revistaescala.com/> [2010, 28 de Julio].

<sup>68</sup> Como caso comparativo con Barcelona, véase. Tatjer M.; Killinger L. C. 2010.

<sup>69</sup> Barraclough, S. *Notas sobre tenencia de la tierra en América Latina*, ICIRA, Santiago de Chile, 1968. Citado en: Castells, M. 1974. p. 78.

<sup>70</sup> Entre 1973 y 1980, las economías regionales registraron una importante expansión gracias al incremento de la actividad en el mercado mundial y, en especial a la existencia de una banca internacional, que, inyectada de “petrodólares”, expandía la oferta y facilitaba el acceso a créditos inmediatos y de amplia financiación. Los distintos países aprovecharon esta coyuntura para ampliar sus recursos propios, aumentando la capacidad de importación hasta llevarla a niveles muy superiores a la capacidad de compra conseguida a través de las exportaciones. Los resultados de esta dinamización sin bases reales, sostenida por un desproporcionado incremento de la captación de divisas, llevó a fuertes desequilibrios de las balanzas comerciales y al aumento desmesurado de las ya abultadas deudas externas. Citado por: Martín L., M. A.; Múscar B., E. 1992. p. 231.

<sup>71</sup> Buena muestra de este proceso, fue la implantación de polígonos industriales y manufactureros textiles en el área metropolitana centro-occidente de Colombia desde los años sesenta, en particular, en la ciudad de Pereira y su municipio conurbado, Dosquebradas, conocido desde esta época, como el polo industrial de Risaralda, a pesar de las distintas crisis que han soportado estos sectores productivos desde entonces.

<sup>72</sup> *Ibíd.* P. 245.

<sup>73</sup> La aceleración del proceso de urbanización se lleva a cabo, además, por regla general, acentuando el desequilibrio en la red interna de cada país, es decir, concentrándose en la aglomeración dominante, generalmente en la capital política. Con excepción de Colombia, y en cierta medida Brasil y Ecuador, las sociedades latinoamericanas se caracterizan por un sistema urbano macrocéfalo, enteramente dominado por la principal aglomeración. (hasta 1950 la principal ciudad correspondía en tamaño a 3.7 veces la segunda ciudad y reunía una proporción decisiva del país). Citado en: Castells, M. 1974, p. 66.

<sup>74</sup> Clichevsky N. (1990). *Construcción y administración de la ciudad latinoamericana*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano. P. 63-64. Citado en: Martín L., M. A.; Múscar B., E. 1992. p. 247.

<sup>75</sup> Esto explica los sucesivos golpes militares de Brasil (1969, 1971 y 1978, Perú (1968 y 1976), Chile (1973), Uruguay (1973) y el reforzamiento de la dictadura existente en Paraguay desde 1954. García R., et al; Economía y geografía del desarrollo en América Latina. México: Fondo de Cultura Económica. P. 141. Citado en: Martín L., M. A.; Múscar B., E. Op. Cit., p. 232.

<sup>76</sup> La incapacidad de responder a las obligaciones financieras, llevaron a México a declarar la moratoria en el pago de su deuda en 1982, lo cual desató una crisis que goleó toda la región y significó un retroceso en los avances de la industrialización y desarrollo adelantados en la fase de sustitución de importaciones. Montoya, 2006, 37.

<sup>77</sup> Cualquiera que fuese la estrategia asumida, los resultados sólo podían ser conseguidos a través de medidas extremas; retracción a niveles extremos de las inversiones públicas, restricción en el mercado interno y –con la conversión de la deuda en capital- entrega paulatina de los sectores productivos estratégicos existentes en la región. Los efectos sociales de estos reajustes económicos, que llevaron a un acelerado proceso de desindustrialización, fueron los previsible, agravando el desempleo y el incremento de la inflación con la consecuente caída de los salarios reales. La CEPAL registró entre los años 1981 y 1984 una caída del ingreso real por habitante que lo equiparaba al alcanzado en 1977. En 1988, la deuda externa de Iberoamérica ascendía a más de 400.000 millones de dólares. Clichevsky N. (1990). P. 27. Citado en: Martín L., M. A.; Múscar B., E. 1992. p. 235.

<sup>78</sup> Citado por: Aguirre., et al. Conversaciones sobre la ciudad del tercer mundo. IIED – América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano. P. 42. En: *Ibid.* P. 253.

<sup>79</sup> *Ibid.* P. 253-255.

<sup>80</sup> No obstante, hay que resaltar los avances en el proceso de integración entre algunos países latinoamericanos que comparten principios de soberanía y autodeterminación, constituyendo un nuevo acuerdo de comercialización horizontal y de consenso, denominado ALBA (Alianza Bolivariana para los pueblos de nuestra América), el cual irá configurando una nueva geografía política y económica subregional, al igual que cambios en la espacialidad productiva de sus áreas rurales y el desarrollo urbano.

<sup>81</sup> *Ibid.* P. 27.

<sup>82</sup> Según la base Geopolis (Moriconi-Ébrard, 1994), el número de ciudades de más de 10000 habitantes se multiplicó por 1,7 en Francia entre 1950 y 1990 (el promedio de Europa Oriental: 1,3), contra 3,6 en Colombia (el promedio de la América del Sur hispanohablante: 2,7). Citado en: Goueset, 2007, p. 45.

<sup>83</sup> A las ciudades más importantes en 1938 (Bogotá, Barranquilla y Medellín), se suman en el 1951 Cali, Bucaramanga y Cartagena. Estas seis ciudades de más de 100.000 habitantes, se vuelven 12 en 1964. A la lista anterior debemos agregar *Manizales, Armenia, Pereira* (ciudades principales de la región centro-occidental y nodo del café), Cúcuta, Ibagué y Palmira. Cinco de ellas se ubican en un territorio muy estrecho de la zona central del país Citado en: Urbano, C.1977, p.17.

<sup>84</sup> *Ibid.* P.36

<sup>85</sup> El fenómeno del *desplazamiento*, por ser un componente fundamental del problema social y del conflicto armado que vive el país, ha sido atendido por el Estado y aparece como una nueva categoría de análisis social. De esta forma, de acuerdo a Ley 387 de 1997 sobre desplazamiento forzado, el desplazado es tipificado como: “*Toda persona que se ha visto obligada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o sus actividades económicas habituales porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personal han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazados con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones de conflicto armado interno, disturbios o tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario u otras situaciones emanadas de las anteriores que pueden alterar o alteren drásticamente el orden público*”.

<sup>86</sup> Véase: Osorio, F.E. 2001. *Entre la supervivencia y la resistencia. Acciones colectivas de población rural en medio del conflicto armado colombiano*. En: Revista Cuadernos de Desarrollo Rural, n°. 47. Segundo semestre. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Estudios Ambientales y Rurales.

<sup>87</sup> Véase: Rojas, R.J. 2001. *Desplazados: Lógicas de guerra incertidumbres de paz*. En: Desplazamiento forzado en Colombia: conflicto, paz y desarrollo. Memorias Seminario Internacional. Bogotá: ACNUR, CODHES, p.41.

<sup>88</sup> Disponible en: [www.codhes.org.co](http://www.codhes.org.co) [2010, 11 de Agosto]

<sup>89</sup> Véase: Informe Red de Solidaridad social. 2001-2003. Presidencia de la República de Colombia. Noviembre.

<sup>90</sup> Datos registrados con base en el SISDES y fuentes contrastadas de la Red de Solidaridad Social, desde 2001.

<sup>91</sup> Como antecedente de los estudios urbanos cabe señalar, según Montoya, haciendo referencia de Almandoz (2003) *...los varios trabajos tipo ensayo desarrollados durante el siglo XIX y organizados alrededor del debate entre civilización y barbarie (p. 124), los cuales, empero, no poseían unidad temática y disciplinar. Estos trabajos se clasifican indistintamente como tratados sociológicos, historiográficos o simplemente como obras literarias, una situación que el autor encuentra asimilable al lento proceso de consolidación de los estudios urbanos propiamente dichos, que tuvo lugar también en Europa.* Montoya. J.W. 2006, p.15,16.

<sup>92</sup> El urbanista austriaco Karl Brunner fue el precursor del trabajo zonal y barrial en Bogotá, inspirado en el urbanismo moderno. De igual modo, lideró la puesta en marcha del Departamento de Urbanismo del Municipio, labor iniciada en 1929 y continuada hasta 1938. Citado con base en: MAYA, Tania. *Karl Brunner (1887-1960) o el Urbanismo como ciencia del detalle.* En: Revista Bitácora Urbano Territorial 8 (1). Editorial Universidad Nacional de Colombia 2004. p. 64-71.

<sup>93</sup> En el caso colombiano, el trabajo de la primera etapa del Plan Piloto para Bogotá de 1950, elaborado por Le Corbusier, marco un hito en la historia del posicionamiento del Urbanismo Moderno en el país, aspecto relacionado con la instauración de la modernización y el surgimiento de la planificación del desarrollo durante la década del cincuenta (influencia Cepalina).

<sup>94</sup> En este caso, Montoya (2006, 16) enuncia que “el señalamiento de cierta ruptura en la planificación es de cuidado en tanto se hace necesario reconocer una tradición de planificación urbana que se remonta a la época colonial (Violich y Daughters, 1987).

<sup>96</sup> La organización del espacio en América Latina está caracterizado por el reforzamiento de los polos históricos, es decir por procesos de concentración de las oportunidades y del poder en las ciudades primadas. Esto tiene las siguientes consecuencias: El dominio de las ciudades portuarias y/o ciudades capitales que ejercen el papel protagónico en la actividad económica que interesa al extranjero (Lima, Santiago y Caracas); la ciudad que ofrece alternativas a la población rural con altas tasas de desempleo y pobreza (La Paz); la cesión del predominio de una ciudad a otras debido a los obstáculos geográficos caso Colombiano (Medellín y Cali). (Santos, 1973, 37-38).

<sup>97</sup> Los asuntos regionales surgen como temática de preocupación por parte de la administración pública en la década 1950-1960, con la creación de la Corporación Regional del Valle del Cauca (CVC) en 1954, la cual representó el primer acercamiento por parte del Estado a la realización de un ejercicio de planificación regional. Posteriormente, se adelantaron diferentes programas de desarrollo departamental para Atlántico, Boyacá, Santander, Norte de Santander, Caldas, el plan para la costa Atlántica, centrados específicamente en la explotación y manejo de los recursos nacionales. No obstante, la deficiencia en los recursos y formas de administración no permitió la ejecución de estos planes. Sin lugar a dudas, esto es consecuencia del mantenimiento de un régimen centralista, en el cual los sistemas económicos y políticos de la administración territorial no cuentan con estructuras adecuadas para adelantar dichos procesos. Citado en: Zorro S. C. 1983. P. 34.

<sup>98</sup> Montoya. J. W. 2006. P. 45.

<sup>99</sup> *Ibíd.* P. 2

<sup>100</sup> <http://www.evanmckenzie.com/>